

CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN EN DESARROLLO

LA MUTACIÓN DEL GIGANTE Y DE SU HÁBITAT

Francisco Javier Alejo



COORDINACIÓN
DE HUMANIDADES



Programa
Universitario
de Estudios
del Desarrollo
UNAM



LA MUTACIÓN DEL GIGANTE Y DE SU HÁBITAT

Cuadernos de Investigación en Desarrollo
2018

LA MUTACIÓN DEL GIGANTE Y DE SU HÁBITAT

Francisco Javier Alejo López



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2018

Alejo, Francisco Javier, autor

La mutación del gigante y de su hábitat / Francisco Javier Alejo López. - Primera edición

139 páginas. - (Cuadernos de Investigación en Desarrollo)

ISBN de la colección: 978-607-30-0445-9

ISBN de la obra: 978-607-30-0609-5

1. Estados Unidos - Condiciones económicas. 2. Estados Unidos - Política económica. I. Título. II. Serie

Primera edición: 4 de junio de 2018

D.R. © 2018 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, 04510, Cd.Mx.

Coordinación de Humanidades

www.humanidades.unam.mx

Programa Universitario de Estudios del Desarrollo

Planta baja del edificio Unidad de Posgrado,

costado sur de la Torre II Humanidades

Ciudad Universitaria, Cd.Mx.

delegación Coyoacán, c.p. 04510

www.pued.unam.mx

ISBN de la colección: 978-607-30-0445-9

ISBN de la obra: 978-607-30-0609-5

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita de su legítimo titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México

ÍNDICE

LA MUTACIÓN DEL GIGANTE Y SU HÁBITAT

LA TRANSICIÓN DEL ESCENARIO MUNDIAL	7
<i>El punto de partida. La expansión territorial</i>	7
<i>Captura y organización del espacio económico</i>	13
<i>Emerge una nueva potencia mundial</i>	15
<i>La definitiva guerra con España</i>	16
<i>Theodore Roosevelt, la apertura comercial</i> <i>y el Gran Garrote</i>	24
<i>El imperialismo de nuevo cuño</i>	27
<i>Woodrow Wilson, la guerra y el nuevo orden</i>	29
<i>La saga de las penalidades impuestas a Alemania</i>	43
<i>La secuela de la Primera Guerra Mundial:</i> <i>la Segunda Guerra Mundial</i>	47
<i>Gran Depresión y cambio radical</i>	52
<i>EUA, F. D. Roosevelt y la Segunda Guerra Mundial</i>	61
<i>Fin de la guerra, reconstrucción, contención de la URSS</i> <i>y Guerra Fría</i>	73
<i>La guerra en Corea y la bomba de hidrógeno</i>	88
SE DIVERSIFICA EL ESCENARIO MUNDIAL	99
<i>De la unipolaridad económica y la bipolaridad militar</i> <i>en beligerancia latente perpetua a la unipolaridad</i> <i>económica y militar</i>	99
<i>La unipolaridad militar y la proveeduría de seguridad</i> <i>internacional</i>	111
<i>De la unipolaridad a la multipolaridad económica</i> <i>y política, con unipolaridad estratégica</i>	114
GOBERNABILIDAD INTERNACIONAL DECLINANTE	118
<i>Disfuncionalidad de las instituciones de Bretton Woods</i>	118
<i>Influencia declinante del sistema de la ONU</i>	122

TRANSFORMACIÓN ECONÓMICA DE EUA Y SU ENTORNO	125
<i>El retorno de los brujos conservadores</i>	125
<i>Segunda llamada de atención de la economía real</i>	130
<i>La nueva economía de EUA</i>	133
<i>El mito de la decadencia y la reindustrialización de EUA</i>	134
<i>EUA y su imperio novedoso en la comunidad internacional</i>	136
BIBLIOGRAFÍA	138

LA MUTACIÓN DEL GIGANTE Y DE SU HÁBITAT

Francisco Javier Alejo López

LA TRANSICIÓN DEL ESCENARIO MUNDIAL

El punto de partida. La expansión territorial

Poco después de su instauración como Estado-nación, Estados Unidos de América (EUA) empezó a dar muestras de vocación expansiva y de una alta conciencia de sí como potencia en ciernes, habida cuenta de la presencia de las tres principales potencias europeas en el continente americano. El naciente Estado tendría que sostener enfrentamientos bélicos con ingleses y franceses para delimitar la frontera con las posesiones de éstos en lo que hoy es el sureste de Canadá (noreste del actual EUA). Quedaría manifiesta la incompatibilidad de la nueva nación —fundada sobre cimientos republicanos y democráticos— con el colonialismo europeo y su cultura aristocrática.

En fase temprana de su administración el presidente Thomas Jefferson comisionó en el año 1803 (Nevins, Commager & Morris, 1994) a los virginianos M. Lewis y W. Clark, quienes, financiados por una partida federal de 2,500 dólares, habrían de realizar una prodigiosa tarea de exploración y mapeo de las cuencas de los ríos Missouri y Columbia, lo cual abriría la ruta hacia el océano Pacífico —al que ya se aproximaban crecientemente los ingleses— y la colonización de vastísimos y ricos territorios a lo largo de las mismas. Quedarían establecidas la Senda de Oregón y la

Senda de Santa Fe; esta última habría de facilitar la conquista y colonización del suroeste hasta California.

Las fuerzas organizadoras del movimiento fueron las compañías traficantes de pieles, apoyadas, cuando fue necesario, por partidas militares, como fue el caso de la expedición militar río Missouri arriba del año 1823, con el propósito de apaciguar a las tribus indígenas que dificultaban el proceso. Además, a partir del año 1831 diversas organizaciones religiosas, protegidas por hombres armados, enviaron a clérigos para concluir la catequización iniciada por los traficantes británicos en el alto río Columbia. Para mediados de la década de los cuarenta del siglo XIX, la Senda Oregón “se había convertido en un gran camino” de unos 3,200 kilómetros de longitud (Nevins, Commager & Morris, 1994) con lo que el arroyo humano que le recorría se convirtió en un torrente de más de 3 mil personas que llegaron a Willamette. Este movimiento “convirtió a Oregón en una comunidad estadounidense, la que en 1849 fue estatuida como Territorio y 10 años después en Estado de pleno derecho”.

Mientras tanto el presidente Jefferson había adquirido de la Francia napoleónica la Louisiana en el año 1803, a la que se asociaban (sin una delimitación precisa) los vastos territorios al oeste del río Mississippi; con este simple acto, EUA duplicó su territorio y obtuvo pleno dominio sobre una de las cuatro cuencas hidrológicas más potentes del planeta y de las enormes llanuras localizadas al oeste de la misma.

En los primeros años de la república, su política exterior se centraba estrictamente en su interés nacional, el cual consistía simplemente en afirmar y robustecer su independencia, despreciaba la búsqueda a ultranza del equilibrio del poder

característica de la política europea. George Washington había advertido —en su discurso de despedida de la presidencia— en contra de las “comprometedoras alianzas” por cualquier causa que fueran: “atarnos con lazos artificiales a las ordinarias vicisitudes de su política —la europea— o las ordinarias combinaciones y colisiones de sus amistades o enemistades. Nuestra situación, despegada y distante, nos invita a seguir un camino diferente y nos lo permite”. La nación adoptó un consejo de su líder como una *máxima moral*: eran depositarios del principio de libertad, de allí que pudieran interpretar la seguridad que les conferían los océanos como señal de la divina providencia y atribuir sus acciones a una *superior visión moral* y una condición de *self-righteousness* (Kissinger, 1995).

En relación con la venta de la Louisiana, el emperador Napoleón Bonaparte dio una explicación premonitoria característica de la geopolítica europea: “Este territorio afirma para siempre el poder de Estados Unidos y yo acabo de darle a Inglaterra un rival marítimo, que tarde o temprano abatirá su orgullo” (Kissinger, 1995) y, comenta Kissinger: “a los estadistas norteamericanos les tenía sin cuidado la explicación que Francia diera por la venta de sus posesiones [...] La condenación de la política de poder del Viejo Mundo no les parecía incompatible con la expansión territorial de su país a través de América del Norte, pues consideraban el avance del país hacia el oeste como asunto interno, y no como cuestión de política exterior” (Kissinger, 1995). James Monroe consideraba la expansión hacia el oeste necesaria para hacer de EUA una gran potencia.

En el año 1819 Andrew Jackson había forzado —mediante invasión militar— a España a ceder la Florida a EUA con un

Tratado que estipuló una indemnización para el arruinado Estado español. Posteriormente, James Monroe formuló la famosa doctrina que lleva su nombre —a la sazón de su mensaje anual ante el Congreso en el año 1823. La Doctrina Monroe contenía dos ideas: primera, *la no colonización* en el sentido de que “a Europa se le debería prohibir establecer cualesquiera nuevas dependencias en el Hemisferio Occidental”; y segunda, *la no intervención* en cuanto a que Europa ya no debía intervenir en asuntos de las naciones del Nuevo Mundo, de manera que amenazara su independencia (Nevins, *et al.*, 1994).

La motivación no expresada de la primera idea respondía a la pretensión rusa sobre el territorio meridional de Alaska hasta el paralelo 51, lo que entraba en contradicción con los “derechos” que estadounidenses y británicos decían tener sobre el Pacífico Noroccidental. La motivación de la segunda idea provenía de la “amenaza que la reaccionaria Cuádruple Alianza europea representaba para los pueblos latinoamericanos que acababan de liberar Bolívar y San Martín” (Nevins, *et al.*, 1994). Estas formulaciones fueron luego vulgarizadas con la frase: “América para los americanos”. Para H. Kissinger,

[...] la Doctrina Monroe (DM) [...] convirtió en foso protector al Océano que separaba a Europa de los EUA. Hasta entonces la regla fundamental de la política exterior norteamericana había sido que los EUA no se dejarían enredar en las luchas europeas por el poder. La DM dio el siguiente paso al declarar que Europa no debía inmiscuirse en los asuntos de América. Y la idea de Monroe de lo que constituía los

asuntos americanos —de todo el Hemisferio Occidental— era realmente expansiva (Kissinger, 1995).

Por ello, la interpretación latinoamericana de la DM fue siempre que EUA se había reservado la totalidad del continente para sí mismos. Así —sigue Kissinger— la DM “advirtió a las potencias europeas que la nueva nación estaría dispuesta a ir a la guerra para sostener la inviolabilidad del Continente Americano [...] EUA consideraría toda extensión del poder europeo a cualquier parte de este hemisferio como algo peligroso para nuestra paz y seguridad” (Kissinger, 1995). Además, EUA daría la espalda a Europa al declarar Monroe la “renuncia a toda intervención en las controversias europeas [...] (de esta suerte) al amparo de la DM EUA podía aplicar unas políticas que no eran muy distintas de los sueños de cualquier rey europeo —extender su comercio y su influencia, anexarse territorios— en suma, convertirse en una gran potencia sin tener que practicar la política del equilibrio de poder (en versión británica en ocasión del Tratado de Westfalia en el siglo XVII). Nunca chocaron el afán de expansión [...] y su creencia de que constituía un país más puro y de mejores principios que ninguno de Europa” (Kissinger, 1995). Al no considerar la expansión como política exterior, pudo valerse de su fuerza para imponerse —sobre los indios, sobre México, en Texas— y hacerlo con la conciencia apaciguada. Por ende, “la política exterior de EUA consistía en no tener una política exterior” (Kissinger, 1995).

La nueva nación —a partir del territorio de las 13 colonias británicas originales— desde su inicio percibió su territorio con base en la idea de *fronteras móviles abiertas*: primero, hacia el río San Lorenzo y los Grandes Lagos; segundo, hacia

los ríos Mississippi y Ohio; tercero, hacia las grandes llanuras al poniente del Mississippi y el Ohio; cuarto, hacia el Noroeste, a lo largo de la cuenca del río Missouri y el río Columbia hasta el océano Pacífico; quinto, hacia el Suroeste, hasta México y el océano Pacífico (Kissinger, 1995). Es interesante notar que en los diseños expansionistas del secretario de Estado de Andrew Johnson, William H. Seward, la frontera con México se encontraría en la latitud de San Luis Potosí.

La adquisición de la Louisiana en el año 1819 —con sus enormes territorios al poniente del río Mississippi y a lo largo del Missouri—, el descuido y torpeza mexicanos y la Doctrina Monroe, crearían las condiciones para la Secesión de Texas respecto a México (1835) y su final anexión a la Unión Americana en el año 1845. De allí a la desigual guerra con México sólo quedaba un paso, con el desenlace de despojo y compra forzada de la mitad de su territorio (dos millones de km²) en el año 1848. Como secuela en el año 1853 comprarían a México el territorio de La Mesilla —Norte de Sonora o Sur de Arizona— muy rico en yacimientos minerales.

Con todo ello, EUA se había posicionado como un país de dimensión continental con plena continuidad territorial entre los océanos Atlántico y Pacífico; con más de 7.16 millones de km² de superficie (sin incluir Alaska), dotados de la segunda mayor concentración de recursos naturales con valor económico del planeta —entre muchos otros, la cuarta cuenca hidrológica navegable, el Mississippi— una numerosa y creciente población, alimentada continuamente por torrentes migratorios procedentes de Europa; una potente y creciente economía agrícola, minera, pesquera, forestal y silvícola, e industrial en el noreste; un ejército sazonado en tres cuartos de siglo de guerras y combates; una marina de

guerra experimentada y en expansión; y de manera relevante, un régimen constitucional republicano, federal y democrático, basado en tres poderes independientes, integrantes de un gobierno nacional que se fortaleció con las guerras; con plena separación entre las iglesias y el Estado; y un régimen de economía de mercado con escasa regulación del Estado más allá del comercio exterior.

El gobierno nacional impulsaba la acelerada colonización del vasto territorio, el cual experimentaría aún —una vez concluida la Guerra Civil— una dramática ampliación con la compra de Alaska en el año 1867 al Imperio Ruso (más de 1.7 millones de km² adicionales, dotados de cuantiosos recursos minerales, forestales y pesqueros y una estratégica localización geográfica y geopolítica, para entonces y para el futuro).

Captura y organización del espacio económico

Se comprobaba nuevamente que la historia económica de la humanidad y sus naciones se ha escrito como la *historia de procesos de captura, posesión, organización, explotación y defensa del espacio económico*. Sin embargo, la Unión Americana arrastraba dentro de sí el cáncer del *régimen esclavista* que prevalecía y era la base de la economía y la cultura de los estados sureños. Los principales líderes de la nación —desde Washington hasta Madison y Monroe, pasando por el propio Jefferson— de diversas maneras habían manifestado la necesidad de terminar con tal profunda contradicción con su régimen constitucional, interconstruida, al punto de que en ocasión de la admisión de Louisiana en

la Unión el Congreso decretó que la esclavitud quedaría para siempre excluida de todos sus territorios (Nevins, *et al.*, 1994).

Una vez establecido el gigantesco territorio nacional y estabilizado el proceso interior de acelerada colonización parecía que el *frenesí expansionista* se hubiese moderado —aunque la adquisición de Alaska indicase lo contrario al término de la Guerra Civil— pero la nación se perfilaba ya como una potencia y el rápido crecimiento de la industria en el Noreste —bajo protección arancelaria— y el aumento de los excedentes agrícolas exigían asegurar mercados en el exterior (Nevins, *et al.*, 1994). Los dirigentes estadounidenses, en su mayoría amén de administradores de las teorías de Adam Smith y David Ricardo, lo eran también de las del alemán Friedrich List (F. List, 1942), quien durante los siete años que vivió en EUA escribiera sus famosos “Esbozos de economía política americana” (Nevins, *et al.*, 1994).

Aun antes de la Guerra Civil, el comodoro Perry pondría en evidencia la política exterior de asegurar *puertas abiertas al comercio* en la cuenca del Pacífico con el bombardeo del puerto de Yokohama en la bahía de Tokio (Nevins, *et al.*, 1994) y la firma forzada de un tratado de comercio ventajoso para EUA. En el mismo tenor se sitúan la penetración en el archipiélago de Hawai hasta su dominación y anexión en 1898; la conversión de Samoa en protectorado en colaboración con Gran Bretaña y en contra de Alemania; y el control en exclusividad —por acuerdo forzado con el gobierno de Colombia— del estrecho de Panamá, con la construcción, primero de un ferrocarril transístmico y posteriormente del canal del mismo nombre, con el fin de reducir el costo y elevar la eficiencia del transporte marítimo de mercancías entre

la costa este y la occidental de EUA: el estrecho de Panamá en lugar del Cabo de Hornos (Nevins, *et al.*, 1994). Esto era necesario para facilitar el suministro de materiales y equipo para el desarrollo de los ferrocarriles en la costa occidental, particularmente en California. En 1889 se celebraría en Washington la primera Conferencia Panamericana, a la cual asistieron casi una docena de delegados de los países de la región. La nueva potencia empezaba a ensayar enfoques de hegemonía diferentes de los del colonialismo europeo.

Emerge una nueva potencia mundial

Sería la guerra con España la que en definitiva posicionaría a EUA como potencia mundial económica y militar en expansión en el océano Pacífico, las Antillas y el Caribe.

En los 30 años posteriores a la Guerra Civil, la mayoría de las convergencias internacionales de los EUA tuvieron como objeto naturalmente a la única otra gran potencia en el hemisferio occidental, la Gran Bretaña [...] se resolvieron mediante arbitraje o adjudicación y de manera tal que se mejoraron los sentimientos angloamericanos (Nevins, *et al.*, 1994).

Durante estos años, EUA consolidó una relación de colaboración —cercana a la alianza— con Gran Bretaña, en la que ésta reconocía que: “Hoy día, los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente”, según rezaba una “nota de cañón de 21 pulgadas” enviada por el Departamento de Estado en el verano de 1895, en ocasión

del conflicto de límites entre Venezuela y la Guyana Británica (Nevins, *et al.*, 1994).

Durante las presidencias de Arthur y Cleveland, EUA inició la construcción de una fuerte marina de guerra moderna conocida como “el Escuadrón Blanco”, que para 1890 se había convertido en un orgullo nacional. Para 1880 las exportaciones de EUA ascendían ya a 835 millones de dólares y 20 años después llegarían a 1,400 millones de dólares. Esta dinámica justificó el crecimiento del “Escuadrón Blanco” y de la presencia diplomática estadounidense en los principales confines del planeta (Nevins, *et al.*, 1994).

A lo largo de la última década del siglo XIX la ideología y el ánimo imperialistas eran dominantes en la mayoría de las grandes naciones de la época, en tanto el reparto de África y de los grandes archipiélagos existentes en los océanos estaban casi concluidos; y además, y el gigantesco Imperio chino presentaba agudos síntomas de desintegración. Las raíces principales de esa euforia eran las ya señaladas antes en relación con el espacio económico, pero las había también de naturaleza muy variada: políticas, navales, religiosas y éticas, reformistas y aun emocionales.

La definitiva guerra con España

El nacionalismo expansionista norteamericano había sido en buena medida frenado por la posición antiimperialista del presidente Cleveland, pero su desprestigio por la crisis económica de mediados de la década de los noventa del siglo XIX y la terminación de la misma hacia el año 1897 estimuló la nueva emergencia del ánimo nacionalista. La prolongada

permanencia del Imperio Español en Cuba como último reducto —junto con Puerto Rico— de su viejo y extensísimo imperio colonial en el continente, amén de ser repulsivo para todas las naciones de aquél, había sido posible sólo gracias a crudelísimas represiones a los afanes independentistas de los cubanos durante más de medio siglo. La hermosa isla —con casi 111 mil km² de superficie— era sometida a ruinosas exacciones de las que dependía críticamente el gobierno español, sin contar la corrupción, el asesinato de Estado y todo género de indecibles crueldades y abusos sobre las personas, sus familias y posesiones (Nevins, *et al.*, 1994).

Desde la década de los setenta del siglo XIX se prolongó una irredenta guerra de guerrillas ruinoso para la economía y vida de la nación cubana y el tesoro español. La depresión de 1895 y el arancel norteamericano al azúcar, causaron una crisis económica tal que las masas ya no pudieron ser contenidas, y encontraron en José Martí el liderazgo que anhelaban. Tanto Cleveland como McKinley pretendieron neutralidad, pero los intereses norteamericanos afectados eran de consideración (inversiones directas en la isla y comercio bilateral) y aún se produjeron pérdidas de vidas estadounidenses. El gobierno de EUA empezó a presentar protestas enérgicas, pero la represión salvaje continuaba y la violencia sanguinaria de la lucha escalaba aceleradamente. El comandante español —Valeriano Weyler— creó campos y centros de concentración en 1896, donde niños, mujeres y ancianos eran asesinados o fallecían por inanición. Para fines de 1897 habían muerto más de la mitad de las 101 mil personas confinadas en la provincia de La Habana. En toda la isla, según el cónsul general de EUA, 400 mil mujeres y niños habían sido convertidos en pordioseros y animales salvajes

y morían diariamente a racimos de hambre y fiebre. Para 1898 el gobierno imperial había reunido 200 mil hombres armados en la isla (Nevins, *et al.*, 1994).

Las protestas en el Congreso y en la prensa de EUA llegaron a un clímax aunque el presidente Mckinley se resistía a intervenir, hasta que en febrero de ese año el embajador Dupay De Lome cometió una pifia monumental al dejar filtrarse a la prensa una carta suya en la que denigraba al presidente Mckinley. Una semana después, en la bahía de La Habana fue volado el acorazado *Maine*, con una pérdida de 260 vidas. Aunque hasta ahora el origen del sabotaje aún se discute, el atentado ofreció el *casus belli*. El presidente Mckinley se empeñó —aun en presencia de concesiones apresuradas del gobierno español que podrían haber tornado innecesaria la guerra— y el 11 de abril envió al Congreso la Declaración de Guerra, la cual había devenido muy popular.

“Ningún otro conflicto en el que hubieran intervenido los estadounidenses produjo tan rápidas ganancias en cierta clase de gloria como la Guerra Hispano-Americana” (Nevins, *et al.*, 1994). Se inició el 1 de mayo y terminó 10 semanas después sin un solo revés importante y prácticamente sin pérdida de vidas. La guerra se produjo en todos los tres frentes de posesiones españolas, en el Caribe —Cuba y Puerto Rico— y en el Pacífico (Filipinas). A los contemporáneos debió de impresionarles la simultaneidad, coordinación y contundencia de la operación en los tres frentes. Tropas equivalentes a las de un solo cuerpo de ejército desembarcaron en el puerto de Santiago de Cuba, ganaron una serie de combates rápidos y establecieron asedio sobre el puerto. La flota del almirante Cervera, constituida por cuatro cruceros blindados, fue

destruida fuera de la bahía en unas cuantas horas y sólo un marinero de EUA falleció en la acción.

El ejército comandado por el general Miles desembarcó en Puerto Rico y marchó por la isla a ritmo y ánimo de desfile; al punto de que la conquista de la isla fue calificada como un “gran día de campo y lunada del general Miles en Puerto Rico”. El almirante Dewey —Theodore Roosevelt formaba parte de la oficialidad— penetró en las aguas sin minar de la Bahía de Manila, acercándose al amanecer a distancia del alcance de sus propios cañones —superior a los de los españoles— y ordenó disparar a discreción, poniendo fuera de combate al enemigo sin perder un solo hombre. *Parecía haber sido una guerra perfecta, ideal*. La lista de bajas fue breve; no costó mucho dinero; elevó el prestigio de EUA y las arcas de la nación se llenaron con el botín (Nevins, *et al.*, 1994).

El país festejó la victoria y las glorias adquiridas con gusto. Sin embargo, pasado poco tiempo abundaron las críticas, matices devaluatorios y aún descalificaciones. El enemigo era débil, al punto de que la escasa resistencia ofrecida causaba lástima; la marina de guerra española estaba tan mal equipada y desmoralizada que ni un rasguño causó a los barcos de EUA; los 200 mil soldados españoles desplegados en Cuba estaban tan mal dirigidos y con medios de transporte tan insuficientes que sólo 12 mil hombres pudieron ser emplazados en Santiago cuando las fuerzas de EUA se aproximaban a la ciudad. Además de ello, se habló de ineficiencia, burocratismo excesivo e incluso corrupción. En tales condiciones se dijo que las gloriosas victorias deberían atribuirse, en parte a la *audacia* y *el valor*, pero en mayor proporción a la debilidad española. Se concluyó que

el Departamento de Guerra había estado tan mal dirigido que el secretario debió salir del gobierno de Mckinley y ser remplazado por Elihu Root, quien se encargaría de alcanzar un alto nivel de eficiencia.

Theodore Roosevelt sintetizaría los problemas al calificar al conflicto bélico como la Guerra de los impreparados Estados Unidos. Como consecuencia, EUA aprendió al reconocer estas fallas y las fuerzas armadas fueron incrementadas —tanto el ejército como la armada— con Estado Mayor permanente y mejora de los servicios profesionales. Al aprender y superar las lecciones de esta guerra, EUA pudo prepararse adecuadamente para mayores empresas en el futuro: la Primera Guerra Mundial.

Independientemente de las críticas y debates —propias de la vida democrática interna—, desde una perspectiva contemporánea puede afirmarse que con la guerra española EUA obtuvo triunfos y avances de un elevado valor estratégico. En primer término, el triunfo estadounidense determinó *el fin definitivo del Imperio colonial español* y su salida del hemisferio occidental, el que se quedaría solamente con sus pequeñas posesiones en el norte de África y las Islas Canarias en el océano Atlántico. Esto agudizaría la urgencia para el reino de España de acelerar su tránsito de imperio a Estado-nación. Conforme al Tratado de Paz, Cuba nació como república libre de adeudos, si bien bajo la égida de EUA, y éste recibió a Puerto Rico y al archipiélago filipino como posesiones.

En segundo término, EUA se posicionó en el escenario internacional como potencia económica de primer orden y militar digna de consideración sólo detrás del Reino Unido en diversos aspectos. El Tratado de Paz con España gozó de

popularidad interna —manifiesta en la elección de 1900 en la que resultó reelecto Mckinley— y además pueblo, sociedad y gobierno habían asumido plenamente la idea de potencia y, para algunos de *imperio en ciernes*.

Para 1885 los EUA habían sobrepasado en producción industrial a la Gran Bretaña, considerada por entonces la mayor potencia industrial. Hacia fines de siglo [consumía] más energía que Alemania, Francia, Austria-Hungría, Rusia, Japón e Italia juntos. Entre la Guerra de Secesión y el fin de siglo, la producción norteamericana de carbón aumentó en 800%, los rieles de acero en 523%, el kilometraje de vías de férreas en 567% y la producción de trigo en 256%. La inmigración contribuyó a duplicar la población” (Kissinger, 1995).

Todo indicaba que continuaría con dicha dinámica.

Ninguna nación ha experimentado tal aumento de poder sin tratar de convertirlo en influencia global [...] Pero el Senado norteamericano siguió [priorizando lo doméstico] y sofocó todos los proyectos expansionistas. Mantuvo reducido el ejército (25 mil hombres) y débil a la armada. Hasta 1890 el ejército norteamericano fue el décimo cuarto del mundo detrás de Bulgaria, y la armada [...] era más pequeña que la de Italia, aun cuando el poderío industrial de la nación fuese 13 veces que el de [dicho país] [...] [a los EUA se les trataba como potencia de segunda clase. Washington no era una plaza ambicionable para los diplomáticos europeos de alto nivel]” (Kissinger, 1995) [...] A fines del decenio de 1880 los EUA comenzaron a construir su armada, hasta entonces más pequeña que la de Chile, Brasil o Argentina. En 1885,

Benjamín Tracy, Secretario de Marina, estaba gestionando una armada de acorazados (*ibidem*).

Aunque [...] la Marina Real Británica protegía a los EUA contra ataques de potencias europeas [...] [El gobierno de EUA] no veía a Gran Bretaña como protectora de su país [...] [más bien] fue considerada como *su gran amenaza estratégica* [...] [De ahí que los EUA] se propusieran anular la influencia de la Gran Bretaña en el Continente Americano invocando la DM que en parte había nacido por obra de Gran Bretaña [...] En 1895, el Secretario de Estado Richard Olney invocó la DM para hacer una advertencia a la Gran Bretaña, señalando las desigualdades notorias de poder. Escribió: “Hoy, los EUA son prácticamente soberanos en este continente, y su orden es la ley para los súbditos [...] Los infinitos recursos, combinados con su posición aislada, lo hacen amo de la situación y prácticamente invulnerable a cualquiera otra potencia”. Ya para el año 1902 la Gran Bretaña había abandonado sus pretensiones de desempeñar un papel importante en la América Central (incluyendo Panamá) [...] Se habían convertido en una potencia mundial casi a pesar de sí mismos [...] mientras insistían en que no tenían ningún deseo de dirigir una política exterior de gran potencia [...] Los dirigentes de la nación podían seguir insistiendo en que su política exterior básica consistía en servir de “faro” al resto de la humanidad [...] pero algunos de ellos estaban cobrando conciencia de que [su] poderío no tendría que esperar [...] Nadie expresó este razonamiento en forma más contundente que [el presidente] Theodore Roosevelt (Kissinger, 1995).

En tercer lugar, al obtener la posesión de Puerto Rico y la incorporación de Cuba a su esfera de influencia, EUA adquirió una posición estratégica en el espacio de los mares Caribe y de las Antillas, de primordial importancia en las rutas de navegación del Atlántico. A ello se sumaba su primacía en la construcción y control del nuevo Canal de Panamá con altísima importancia estratégica para el comercio internacional transoceánico y para la eficiencia logística en la relación económica entre sus propias regiones costeras oriental y occidental. La importancia estratégico-militar del Canal de Panamá era ya evidente desde entonces: contó especialmente en las decisiones el hecho de que a la nave de guerra *Oregón* le tomó 68 días realizar la travesía desde la costa del Pacífico hasta la Bahía Santiago de Cuba.

En cuarto lugar, a partir de este posicionamiento estratégico, su gigantesco territorio, abundante y creciente población, dotación de todos los recursos naturales importantes y su creciente potencia militar transportable, EUA se erige definitivamente como la potencia preponderante —con vocación hegemónica— y exclusiva (Doctrina Monroe) del continente americano.

En quinto lugar, con la anexión del archipiélago hawaiano, la captura del archipiélago filipino, el protectorado conjunto con Gran Bretaña sobre Samoa, la incorporación de Alaska, el dominio sobre el istmo de Panamá, y sus grandes y crecientes flotas mercante y militar, EUA se establece como una de las dos potencias preponderantes de la cuenca del océano Pacífico, junto con Gran Bretaña. Al respecto, durante la segunda mitad del siglo XIX EUA fue dependiente de las flotas británicas para todos sus movimientos estratégicos.

Este factor determinaría la política de expansión de su marina de guerra a partir del fin de la guerra con España.

En sexto término, con el antecedente de la *diplomacia cañonera* practicada en el puerto de Yokohama, su incorporación entusiasta —en coordinación con los británicos— a los esfuerzos y presiones para lograr la apertura de los mercados de China y la propia expansión de la flota militar naval, EUA envió un claro y convincente mensaje al escenario internacional acerca de su determinación de presionar en todas direcciones por el establecimiento del *libre comercio de bienes y servicios*, y el libre flujo de capitales, a escala planetaria: *organización del espacio económico* para beneficio propio y, quizá, alguna vez, de muchos de los pueblos involucrados.

Theodore Roosevelt, la apertura comercial y el Gran Garrote

Con cierto riesgo de incurrir en hipérbole, puede decirse que la tesitura actitudinal de EUA como nación, exhibida crecientemente a partir de mediados del siglo XIX, es producto de una *necesidad sistémica* de su condición de nación/economía continental, con su inmensa dotación de recursos naturales, climas y población abundante, emprendedora, abierta a la incorporación de talento de todo el planeta, con instituciones sólidas de libre empresa y protección a la propiedad, y tiende a desarrollar *especialización* —a partir de sus múltiples regiones y en los términos de Adam Smith y David Ricardo— en una amplísima gama de ramas de *actividad económica*. Por ello, Teddy Roosevelt proclamaría “Puertas

abiertas” como lema fundamental de su política exterior. Esta pasión lo llevaría como presidente a, repentinamente, “tomar” Panamá para asegurar la construcción y control del canal interoceánico y además a practicar una política de “cooperación” con naciones débiles mediante el “sutil” enfoque de *proconsulados*, como fueron los casos de Filipinas, Cuba, Puerto Rico y después Panamá y diversas naciones pequeñas del Caribe y Centroamérica. Y, además, aventurarse, junto con los ingleses, en China e imponerle a ésta lo que los chinos de hoy llaman “la gran humillación”.

Según Kissinger, el presidente Teddy Roosevelt le dio a la Doctrina Monroe su propia y peculiar interpretación, “identificándola con las doctrinas imperialistas de la época”, llamándola “corolario de la DM”. El 6 de diciembre del año 1904 “proclamó un *derecho general a la intervención* por cualquiera nación civilizada”, que en el continente americano sólo EUA tenía derecho a ejercer; dijo: “en América, la adhesión de los EUA a la DM puede obligar a la nación, en casos flagrantes de maldad o incompetencia a ejercer, aun con renuencia, un poder policiaco internacional”. Para Roosevelt, una diplomacia agresiva en el continente americano era parte del nuevo papel global de su patria; EUA se habría convertido en un actor en el escenario internacional. En el año 1902 ya le había dicho al Congreso: “Cada vez más, la creciente interdependencia y complejidad de la política internacional y de las relaciones económicas obligan [...] a insistir en una *apropiada vigilancia del mundo*”.

Ningún otro presidente —dice Kissinger— definió tan cabalmente el papel mundial de los EUA por su interés nacional ni identificó tan completamente el interés nacional

con el equilibrio del poder [y al mismo tiempo] compartía con sus compatriotas la idea de que los EUA constituirían la mejor esperanza del mundo (Kissinger, 1995).

Existe una clara e indisoluble continuidad conceptual entre la búsqueda, promoción y aún imposición del libre movimiento de bienes, servicios y capitales (aunque no de trabajadores) en todo el planeta como *necesidad sistémica* del fenómeno económico de EUA, y el autoimpuesto papel como nación, como faro y custodio de la democracia y la libertad a escala de la comunidad mundial de naciones (Barnett, 2004).

Durante este periodo se habría de ampliar y consolidar la *relación especial* entre EUA y Gran Bretaña que los llevó a cooperar en diversos escenarios: sus intereses generales coincidían y los particulares tendieron hacia una clara diferenciación territorial y geopolítica: EUA en el continente americano y la cuenca del Pacífico; y Gran Bretaña en Europa, el Mediterráneo, África, el Cercano Oriente, Asia —con interés preeminente en el Raj en India— y la cuenca del Pacífico. Gran Bretaña ayudaría a EUA a resolver la disputa con Rusia y Canadá en la definición territorial de Alaska; en la anexión del archipiélago hawaiano; la guerra con España, especialmente Filipinas; el problema de la deuda de Venezuela; y lo dejaría gestionar la región del Caribe y las Antillas conforme a su conveniencia. EUA apoyaría a Gran Bretaña en los conflictos europeos con su “neutralidad”; en la repartición de China y su apertura al comercio y la inversión directa, entre otros casos. Todo ello, sin pactos escritos, habría de conducir a la actuación en las dos grandes guerras en los siguientes 50 años. A la *diplomacia del Gran Garrote* de Roosevelt se añadiría luego la *diplomacia del*

Dólar de William Taft: fomento al comercio y la inversión estadounidense por medios diplomáticos.

El imperialismo de nuevo cuño

Dos fenómenos se agregan a esta fase inicial de consolidación de EUA como potencia mundial durante el tránsito del siglo XIX al XX. En primer lugar, la emergencia dentro del país de destacados individuos y corrientes políticas opuestos a la adquisición y conservación de *posiciones territoriales en el exterior* al estilo del viejo imperialismo colonialista europeo, del cual ellos se habían liberado en el siglo XVIII y al que repudiaban por ser antitético del régimen constitucional estadounidense (Barnett, 2004).

Esta visión se aplicaría a Cuba, Panamá, Filipinas e incluso Puerto Rico. Emergería así un *imperialismo de nuevo cuño*, no basado en posesiones territoriales sino en la hegemonía, en la predominancia económica y militar y en la difusión “civilizatoria” de las instituciones propias: democracia, gobierno civil republicano, apertura total de mercados, Estado de derecho, protección a la propiedad, libertad de expresión, igualdad ante la ley, entre otras. Los más ilustrados recordaban que la pérdida de la república romana había sido producto del imperio y no al revés.

El presidente Woodrow Wilson llevó esta mudanza con decisión en uno de sus primeros actos oficiales cuando repudiaría las diplomacias del *Gran Garrote* y del *Dólar*, días después de haberse comprometido públicamente a “cultivar la amistad y merecerse la confianza” de las repúblicas latinoamericanas; en un discurso pronunciado en la ciudad

de Mobile, repudió la diplomacia del dólar y “prometió que Estados Unidos no volvería a tratar de adquirir territorio por conquista” (Barnett, 2004). Promesa que cumplió fielmente, a pesar de haber exhibido el *Gran Garrote* en México (exhibición de fuerza naval en Veracruz para presionar al usurpador Huerta, a quien se negó a reconocer) y de haberlo aplicado en varias ocasiones en Centroamérica y el Caribe, si bien en Nicaragua, Haití y Santo Domingo terminarían actuando con el talante imperial de sus antecesores.

En segundo término, durante este periodo se iniciaría en EUA la segunda Revolución industrial (en la década de los noventa del siglo XIX) con la invención y difusión del “fordismo industrial”: estandarización, producción en masa y cadenas de ensamble, en busca de economías de producción a escala; innovación tecnológica constante, y salarios propiciadores de un mercado doméstico en expansión. Con ello, EUA se convertiría en la *potencia industrial por excelencia* a escala mundial. En tales condiciones se incorporaría a la Primera Guerra Mundial.

Durante casi todo el siglo XIX había prevalecido en la política exterior el *aislacionismo* —en el entendido de que el expansionismo territorial en la región norteamericana y las acciones en Latinoamérica eran considerados como “política interior”— a partir del marco conceptual de “excepcionalismo estadounidense”. La presidencia de T. Roosevelt sería la excepción notoria y estridente a esa regla (Nevins, *et al.*, 1994, Kissinger, 1995).

La llegada de Woodrow Wilson al poder —gracias a la división del Partido Republicano entre William Taft y Theodore Roosevelt— representó un *giro drástico* en la política de EUA, al ser aquél —según H. Kissinger— “la encarnación misma de

la tradición del *excepcionalismo norteamericano*” (Kissinger, 1995), originando la escuela intelectual predominante en la política exterior norteamericana, cuyos preceptos eran para T. Roosevelt improcedentes y, a largo plazo, adversos a los intereses de EUA. Si bien la visión de Roosevelt triunfaría en los hechos, la de W. Wilson lo haría en el pensamiento norteamericano. De acuerdo con H. Kissinger:

ningún presidente norteamericano ha tenido una visión más aguda que T. Roosevelt de la operación de los sistemas internacionales; sin embargo, fue Wilson quien captó las fuentes de la motivación norteamericana; siendo la principal, tal vez, que los EUA simplemente no se consideraban una nación como cualquiera otra [...] la perdurable convicción del pueblo norteamericano ha sido que su carácter excepcional reside en la práctica y la propagación de la libertad (Kissinger, 1995).

De esta suerte, sólo era posible movilizar gente para acometer hazañas importantes con una visión coincidente con su carácter excepcional. Por ello, Roosevelt nunca pudo convencer de embarcarse en la Primera Guerra Mundial. En contraste, W. Wilson despertó las emociones del pueblo con argumentos moralmente elevados e incomprensibles para los dirigentes extranjeros.

Woodrow Wilson, la guerra y el nuevo orden

W. Wilson sólo pudo superar el instinto aislacionista de su pueblo apelando a su fe en la “naturaleza excepcional de

sus ideales”. Al tiempo que rechazaba la política del poder y demostraba la devoción de su gobierno a la paz con la “defensa apasionada de la neutralidad” y la “negación de todo interés nacional egoísta, y la afirmación de que EUA no buscaba otro beneficio que justificar sus principios”. Así, paso a paso condujo a su pueblo a la guerra (Kissinger, 1995). En su primer discurso sobre el estado de la Unión —2 de octubre del año 1913— fijó las directrices de lo que se llamaría el “wilsonismo”: el derecho universal y no el equilibrio del poder, la integridad nacional y no la autoafirmación nacional eran los fundamentos del orden internacional. Al recomendar la ratificación —por el Senado— de varios tratados de arbitraje, arguyó que “un arbitraje obligatorio y no la fuerza” debía ser el método para resolver las disputas internacionales. Esto irritaba profundamente a Roosevelt.

En su segundo discurso ante el Congreso —8 de diciembre de 1914— con la guerra europea a cuatro meses de iniciada, rechazó un aumento del armamento de EUA porque “sería señal de que habíamos perdido el dominio de nosotros mismos (Kissinger, 1995) a resultas de una guerra “cuyas causas no pueden alcanzarnos, cuya existencia misma nos ofrece oportunidades de amistad y de servicio desinteresado”. La influencia de EUA dependería de su generosidad; de conservarse para después presentarse como árbitro confiable y ofrecerse como mediadores. Dada “la fe de la nación en valores más elevados que el equilibrio del poder”, la guerra ofrecía oportunidades de hacer proselitismo para un nuevo y mejor enfoque a los asuntos internacionales.

A pesar de las continuas invectivas de Roosevelt, el presidente Wilson aseguraba que su política era “lo contrario del aislamiento”, pues afirmaba la “aplicabilidad universal de

los valores” estadounidenses y el compromiso de difundirlos. Con base en Jefferson, sintetizaría las bases de una “ideología de cruzado” (Kissinger, 1995):

- La misión especial de Estados Unidos trasciende la diplomacia cotidiana y lo obliga a servir como faro de libertad para el resto de la humanidad.
- La política exterior de las democracias es moralmente superior, porque el pueblo es, en esencia, amante de la paz.
- La política debe reflejar las mismas normas morales que la ética personal.
- El Estado no tiene derecho a arrogarse una moral especial.

De esta forma, Wilson pretendió dotar de dimensión universal a estos postulados y documentó el talante de “*self-rightousness*” que exhiben sus dirigentes y élites. Dice Kissinger: “no ha habido otra nación que basara sus pretensiones de liderazgo internacional en su altruismo [en lugar de] la compatibilidad de sus intereses nacionales con los de otras sociedades”. Pero, a partir de Wilson, “todos los presidentes norteamericanos han invocado la generosidad de su país [...] ninguno [ha] querido ver el hecho de que, para los dirigentes extranjeros, [...] las pretensiones de altruismo [...] evocan una cierta aura de predictibilidad, mientras que los intereses nacionales se pueden calcular [...]. El carácter altruista [...] era prueba del favor divino”. “Fue como si —dijo el propio Wilson— en la Providencia de Dios un continente se hubiese mantenido virgen aguardando a un pueblo pacífico que amara la libertad y los derechos del hombre más que ninguna otra cosa”. “Esta pretensión [...] implicaba un papel global para los EUA [que] no tenían

derecho a guardarse sus valores [así] su seguridad [...] era inseparable de la seguridad de *todo* el resto de la humanidad. Esto implicaba que en adelante el deber de los EUA sería oponerse a la agresión en *cualquier parte*” (Kissinger, 1995). O sea, *proveedor mundial de seguridad* (Barnett, 2004).

“Considerar a los EUA —dice Kissinger— como un benéfico policía mundial se anticiparía a la política de contención que se desarrollaría después de la Segunda Guerra Mundial” (Kissinger, 1995). De ahí al intervencionismo global sólo había un paso. “Los Estados Unidos —añade Kissinger— tenían carta blanca para intervenir en el exterior”. Así Wilson fue llevando a su país paulatinamente a la guerra —la más cruenta de todas— hasta que Alemania ofreció la *casus belli*: el anuncio de la guerra submarina irrestricta y el hundimiento del *Lusitania*.

Pero aún entonces, la desechó e insistió en la justificación moral, cuyo objetivo esencial era

[...] un orden internacional nuevo y más justo [...] por las cosas cercanas al corazón: por la democracia, por el derecho de quienes se someten a la autoridad por tener una voz en su propio gobierno, por los derechos y libertades de las naciones pequeñas, por un predominio universal del derecho, por un concierto de los pueblos libres que lleve la paz y la seguridad a todas las naciones y por último haga que el mundo mismo sea libre (discurso en sesión conjunta del Congreso, 2 de abril del año 1917, citado por Henry Kissinger).

En una guerra entablada en nombre de tales principios “no se podía transigir”: objetivos exclusivamente morales. Al

entrar a la guerra propuso “una paz que sólo podría lograrse mediante la *victoria total*”.

Desde su discurso de asunción del poder, Wilson dejaría claro que se proponía conducir al país en un amplio y profundo programa de reforma económica. “Nadie debe equivocarse —dijo— acerca de los fines para cuya realización la nación procura ahora utilizar al Partido Demócrata. Quiere usarlo para (implementar) un cambio en sus propios planes y punto de vista”. Vino a continuación un programa muy atrevido y amplio de reforma constructiva para hacer realidad la *nueva libertad*. Al enumerar las cosas que debían alterarse: “un arancel que convierte al gobierno en instrumento fácil de los intereses privados (o sea, el abandono de amplio y rígido proteccionismo adoptado desde la Guerra Civil); un sistema bancario y monetario idóneo para la concentración del efectivo y la restricción de los créditos; un sistema industrial que restringe las libertades y limita las oportunidades de los trabajadores; una economía agrícola ineficiente y descuidada, y la explotación de recursos naturales para beneficio de los particulares”. El gobierno tenía que “ponerse al servicio de la comunidad, y velar por la salud y bienestar de las mujeres y los niños, así como de los desposeídos”.

La reforma debía efectuarse intencional e eficazmente. Convocó al Congreso a sesión especial y le habló personalmente (lo cual no se había hecho por mucho tiempo). Fue así que se modificaron los aranceles, eliminando todo privilegio, a pesar de la oposición del Senado, entonces en manos de cabilderos. Se lanzó contra ellos con la ayuda del pueblo: “Interesa seriamente al país —dijo— que el pueblo en general carezca de camarillas, de cabilderos [que se sobreponen] a los intereses del público para su propio

beneficio". A seis meses de establecida la reforma firmó el decreto sobre aranceles, que los redujo por primera vez en 50 años (Nevins, *et al.*, 1994). La reacción del público fue entusiasta. Reformó el sistema bancario y monetario "para evitar la concentración del dinero y abrir y agilizar el crédito"; se requería una reforma completa. Aliado al progresista William J. Bryan consiguió la creación por ley de la Reserva Federal para lograr que el control fuera público, porque debía ser público y no privado, para que los "bancos pudieran ser instrumentos y no los amos de la economía y de las empresas e iniciativas individuales; descentralizar el sistema bancario, con mejor servicio para el Sur y el Oeste, dando lugar a un dinero elástico bajo control gubernamental. También gracias a ello fue posible superar la crisis de la Primera Guerra Mundial (Nevins, *et al.*, 1994).

El tercer gran logro de W. Wilson fue la regulación de las corporaciones ("trust") y monopolios. La ley Sherman del año 1890 —que declaró ilegales todos los contratos, asociaciones o conspiraciones para restringir el comercio, y todos los monopolios—había sido más eficaz contra los trabajadores organizados que contra las combinaciones de los industriales. La ley Clayton del año 1914 definió cuidadosamente las prácticas indebidas, prohibió las discriminaciones en precios y la vinculación de grandes corporaciones mediante la "interconexión de directorios e hizo personalmente responsables a los directores por infracciones a la ley". No se olvidó de los agricultores ni de los obreros. La Ley Federal de Crédito Agrícola impulsó el financiamiento a tasas de interés bajas. La Ley Warehouse autorizó préstamos con garantía de cosechas. La Ley Seamen's de La Follete, del año 1915, emancipó a los marineros de

la tiranía a que habían sido sometidos; y la Ley Adamson del año 1916 estableció la jornada de ocho horas para los trabajadores ferroviarios y promovió legislación para abolir el trabajo infantil. En suma, “en tres años Wilson consiguió se decretaran más leyes que cualquier otro presidente desde los tiempos de Lincoln” (Nevins, *et al.*, 1994). Estableció liderazgo sobre el Congreso y sobre su propio partido demostrando que la democracia podía ser rápida y eficaz en tiempos de crisis.

Apoyado en esta política interna eficiente de aliento popular y en una política exterior de aliento democrático y promotora de la paz —“enfriamiento de las fricciones”—, arbitraje y firma de tratados (30 de ellos), previa conciliación de diferencias, se lanzó a la Primera Guerra Mundial (Nevins, *et al.*, 1994) el 6 de abril del año 1917. Prometió “fuerza, fuerza al máximo, fuerza sin medida ni límites” y la nación se lanzó tras él para cumplir la promesa. Los aliados de Gran Bretaña y Francia se encontraban exhaustos, al grado de que ya se pronosticaba un desenlace fatal. El apoyo directo de los estadounidenses era ya cosa “de vida o muerte”. El intelectual y académico W. Wilson “demostró ser uno de los más grandes presidentes en tiempos de guerra [y] en ninguna otra guerra anterior puso de manifiesto el gobierno una mayor inteligencia o eficiencia ni el pueblo estadounidense una mayor energía, capacidad y genio inventivo” (Nevins, *et al.*, 1994). Este fenómeno asombró al mundo entero y más aún la constatación de la potencia industrial que EUA había ya desarrollado: la mayor del planeta.

El gobierno [...] con prontitud y energía [...] se convirtió en dictador de la industria, de los trabajadores y de la agricultura

[...] Se hizo cargo de los ferrocarriles y telégrafos [...] la producción agrícola se incrementó en una cuarta parte [...] la producción de carbón en dos quintas partes [...] mediante impuestos y créditos recaudó US\$ 36 mil millones, prestó 10 de ellos a sus aliados y gastó el resto en el propio país [centró] su atención en ganar la batalla del Atlántico [la que en el verano del año 1917] parecía estar perdida. Ganaron la batalla apoderándose de barcos alemanes, contratando el servicio de neutrales y lanzándose a realizar un colosal programa de construcción de barcos [...] en un solo año construyó tres millones de toneladas (Nevins, *et al.*, 1994).

Se había puesto de manifiesto, por primera vez, para admiración y espanto de propios y extraños, *el complejo militar-industrial de EUA*. El más asombroso había sido hasta entonces el alemán, cuyo epítome era la empresa de la familia Krupp en Dresden.

Se decretó el reclutamiento, y antes del término de la guerra ya se habían enlistado 25 millones de hombres. Pero, ¿podría EUA entrenarlos y transportarlos a tiempo? El primer contingente desembarcó en Francia en junio del año 1917 y el 4 de julio desfilaban por Champs Élysées. Pero 40 nuevas divisiones alemanas se habían incorporado procedentes del frente ruso. Habían logrado una superioridad numérica que les dio resonantes triunfos. Veían ya la victoria en el horizonte. En EUA apresuraron la preparación y dieron prioridad al transporte naval: enviaron a ultramar 80 mil soldados en marzo del año 1918; 118 mil en abril y 240 mil en mayo. Para octubre el contingente estadounidense emplazado en Francia era de 1,750 mil soldados. Para mediados de julio los alemanes habían fracasado. “La marea de la guerra —

escribió el general Pershing— ha cambiado definitivamente a favor de los Aliados”. En octubre el ejército estadounidense perforó la famosa línea Hindenburg y destruyó la moral de combate alemana (Nevins, *et al.*, 1994).

Al mismo tiempo, Wilson llevaba su retórica sobre los fines de la guerra a la sublimación. Haciendo gala de grandes dotes como comunicador, le aseguraba al pueblo alemán que la guerra no era contra ellos sino contra su gobierno tiránico y autocrático. *Las condiciones de paz no incluirían la anexión de pueblos que no lo deseaban ni pagos punitivos en dinero.* En mensaje al Congreso plantearía sus famosos 14 puntos como base de una paz justa. Entre ellos figuraban: acuerdos pactados abiertamente, libertad de los mares en la paz y en la guerra, *supresión de barreras económicas entre las naciones*, reducción de armamentos, arreglo imparcial de las reclamaciones coloniales, cooperación con Rusia para la adopción de su propia política nacional con instituciones elegidas por ella misma, reajuste de las fronteras internas de Europa con base en el principio de autodeterminación de los pueblos y la creación y establecimiento de una “asociación general de naciones” que permitiera otorgar garantías mutuas de independencia política e integridad territorial a todos (Nevins, *et al.*, 1994).

Los alemanes se rindieron a la evidencia y aceptaron negociar con base en los 14 puntos de Wilson. Amotinamiento y revolución, el káiser abdicó y huyó. El 11 de noviembre terminó la guerra.

A pesar de la habilidad y astucia política que había desplegado como líder de una nación en guerra, al término de la misma Wilson cometió una serie de errores fatales. En primer lugar, a pesar de que contaba con el pueblo

estadunidense, apeló a él para que le otorgara un Congreso demócrata con el fin de que lo apoyara en la negociación de la paz. El resultado fue el opuesto: el pueblo eligió mayorías republicanas en ambas cámaras. En segundo lugar, decidió acudir personalmente a la Conferencia de Paz, con lo que ofendió adicionalmente a muchos ciudadanos y ello dañó su prestigio en Europa. El hastío de la guerra, la tradicional desconfianza en los europeos, sentimientos de decepción y la pasión partisana arrastraron al país. Al tiempo que Wilson viajaba a Francia, Roosevelt —resentido y vengativo— lo descalificó públicamente como vocero del pueblo de EUA (Nevins, *et al.*, 1994). Los autores del tratado de paz, el Tratado de Versalles, Wilson, Lloyd George, Clemenceau, Orlando y otros, se reunieron en ambiente de odio al enemigo, codicia de colonias y reparaciones de guerra, miedo al bolchevismo y plena y absoluta asignación de la culpa de la guerra a Alemania. La paz “concertada” no fue negociada sino un *dictum*. Mediante éste le quitaron a Alemania todas sus posesiones coloniales, determinaron ajustes territoriales en todas sus fronteras, le impusieron el pago de ruinosas indemnizaciones¹. En otros tratados se dieron el lujo de crear estados nuevos, si bien éstos empezaron a existir conforme al principio wilsoniano de autodeterminación: Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia, Filipinas, entre otros.

Wilson se vio obligado, en este ambiente, a ceder algunos de sus catorce puntos a cambio del acuerdo para la creación de la Liga de las Naciones, convencido de que una vez puesta en marcha los errores se corregirían con su actuación.

1 Éstas darían lugar a una lúcida interpretación crítica de John Maynard Keynes: *Las consecuencias económicas de la paz*, FCE, México, 1958

Wilson había logrado el máspreciado de sus objetivos: la incorporación de la Liga a las negociaciones de paz, y si ésta se estableció, lo fue como una creación de Wilson. Su función: “fomentar la cooperación internacional y lograr la paz y la seguridad internacionales”. Todas las naciones podrían ser miembros, su control en manos de un Consejo dominado por las grandes potencias; y en su Asamblea participarían todos los miembros.

Los miembros de la Liga se comprometieron a “respetar y preservar contra toda agresión externa la integridad territorial y la independencia política existente”, de todos los miembros (artículo décimo); y a someter a arbitraje todas las disputas, así como a emplear sanciones militares y económicas contra las naciones que recurrieran a la guerra en menosprecio a la Carta de la Liga. La Carta de creación incluía también disposiciones para lograr el desarme, el gobierno por mandato en las colonias; y la formación del Tribunal Internacional Permanente de Justicia, así como la Oficina Internacional del Trabajo (Nevins, *et al.*, 1994).

Con este triunfo Wilson coronaría brillantemente el liderazgo de su país y de la comunidad internacional, y culminaría un gran arco existencial de lucha por la libertad y la paz. A pesar de los grandes problemas y obstáculos para la implementación que pronto se presentaron —notablemente en el mismo EUA— y de los grandes defectos del Tratado de Versalles como instrumento de paz, el pensamiento wilsoniano se convertiría en referente fundamental y perpetuo sobre tales materias.

Al retornar a su patria con el Tratado de Versalles y la Liga de las Naciones en ristre se toparía con una oposición poderosa y enorme de los republicanos, a quienes se les

presentaba la oportunidad de humillar a Wilson y derrotar al Partido Demócrata. Aun cuando la mayoría del pueblo estadounidense aprobaba la Liga y el Tratado de Paz gozaba en principio de mayoría en el Senado, la tozudez de Wilson de no modificar el artículo décimo del Tratado sería fatal. Según la oposición, tal artículo limitaba la soberanía nacional de EUA —en realidad, como es obvio, limitaba la de todas las naciones miembros— y según Wilson “constituye en mi opinión la espina dorsal de todo el pacto. Sin él, la Liga no pasaría de ser más que una prestigiosa sociedad de debates”. Wilson se lanzó nuevamente a consultar al pueblo y en ese esfuerzo perdió la salud y, finalmente, la vida. En marzo del año 1920 el Senado rechazó el Tratado de Paz y el Pacto de la Liga. Con ello, el Senado lanzó al país nuevamente a los anacrónicos brazos de un vergonzoso aislacionismo. Como corolario, en la elección del año 1920 se otorgó el triunfo a los republicanos con una “insólita mayoría”, con lo cual éstos abrazaron el aislacionismo como doctrina de su partido (Nevins, *et al.*, 1994).

Comenta H. Kissinger que “la medida del triunfo intelectual de Wilson [sobre Roosevelt] nos la da el hecho de que hasta Richard Nixon, cuya política exterior encarnó muchos de los preceptos de T. Roosevelt, se considerara ante todo discípulo del internacionalismo de Wilson” y colgara su retrato en el salón del gabinete (Kissinger, 1995). El rechazo a la Liga de las Naciones se debió a que “el país aún no estaba preparado para desempeñar un papel tan global”, y no obstante “la victoria intelectual de Wilson resultó más germinal” (que un mero triunfo político) pues en cada intento de construir un nuevo orden mundial EUA ha apelado a los preceptos de Wilson. Ayudó a crear la ONU al término de la

siguiente guerra mundial sobre los principios de la antigua Liga: “la esperanza de fundar la paz en la concordia de los vencedores” (Kissinger, 1995) y en la lógica de la seguridad colectiva.

El wilsonismo —dice Kissinger— encarnó el drama central de EUA en el escenario mundial: “la ideología norteamericana ha sido, en cierto sentido revolucionaria mientras que, en lo interno los norteamericanos siempre se han dado por satisfechos con el *status quo*” (esto último no se aplica por completo a W. Wilson en lo personal, dada la lucha exitosa que libró en favor de los segmentos débiles del pueblo). Proclives a convertir los conflictos de política exterior en lucha entre el bien y el mal, se sentían incómodos con las componendas y resultados parciales. El que no hayan buscado vastas transformaciones geopolíticas los asoció a menudo con la defensa del *status quo* territorial y en ocasiones en lo político (Kissinger, 1995).

El que hayan “descubierto” —según Kissinger— que tendrían que aplicar sus ideales en un mundo menos privilegiado, no es otra cosa que una clara manifestación del continuo conceptual entre *la necesidad sistémica de establecer la apertura de mercados* en todos los confines y los valores e instituciones democráticas y liberales de su ámbito, como proceso civilizatorio desde su perspectiva nacional, a través de mecanismos de expansión imperial. Éste es el desiderátum de todos los imperios. En el caso de Woodrow Wilson, a la larga, su visión resultó más apropiada para su país que la de otros.

Independientemente del rechazo del Senado al Tratado de Paz de Versalles y del Acuerdo sobre la Liga de las Naciones, así como del retorno del país a su aislacionismo

decimonónico, EUA culminó la Primera Guerra Mundial no sólo con la gloria y prestigio del triunfo y el agradecimiento de los aliados europeos frente a las potencias centrales por su galante actuación de salvamento *in extremis*, había dado al mundo una demostración de bulto de su ya indudable condición de potencia demográfica, económica, militar, naval y tecnológica de primer orden, a escala mundial.

Pero era una nación imperial que se negaba a reconocerlo: un “imperio por negación” como lo llamó N. Ferguson (Ferguson, 2004). Había mostrado, sin proponérselo explícitamente, ser ya la primera potencia industrial y manufacturera del mundo; con vastísimos recursos naturales de todo tipo; con una abundante y creciente población joven, emprendedora, y dispuesta a participar en compromisos bélicos en caso de necesidad nacional; un ejército fuerte, disciplinado, bien preparado y con equipo y tecnología moderna; capacidad de transporte de tropas, equipo y suministros militares a cualesquiera confines del planeta; logística militar a larga distancia de elevada eficiencia; una naciente fuerza aérea de reconocimiento y combate; y capacidad para la coordinación de todos los agrupamientos de combate. Su economía era pujante y muy dinámica y había construido una red ferroviaria eficiente que surcaba todo su vasto territorio, además de navegación fluvial en numerosas y potentes cuencas hidrológicas y lacustres, así como canales intercosteros que tornaban eficiente y competitiva la transportación de personas y mercancías.

Pero se trataba de una *potencia imperial novedosa, moderna, diferente*, la que, amén de conservar algunas posesiones territoriales adquiridas entre la segunda mitad del siglo XIX y el inicio del siglo XX —especialmente las de

mayor valor estratégico: islas en el Caribe y las Antillas; el Canal de Panamá; Hawai y otros territorios isleños en el Pacífico— se negaba a adquirir más por resultarle repugnante a su histórica consciencia anticolonialista. Se proponía, en cambio, abrir todas las fronteras nacionales al libre comercio y a la inversión de capitales en respuesta la *necesidad sistémica* de su arquitectura económica. Esta tarea demandaría esfuerzos persistentes a lo largo del siglo XX, sin haberse concluido hasta ahora.

Con este equipaje, talante y estado de ánimo EUA se lanzó a la década de los años veinte, como una cabalgata galante y jocosa: la década del Gran Gatsby, con gran prosperidad económica y una acelerada tendencia a la concentración del ingreso y la riqueza: el futuro de los jóvenes sería crecientemente determinado por la condición económica y social relativas de sus padres. El país sería gobernado con base en los valores e ideales de la derecha doctrinaria y de una ya consolidada oligarquía, lo que terminaría conduciéndolo a la catástrofe de la Gran Depresión. En compensación, el progreso de las artes, la literatura, la arquitectura urbana y de la ciencia y la tecnología fue muy significativo.

La saga de las penalidades impuestas a Alemania

Mientras tanto, en EUA y en Europa se difundían las barreras arancelarias y no arancelarias, lo cual limitaba el crecimiento económico, sobre todo en el Viejo Continente; y el embrollo —más peligros y amenazas de conflicto— que había dejado el Tratado de Versalles, en particular en lo referente a las pesadas cargas de compensación y reparación con las cuales

se obligaba a Alemania. Esto habría sido analizado y criticado lúcida y acremente por John Maynard Keynes en su libro *Las consecuencias económicas de la paz*, con un “comprehensivo conocimiento, juicio incisivo y penetración en las causas de los acontecimientos económicos que sólo una media docena de economistas vivos podría igualar” (comentario publicado en la revista *Nation*, por Harold Laski).

La Conferencia acordó penalidades para Alemania —pérdidas de territorio más allá de los capturados antes y durante la guerra, entrega de activos de alto valor económico, y pagos de compensaciones y reparaciones— que no sólo superaban la capacidad de pago del país (referente fundamental en la evaluación realizada por Keynes, 1987) en muchas veces y entraban en abierta contradicción con el principio wilsoniano contenido en el texto —revisado y aprobado por los gobiernos de la Alianza a partir de los famosos 14 puntos dados a conocer por el presidente Wilson el 8 de junio de 1918— con las bases para la paz entregado por él al gobierno alemán el 5 de noviembre de 1918; “las compensaciones serán hechas por Alemania por todos los daños impuestos a la población civil de los Aliados y a sus propiedades mediante la agresión de Alemania por tierra, por mar y desde el aire (Keynes, 1987). El significado limitativo de esta oración se refuerza y aclara con la declaración hecha al Congreso por W. Wilson: “no habrá contribuciones” ni “daños punitivos” (Keynes, 1987).

Keynes nos regala una bella y penetrante descripción del ambiente en que se desarrolló la Conferencia, especialmente en lo que concierne al Consejo de los Cuatro: W. Wilson, G. Clemenceau, D. Lloyd-George y V. Orlando. En primer término, las visiones del mundo, y especialmente de la política de

seguridad internacional, entre ellos diferían apreciablemente, sobre todo entre el cuasi dogmático idealismo del presidente Wilson, centrado en el hasta entonces revolucionario concepto de “seguridad colectiva” —el que a lo largo del siglo XX se volvería, bajo el liderazgo de EUA, en la doctrina básica en seguridad estratégica— y la doctrina del “equilibrio del poder” dominante en Europa desde hacía tres siglos (desde el Tratado de Westfalia) y cada uno de los tres europeos concentrado en el “interés particular de su nación”. Especial influencia tuvo la presencia majestuosa de George Clemenceau no sólo por su sabiduría y experiencia sino, particularmente, por su ferviente deseo de destrozar a Alemania a un punto tal que no pudiese recuperarse como potencia.

Como era de esperarse y fue pronosticado por Keynes, Alemania procuró evadir continuamente el cumplimiento de los términos destructivos de Versalles, tanto por falta de voluntad como por imposibilidad real de hacerlo. Desde antes de la guerra, Alemania era ya una potencia superior a Francia y aún a Gran Bretaña, en diversos aspectos. Su potencia demográfica e industrial quedó palmariamente demostrada durante la guerra. Francia cayó en la desesperación, por lo que, aliada con Bélgica, invadió y ocupó la cuenca del Ruhr. Esto sacaría de su letargo aislacionista a EUA. En el año 1923 el presidente Calvin Coolidge reunió a la Comisión Dawes para formular un esquema practicable de pago de las reparaciones. En abril del año 1924 el Plan Dawes se abocó a la estabilización del marco alemán y la reorganización del Reichsbank, bajo supervisión aliada, para frenar la hiperinflación iniciada en el año 1923. Además, la Comisión revisó a la baja la cuenta de reparaciones y endulzó la propuesta con un préstamo, con más de la mitad sufragada por EUA. Fue un alivio pero

no la solución del problema de las reparaciones. Por ello, en el año 1929 se formó la Comisión Young, la que redujo las reparaciones a sólo 8 mil millones de dólares, pagaderos en 58 años y medio con 5.5% de interés (destaca que la cifra casi coincidió con la recomendada originalmente por J. M. Keynes, basada en la determinación de la capacidad de pago del país). El ambiente de creciente proteccionismo comercial reinante impedía en todo caso a los alemanes pagar, aunque lo desearan.

El acontecimiento, que a fin de cuentas marcaría el alto a la saga de las reparaciones, fue la Gran Depresión. En el año 1931 los alemanes cayeron en “default”, lo que fue seguido de una “moratoria” decretada por el presidente Hoover —a la cual se colgaron también los Aliados respecto a sus propias deudas—; y finalmente, en el año 1933, el régimen encabezado por Adolfo Hitler repudiaría la deuda (Keynes, 1987).

Como acertadamente lo planteó Keynes en el capítulo introductorio de su libro: “una era ha terminado [...] si bien en Inglaterra nadie se ha dado cuenta” (Keynes, 1987). Y así era. En primer término, en el año 1917 la Revolución de Octubre había introducido en el vastísimo territorio de Rusia un régimen económico, social y político antitético del capitalista. En la vuelta del siglo, Albert Einstein había puesto en marcha una revolución científica con sus teorías de la relatividad, reforzadas y ampliadas con la teoría de la incertidumbre de Bohr y la mecánica cuántica. Una segunda revolución industrial —el “fordismo”— se había iniciado en EUA y éste se erigía como la nueva primera potencia económica y militar del mundo, lo cual había sido confirmado por la Primera Guerra Mundial. En Asia, Japón

se manifestaba como una nueva potencia expansiva con la invasión y ocupación de Manchuria y la captura de Corea. EUA anhelaba y buscaba activamente la apertura de mercados como necesidad sistémica de su arquitectura económica: capacidad de especialización en prácticamente todas las actividades económicas. Su capacidad de generar innovaciones tecnológicas crecía aceleradamente y ya era superior a la de todas las economías del mundo consideradas en conjunto.

La secuela de la Primera Guerra Mundial: la Segunda Guerra Mundial

EUA vivió los 10 años de la década de los veinte (más dos de la siguiente) bajo la égida de los republicanos, con tres sucesivos presidentes extremadamente conservadores, si bien con estilos y capacidades de estadista dispares: Warren G. Harding, Calvin Coolidge y Herbert Hoover. Desde poco antes de que Harding asumiera el cargo, el Congreso, con abrumadora mayoría republicana, retornó nuevamente — calculando ganancias en popularidad— al aislacionismo, para lo cual colocaron en posiciones clave de poder a los radicales (Johnson, Borah y Lodge) y desacreditaron a sus propios internacionalistas. En cuanto asumieron el poder presidencial a toda prisa le otorgaron “carácter oficial al aislacionismo” (Nevins, *et al.*, 1994). Esto, como era de esperarse, cayó como un balde helado en la comunidad de las naciones, pues nunca antes había EUA llegado a tal extremo de “nacionalismo estrecho”. Estos cambios bruscos y radicales de la política exterior de EUA eran, por supuesto una consecuencia de su vida democrática.

No obstante, el aislacionismo real no fue completo ni tajante. El gobierno participó activamente en la solución de algunos de los problemas más apremiantes en el ambiente de posguerra. El presidente Harding patrocinó una conferencia de desarme naval; Coolidge reunió a 62 naciones en apoyo para el Pacto de París, por el que “se prohibió la guerra como instrumento válido en las relaciones internacionales (Nevins, *et al.*, 1994). Los planes Young y Dawes —como se narró antes— para el pago de las reclamaciones por Alemania se originaron en EUA, y el presidente Hoover propuso una moratoria para el pago de las deudas de guerra, justo antes del inicio de la Gran Depresión. Los tres presidentes apoyaron la participación en el Tribunal Internacional e intentaron cooperar con la Liga de las Naciones. Esto último fue contrarrestado por la nula participación en los trabajos reales de la Liga y por el recrudecimiento continuo del nacionalismo económico: ésta fue la más grave y dañina manifestación del renovado aislacionismo de los republicanos.

En clara contradicción en forma y fondo, al tiempo que, aduciendo temor a la “competencia externa” —ninguna de las principales economías europeas, incluida Gran Bretaña, estaba en condiciones de ofrecer peligro— erigieron una muralla arancelaria, se lanzaron a una agresiva campaña de apertura de mercados externos, mediante “la máquina más formidable de conquista del comercio que haya concebido el mundo”, bajo el comando y autoridad del entonces secretario de Comercio, H. Hoover (Nevins, *et al.*, 1994). De hecho, la nación entera se había embarcado en una política neomercantilista, tardía e incompatible con su realidad económica.

Al inicio de su reinado de 12 años, los republicanos nulificaron los avances logrados por el gobierno de W. Wilson al decretar el arancel Fordney-McCumber (1922) que elevó las cuotas a niveles sin precedentes. Ocho años después impusieron el arancel Smoot-Hawley. Este último lo firmó Hoover (1930) sin percatarse que precipitaría a la economía del país hacia la Gran Depresión. Como era de esperarse, para mayor agravante, provocó un aluvión de represalias arancelarias y otras restricciones en toda Europa y otras latitudes. Con ello además cancelaron las posibilidades de pago por los europeos de la gran deuda que tenían con EUA. El remate vendría con los flagrantes errores de política cometidos por el Sistema de Reserva Federal (SRF) y el Tesoro estadounidense.

Las políticas económica y de desarrollo fueron “empresarialistas” —aunque con la denominación de “laissez faire”— con entrega plena a la voluntad y visiones de los grandes intereses empresariales: privatizaciones a precios de ganga —ferrocarriles entre otras— generosos subsidios sin justificación económica válida; y para colmo, anulación en los hechos de la Ley Sherman antimonopolios. El Departamento del Tesoro, bajo el mando de Andrew Mellon —la Iglesia en manos de Lutero— logró el rechazo del impuesto a las ganancias excesivas, reducciones a los superimpuestos y a los impuestos normales sobre la renta y los de gobiernos estatales. Si bien esto estimuló a muchas empresas, también lo hizo con el frenesí especulativo que conduciría a la Gran Depresión. También consiguieron la cancelación de toda iniciativa que implicara inversión directa del Estado, aunque fuese para ampliar y mejorar los servicios públicos.

En materia de “igualdad de oportunidades” lograron la desprotección de los trabajadores y el total abandono de los agricultores. Para el año 1930 la agricultura se encontraba en estado ruinoso: su relación de precios absolutos y relativos con las ciudades fue agudamente negativa, al extremo que propició su descapitalización; el 42% de las granjas del país operaban en aparcería; la producción cayó a niveles mínimos de volumen y, peor aún, de valor; y el total de deudas hipotecarias se había elevado a más de 9 mil millones de dólares en el año 1930, y las ejecuciones de hipotecas estaban a la orden del día. Entre los años 1927 y 1932 al menos 10% de las propiedades agrícolas del país se vendieron en subasta por insolvencia. Harding y Coolidge obstruyeron toda propuesta de subsidio y establecieron aranceles a la importación, no obstante que el país era exportador. Hoover intentó soluciones pero fracasó. “Nunca antes el gobierno de EUA había sido tan desvergonzadamente instrumento de los grupos privilegiados” (Nevins, *et al.*, 1994). De hecho, con frecuencia se generaban grandes excedentes agrícolas, sin regulación de mercados, con lo que los precios caían.

Fue una época de compromiso e intolerancia; ésta hacia lo extranjero, lo extraño y lo diferente. Dos fenómenos emblemáticos fueron el auge del Ku Klux Klan y el proceso judicial de Estado contra Sacco y Vanzetti. Este último sacudiría la conciencia de las élites pensantes y en general de los liberales. La población creció en 17 millones y la riqueza del país se incrementó en una proporción aun mayor, si bien altamente concentrada. La gente se conformaba porque el auge permitía que “en cada olla hubiera pollo y en cada garaje dos automóviles”: “las ciudades eran más grandes, los edificios más altos, las carreteras más largas, las fortunas

mayores, los automóviles más rápidos”. Todo ello en el ambiente puritano de la prohibición de la producción y el consumo del alcohol, con su gansterismo, criminalidad y corrupción policial y judicial (Nevins, *et al.*, 1994).

Dos factores fundamentales que condicionaron el cambio social fueron el crecimiento urbano y la aceleración de los cambios tecnológicos. Para el año 1930, más de la mitad de la población vivía en áreas urbanas y la mayor parte en áreas metropolitanas. La cultura y costumbres urbanas se propagaron por todo el país, con la influencia y ayuda del cinematógrafo, la radio, el automóvil, los periódicos de circulación nacional y la publicidad. Pero las fuerzas que produjeron y difundieron la estandarización fueron el automóvil, las películas y la radio. Estos factores serían además los vectores esenciales de difusión a escala planetaria de las formas y valores de la vida norteamericana: *The American way of life*.

Particularmente graves serían las consecuencias del renovado aislacionismo impuesto por los republicanos, al dar por resultado que la nación más fuerte y dinámica, victoriosa en la Primera Guerra Mundial, se mantuviese básicamente indiferente ante el caos y la inestabilidad de fondo que se enseñorearon del escenario europeo y del extremo Oriente. En el caso de Alemania, para cualquier estadista medianamente informado era evidente que las condiciones exageradas y abusivas de la Paz de Versalles hacían prácticamente inviable al Estado alemán y extremadamente frágil a la República de Weimar. Si bien el gobierno de EUA ayudó generosamente con el financiamiento para estabilizar la economía alemana víctima de la hiperinflación, el abandono a que sometió a la Liga de las Naciones —no compensado al menos con

presencia diplomática activa propia— dejó sin apoyo al gobierno alemán para lidiar con la intensa crisis política y social interna, lo que lo llevaría a su caída y al triunfo del ultranacionalismo liderado por Adolfo Hitler. La falta de agallas y fatales errores de análisis estratégico de Gran Bretaña y el desvarío de Francia empeorarían el ambiente. El único escenario factible era una nueva guerra, peor que la anterior y diferente, mecanizada y aérea: la Línea Maginot no era más que un costoso momento al siglo XX y al ego de Petain.

Similar fue el caso de Asia Oriental. La indiferencia del estadounidense ante el expansionismo japonés, aunado al golpe de Estado interno ejecutado por los militares, más la alimentación externa del caos en China, no podía más que conducir hacia consecuencias bélicas que involucrasen a EUA.

Gran Depresión y cambio radical

Los excesos, contradicciones y corrupción; la colusión cínica del poder estatal con los grandes intereses económicos; la disrupción del orden social y de la moral pública derivada de la prohibición del alcohol, y a final de cuentas, el inmenso impacto social y humano que trajo consigo la Gran Depresión hicieron inevitable una nueva mudanza radical en el *corpus* político de EUA, en su filosofía política y en la estructuración de los poderes del Estado. En la elección nacional del año 1932 que otorgó una victoria aplastante a un Partido Demócrata liderado por Franklin Delano Roosevelt (FDR): un mutante revolucionario, el que habría de ensamblar tras de sí una nueva coalición de fuerzas políticas, sociales y territoriales

completamente nueva (parecida, aunque más potente que la de Wilson), éste obtuvo 22.8 millones de votos (1.7 millones más que Hoover en el año 1928) populares, frente a 15.8 millones de Hoover (solamente un poco más que el demócrata Smith (en 1928); y 472 votos electorales, frente a sólo 59 de Hoover (28 votos electorales menos que Smith en el año 1928 —véase S. E. Morrison y H. S. Commager, 1962—.

FDR provenía de una de las familias patricias de más prestigio de Nueva Inglaterra, con importante fortuna, primo en quinto grado del expresidente Theodore Roosevelt, casó con una sobrina de éste y, por consiguiente también suya. Educación episcopaliana de prestigio y formación universitaria en dos de las mejores universidades del país (Harvard y Columbia). Subsecretario de Marina y *de facto* de la Defensa durante la Primera Guerra Mundial con el presidente Wilson. Comando de la evacuación naval de Europa al término de la Primera Guerra. Abogado en derecho corporativo en Nueva York, senador por el estado de Nueva York y gobernador del mismo, presidente de EUA electo por aplastante mayoría. Parapléjico por poliomielitis. Toma posesión en marzo de 1933, cuando la Gran Depresión cumplía tres años de vida. El país estaba postrado y el gobierno atónito. Propuso al país una verdadera revolución pacífica e incruenta denominada *New Deal (Nuevo Trato)*. Ningún presidente posterior a los “Padres Fundadores” había llegado a la Casa Blanca con tan altas credenciales y rico bagaje intelectual que F. D. Roosevelt, con la obvia excepción de A. Lincoln.

La nación no admite demora, FDR se abocó de inmediato a la implementación del *New Deal*. Obtuvo amplísimos poderes —sin obligación constitucional para ello, por tratarse de política interna— del Congreso, reúne un gabinete de

grandes talentos experimentados y pone en movimiento a un verdadero ejército de activistas sociales y políticos comprometidos con la causa.

En su discurso inaugural buscó renovar la esperanza casi perdida. Dijo que “La Nación estaba fundamentalmente sana; la abundancia está a la puerta, pero un uso generoso de la misma languidece a la vista de la abundancia”. Todo ello a causa de los fabricantes del dinero, los egoístas; los que fueron arrojados de los templos. La tarea por realizar era una de restauración. No habló de cambiar el pacto constitucional fundacional de la nación sino volver a él y bajo su guía poner en marcha un nuevo movimiento hacia la grandeza nacional y la justicia social con un poder Ejecutivo amplio, para “librar una guerra contra la crisis, tan grande como el poder que se me otorgaría si nos invadiera un enemigo extranjero” (Nevins, *et al.*, 1994).

Obtuvo amplios poderes y se lanzó a la ejecución de su programa: brindar ayuda a pobres y necesitados; restablecer el equilibrio entre la agricultura y la industria y regular los mercados agropecuarios al evitar la sobreproducción y la escasez, precios remuneradores para la productor con subsidios cuando se justificara y apoyos de infraestructura de irrigación, almacenamiento y transporte; vigilar las prácticas de los bancos, garantías para los ahorradores; regulación de las bolsas de valores y otras instituciones financieras; reestructuración y rehabilitación de los ferrocarriles; seguro de desempleo y seguridad social para jubilados, ancianos, niños, discapacitados, y madres solteras; crédito para vivienda; generación abundante de empleos con obras públicas básicas y urbanas, escuelas; estímulo a regiones rezagadas, como la cuenca del río Tennessee y el suroeste del

país; reajuste de las relaciones económicas internacionales, abandono del patrón oro con su característica rigidez y poner en juego una política de “buen vecino” (Nevins, *et al.*, 1994).

En materia de política económica, la constelación de intelectuales expertos (Marriner Eccles, presidente del SRF durante los años 1934-1948, discípulo de Foster y Castings, quienes en el período de los años 1927-1928 habían destacado la importancia del consumo y refutado la Ley de Say) que FDR había reunido a su alrededor, tenía claridad —aunque la obra maestra de J. M. Keynes se publicaría tres años después, en el año 1936— de que en condiciones de aguda deflación y amplio desempleo la política macroeconómica es la inversa de la normal: había que estimular el crecimiento de la demanda, con gasto público en servicios —educación, salud y otros—, subsidios a sectores, empresas y regiones débiles —inversión pública y crédito—, hasta hacerlo retornar a su sendero de crecimiento potencial. No está demás aclarar que Keynes dio abiertamente su opinión sobre la recesión en EUA, cuando en el año 1930 dijo: “Tenemos un problema de alternador”: necesitaba intervención del gobierno, lo que implicaba que aún no estaba informado de la gravedad y profundidad de la crisis.

Cuando la política monetaria convencional pierde su efectividad —con tasas de interés cercanas a cero— y la “trampa de la liquidez” sienta sus reales en la economía, las salidas del estancamiento y el desempleo masivo tienen que buscarse en la expansión del balance del banco central y en el gasto deficitario del gobierno. La reacción instintiva, e incluso dogmática, de los economistas y financieros conservadores es la “austeridad”, acompañada de reducción de impuestos, con la que sólo logran profundizar y prolongar la crisis y

generalizar y agudizar el sufrimiento del pueblo, junto con el incremento en la concentración de la riqueza y el ingreso (Krugman, 2009).

En síntesis, la fórmula es precisamente lo contrario y *mucho más de lo que había hecho Herbert Hoover*, aumentar impuestos —incluida el alza de aranceles—, recortar el gasto público y elevar las tasas de interés, con lo cual convirtieron *lo que pudo haber sido una recesión muy grave en la Gran Depresión* (Krugman, 2009); todo ello, por lo general bajo la presión política del sistema financiero y el conservadurismo dogmático. Esta presión creció exponencialmente a partir de las iniciativas de reforma legal, presentadas por FDR para someter a regulación prudencial estricta al sistema financiero (*Glass-Steagall Act*, entre muchas otras, especialmente en lo relativo a la separación entre las funciones de banca comercial —depósito, ahorro y préstamo— de las de banca de inversión y similares sujetas a alto riesgo).

El *New Deal* en realidad consistió de dos etapas: la primera, la de los famosos “Cien Días” del arranque de la primera administración de FDR, con la que se buscaba poner en acción medidas inmediatas de alivio a los desempleados y agricultores, dar un estímulo inicial a la agricultura, iniciar programas de obras públicas y apoyo a la industria. Con ello se intensificó el gasto deficitario que ya se había iniciado al final del gobierno de H. Hoover y así se sostendría durante casi toda la vigencia del *New Deal*, con excepción del año 1937, con cuyo austero presupuesto FDR cometió un grave error provocando una recesión que no debió ocurrir —por lo visto se dejó influir por los alaridos y lamentaciones de los conservadores—. En todo caso los dos objetivos principales de la fase inicial se alcanzaron: recuperación de la economía

y retorno de la confianza en el futuro en la población. Se crearon muchos empleos, pero al cierre de 1933 el desempleo todavía afectaba casi a 25% de la población activa.

Con la ayuda a los desempleados y al inicio de la regulación bancaria retornó la confianza, el ahorro regresó a los bancos y el apoyo popular fue manifiesto. El presidente FDR tuvo buena prensa y “luna de miel” con el Congreso. Las elecciones de 1934 aumentaron la mayoría demócrata en la Cámara de Representantes (Schlesinger, 1971).

Durante los “Cien Días” se pusieron en marcha programas e instituciones de primera importancia: la *Federal Emergency Relief Administration* (FERA) a partir de la *Reconstruction Finance Corporation* (RFC) y los *Civilian Conservation Corps* enfocados hacia los jóvenes de 18 a 25 años de edad. Estos programas tuvieron que empeñarse durante el primer año por los magros presupuestos recibidos. En cambio, la *Public Works Administration*, dirigida por Harold Icks, recibió un presupuesto equivalente al 5.9% del PIB, y se abocó a la renovación industrial. A instancias del brillante Harry Hopkins se creó la *Civil Works Administration* (CWA) para proporcionar empleo a cuatro millones de desempleados, lo que se logró en enero del año 1934. Ante la persistencia del desempleo y la necesidad de asistencia social, a principios del año 1935 se promulgó la *Emergency Relief Appropriation Act* con 5 mil millones de dólares para nuevos proyectos. En mayo del año 1935 la *Works Progress Administration* relevó a la FERA y a la CWA para corregir errores, y aumentar la efectividad, con lo que se convertiría en pieza fundamental del *New Deal*. Era evidente que, desde el inicio Franklin Delano Roosevelt había concebido a sus programas e instituciones como

experimentales, sujetos a correcciones, incluso radicales, en función de eficiencia y eficacia.

En el año 1934 Roosevelt creó el National Labor Relations Board para implementar las disposiciones de la National Labor Relations Act, con el propósito de equilibrar las relaciones entre los trabajadores y los patronos. El presidente brindó abierto apoyo a las organizaciones sindicales sin confrontarse con los patronos y sus empresas. Desde el inicio creó el *Committee on Economic Security* (CES) para el diseño de un sistema de seguridad social. Los trabajos realizados dieron lugar a la *Social Security Act* promulgada en agosto del año 1935. Se estableció así un sistema federal de protección social como base para el Estado de Bienestar: jubilación a mayores de 65 años, seguro para el desempleo y diversas ayudas para minusválidos, enfermedades e invalidez. Con el tiempo el sistema y sus coberturas se fueron ampliando y permanecen hasta la fecha.

En el año 1935, el presidente FDR se vio compelido a una confrontación egregia con la Suprema Corte, cuando ésta —integrada por jueces ancianos y conservadores— decidió invalidar programas, instituciones y leyes al juzgarlas anticonstitucionales: la AAA para la agricultura, la NRA y la NIRA. Pero el presidente continuó aprobando leyes y ajustando programas e instituciones, hasta que después de su triunfo arrollador en la elección del año 1936 (con ventaja de 11 millones de votos), ya reelecto, procedió a reformar la Corte Suprema para lograr una membresía menos conservadora. Así la Corte Suprema finalmente aprobó la *Warner Act* (relaciones laborales) y la *Social Security Act*.

El presidente, desde el principio de su primer mandato, procuró una relación muy cuidadosa con el Congreso,

consultándolo aún para situaciones y temas respecto de los cuales no requería hacerlo. Con todo y ello, se presentaron muchas instancias en las que la relación con el Senado se volvió muy tensa, particularmente en temas de política exterior y especialmente en el uso de las fuerzas armadas. Sin embargo, FDR consiguió importantes espacios de libertad de decisión y actuación mediante el uso muy amplio de *órdenes* (o *acuerdos*) ejecutivas —*executive agreements*— recurso que sería de gran utilidad para el inicio de la participación en la Segunda Guerra Mundial, cuando aún estaba vigente La Declaración de Neutralidad impuesta por el Senado y firmada por FDR (Schlesinger, 2004).

Con todo y las dificultades —y el propio conservadurismo económico moderado que en el fondo era convicción del presidente—, el *New Deal* fue un éxito en tanto logró sacar a EUA del profundo pozo en que lo había sumergido la Gran Depresión y que había afectado a todo el mundo. En el *orden de lo político*, desde el principio Roosevelt —con la valiosa ayuda de su gabinete— supo y logró establecer un vínculo exitoso con el pueblo, en buena medida mediante un uso brillante de la prensa y la radio, de las “charlas junto a la chimenea” y de frecuentes y bien planeadas giras por todo el territorio. Se realizó una amplia democratización de la cultura y las artes y una promoción de su desarrollo en gran escala. Los creadores e intérpretes recibieron amplísimo apoyo a través de la *Works Projects Administration* (WPA), al punto de que el cine y la literatura terminaron involucrándose con los temas de la pobreza y los problemas sociales. La WPA generó en 1938 empleos para 3.5 millones de desempleados y, en materia de obras públicas, realizó 285 aeropuertos, un millón de kilómetros de carreteras, 77 mil puentes y

122 mil edificios públicos en los siete años del *New Deal* (Kaspi, 1988).

En el *orden económico*, sin duda en las vísperas de la Segunda Guerra Mundial la situación del país era mejor que en el año 1933, si bien la principal crítica que se le hace a FDR consiste en que fue la Segunda Guerra Mundial la que finalmente permitió superar por completo la pérdida de riqueza, ingreso y bienestar causada por la Gran Depresión, recuperando los niveles del año 1929. El índice del Producto Nacional Bruto (PNB) en precios constantes en el año 1939 fue de 103 respecto al del año 1929, y de sólo 96 el PNB por habitante; el desempleo en el año 1939 era todavía de 17% de la población económicamente activa (PEA) equivalente a 9.5 millones de personas, las que, por otra parte, ya recibían subsidio de desempleo, lo cual antes no existía; y teniendo en cuenta que la PEA había aumentado en 3.7 millones entre 1933 y 1939. Con todo y la gran expansión del gasto público durante el periodo, la proporción de la deuda pública respecto al PIB era, en 1939, prácticamente la misma que en 1933 (40%) y fue sólo con el ingreso a la guerra que llegaría a niveles muy altos (más de 100% del PIB), dado que la partida de gastos militares pasaría del 8% del gasto total en 1938 al 40% en el año 1943.

En el año 1941, un año antes del ataque a Pearl Harbor, el desempleo era todavía de seis millones de personas. Una vez que el país entró de lleno a la guerra se llegó al pleno empleo de la PEA y aún más porque muchas mujeres se incorporaron a la actividad económica durante el periodo bélico.

Puede decirse que la plena recuperación de la economía tardó más de lo necesario a causa de tres factores muy importantes: primero, porque el daño causado a la economía

durante los 30 meses de depresión transcurridos antes del inicio del *New Deal* había sido demasiado amplio y profundo; segundo, porque el gobierno no estaba todavía estructurado para gestionar la política anticrisis; y porque el presidente —seguramente por razones políticas— no se atrevió a desempeñarse más a fondo en las políticas promotoras del crecimiento de la inversión pública y privada y del empleo.

Sin embargo, el *New Deal* había logrado cambios sociales, políticos y sociales modernizadores del país de gran trascendencia a mediano y largo plazo que habrían de determinar la vida del país como nación moderna y potencia dominante durante el resto del siglo XX.

El *New Deal* habría de concluir en 1938-1939 como prioridad fundamental de EUA, en tanto el presidente Roosevelt y su gobierno tendrían que abocarse a atender y prepararse para la terrible emergencia bélica que ya se iniciaba en Europa.

EUA, F. D. Roosevelt y la Segunda Guerra Mundial

Para 1938, el presidente Roosevelt había logrado unificar a la nación alrededor de las cuestiones fundamentales del bienestar del pueblo y de la seguridad nacional. Para este segundo fin, especial utilidad había tenido el hecho de que él se plegara disciplinadamente a las “leyes de neutralidad” que le había impuesto el Senado en 1935 (Schlesinger, 1973). Además, después de haberle aprobado una resolución autorizando el embargo discriminatorio de embarques de armas —a discreción del presidente— a las naciones agresoras y de cambiarla dirigida a todas las naciones involucradas en

una guerra, el Senado le cerraba a Roosevelt la práctica de una política —como era su intención— basada en el concepto de “seguridad colectiva” junto con las naciones afines a EUA (Schlesinger, 1973).

El presidente pareció darle la bienvenida a estas disposiciones y decidió no vetarlas tanto para reafirmar su respeto al Congreso a la vista del público como para ganar tiempo en sus propios preparativos para la guerra que él y sus asesores (entre ellos W. Churchill) juzgaban inevitable, no sin dejar clara una advertencia: “ni el Congreso ni el Ejecutivo pueden prever todas las posibles situaciones futuras [...] que requieran flexibilidad de actuación” (Schlesinger, 1973).

Puede decirse que, habida cuenta de las limitaciones presupuestales, legales y políticas que le imponía el Senado, FDR empezó a prepararse cautelosamente para eventualidades bélicas tanto en Europa como en Asia, desde el principio de su primer mandato en 1933. Esto a partir de la amplia experiencia —e innegable perspicacia estratégica— que había adquirido y desarrollado durante los años al frente de la Armada y como miembro del Comando Conjunto, en ocasión de la Primera Guerra Mundial y al lado del presidente Wilson. Necesitaba contar, ante todo, con una marina de guerra situada en la frontera tecnológica de la época con equipamiento y capacidades adecuadas y suficientes para dominar en los dos océanos: contaba con información de los progresos en tales materias tanto de los alemanes como de los japoneses. Designó embajadores, ministros y enviados especiales en las diversas capitales de los países relevantes para las eventuales emergencias que se avizoraban, así como otros diversos canales de acopio de inteligencia estratégica. Debía también preparar a los mandos y oficialidad del

ejército y la armada para la guerra moderna que se avecinaba y el equipamiento más avanzado posible para la guerra mecanizada y aérea en los escenarios terrestres. Previó también que tendría que disponer en abundancia de gran equipamiento para el desembarco masivo de tropas en el otro extremo de los dos grandes océanos.

En 1935 el congresista por Indiana Louis Ludlow revivió la idea —incluida en las plataformas electorales de los partidos Demócrata y Progresista en 1924— de que “excepto en casos de invasión real” (del territorio de EUA) las declaraciones de guerra debían ser objeto de referéndum, dado que ni siquiera el Congreso era confiable en dicha materia. Según una encuesta Gallup levantada en 1937, las tres cuartas partes de la población estaban a favor de la llamada “Enmienda de Paz”, según la cual la aprobación del Congreso —para la declaración de guerra— requería un referéndum popular previo. Según el afamado escritor Walter Lipman, la actuación del Comité de Relaciones Exteriores del Senado en 1939: “Fue entonces cuando la emasculación de la política exterior americana alcanzó su límite extremo —el límite del absurdo y la ruina totales” (Schlesinger, 1973). A partir de Pearl Harbor el control de las riendas de la política exterior volvería al Ejecutivo como reacción a la desastrosa intervención del Congreso durante los veinte años de 1919 a 1939 (Schlesinger, 1973).

Sin embargo, la Suprema Corte, con todo y su conservadurismo, empezó a gradualmente retornar el poder de decisión hacia el Ejecutivo en materias de política exterior —a las cuales, por cierto, había dedicado muy poca atención durante un siglo y medio— entre 1936 y 1939, hasta el punto de dejar solamente el caso de los tratados y la declaración

de guerra sin clara resolución. En el caso de los tratados, éstos deberían ser ratificados. Así, en materia de política exterior resolvió: afirmando “la existencia de un *inherent*, independiente y superior poder presidencial, no derivado de la Constitución y que no requiere legislación como base para su ejercicio” (Schlesinger, 1973).

Quedaron así establecidas bases muy amplias para el ejercicio de la iniciativa del ejecutivo en una amplísima variedad de materias, a resultas de la existencia del *poder inherent*. Pero la resolución relativa al caso Belmont vs. United States sería de crucial utilidad para el presidente FDR, al concluir que había una amplia gama de arreglos internacionales que no tenían por qué conducir a tratados formales —los que requerían ratificación del Senado con mayoría calificada— y que podrían operarse mediante “acuerdos ejecutivos”: sobre asuntos concretos sin repetición continua como en el caso de tratados. Así, la Corte bendijo tales acuerdos como instrumentos legales en poder y no claramente de aplicabilidad limitada (Schlesinger, 1973).

Fue gracias a esta figura que el presidente Roosevelt pudo realizar en 1940 el intercambio de *destruidores americanos* por el arrendamiento de bases británicas (el famoso: “lend/lease executive agreement”) inmediatamente después de la caída de Francia en dicho año. Este asunto se puso en movimiento cuando W. Churchill, en absoluta y manifiesta desesperación, en mayo de 1940, le solicitara a FDR que le “*prestase* 40 o 50 de sus destruidores viejos” para ayudar a la Marina Real a sostener el canal de la Mancha ante una factible invasión alemana desde Francia. Un mes después Churchill insistiría: “Nada es tan importante para nosotros [...] Debemos solicitar como cuestión de vida o muerte que

nos refuercen con esos destructores”. El rey le envió pronto una carta a FDR en la que manifestaba su insistencia. En julio Churchill dijo: “Sr. presidente... debo decirle que en la larga historia del mundo esto es algo que debemos hacer AHORA [...] El valor de cada destructor del que pueda usted disponer se puede medir en rubís”. El presidente tenía que forcejear con el Congreso. La elección presidencial de 1940 se aproximaba, por lo que FDR consultó con todo el mundo, pues pensaba que no podía enviar los destructores sin legislación específica (Schlesinger, 1973).

Se trataba sin duda de una “genuina emergencia nacional”. En reunión de gabinete sobre la materia, el asesor jurídico Benjamín V. Cohen —miembro del primer círculo íntimo del presidente— argumentó que la “*acción ejecutiva* podría ser legal si se pudiera mostrar que con ello se fortalecería y no debilitaría la defensa de los EUA”. Todos concordaban en que la sobrevivencia de las islas británicas ante un ataque alemán dependía de que obtuvieran los destructores y en que se requería legislación. Del propio Senado —de la derecha— surgió la idea de que ellos no pondrían objeción si el presidente no recurría al Senado; ya habían transcurrido tres meses desde la petición de Churchill. Surgió así la idea de que los destructores se intercambiaran por bases británicas, lo cual, combinado con el argumento constitucional de B. V. Cohen y una carta abierta de eminentes abogados encabezados por Dean Acheson, quien argumentaba que “tenía la autoridad para hacer la transferencia”, creaba una fórmula de solución: *el presidente podría cambiar destructores por bases navales mediante un “acuerdo ejecutivo”*. El abogado general (R. H. Jackson) opinó que como el asunto de los destructores no implicaba una transacción continua ni contenía promesas ni

compromisos para EUA que pudiesen implicar un tratado, el acuerdo ejecutivo era una vía apropiada que no requería consulta ni aprobación del Senado ni se precisaba apelar a las prerrogativas del comandante en jefe. Resultaba evidente que para la defensa de EUA era más ventajoso disponer de más bases navales que de destructores viejos. El presidente declaró: “La preparación para la defensa es una prerrogativa inalienable de un Estado soberano”.

El acuerdo final entre W. Churchill y Roosevelt en el arrendamiento de bases navales británicas ubicadas desde Terranova hasta la Guyana británica fue a cambio de 50 destructores “algo viejos”. Con indudable tono hiperbólico, Roosevelt dijo que fue “el paso más importante tomado para nuestra defensa nacional desde la compra de Louisiana” (Nevins, *et al.*, 1994); acto seguido concluyó: “estas dos grandes organizaciones democráticas de habla inglesa, el Imperio británico y los Estados Unidos, tendrán que fusionarse de alguna manera para intervenir juntas en algunos asuntos, para beneficio mutuo y general” (Nevins, *et al.*, 1994), observación que sentaría las bases de la Alianza Atlántica con la que soñaba Churchill.

El presidente fue reelecto en noviembre del mismo año (1940), con lo que él pudo seguir aceleradamente con su estrategia. Lo primero era abrogar la legislación de neutralidad, que logró en enero siguiente mediante el decreto de *préstamos y arrendamiento*, con base en el cual una corriente de aviones, tanques, materias primas, alimentos y otros artículos empezó a fluir hacia Gran Bretaña y sus aliados: Estados Unidos entraba a la guerra sin haberla aún declarado. Pero había que asegurar la ruta de navegación del Atlántico Norte.

Para ello las consideraciones de derecho internacional fueron puestas de lado y se desencadenaron acciones encaminadas a la derrota de Alemania: captura de embarcaciones del Eje, congelamiento de sus fondos, transferencia de buques tanque a Gran Bretaña, la ocupación de Groenlandia —parte del Hemisferio Occidental— y más tarde Islandia (que no era parte del mismo y No estaba protegida por la Doctrina Monroe), la extensión de los beneficios de préstamos y arrendamientos no sólo al aliado británico sino también a la Unión Soviética y, finalmente — en respuesta a ataques de submarinos alemanes a barcos estadounidenses—, la orden presidencial de “disparar a la vista” contra cualquier submarino alemán (Nevins, *et al.*, 1994).

Puede uno fácilmente imaginar la excitación que atravesaba la mente y el espíritu de Roosevelt al vislumbrar en el horizonte a su nación emerger al final de la guerra como la primera potencia del orbe. Así, W. Churchill —el gran imperialista británico— y F. D. Roosevelt “se reunieron el 14 de agosto del año 1941, a la mitad del Atlántico y formularon la Carta del Atlántico”, en la que asentaron los principios en los que fundaban “sus esperanzas de un futuro mejor para el mundo”, con el sello de FDR; *no se buscaría la incorporación de nuevos territorios*; no se harían cambios territoriales que no estuvieran *de acuerdo con los deseos de sus pueblos*; el derecho de cualquier pueblo a elegir su propia forma de gobierno; el disfrute, de parte de todos los estados, del *acceso a las materias primas y al comercio*; la *colaboración económica* entre las naciones; la libertad de los mares, y la *renuncia al uso de la fuerza* como instrumento

de las relaciones internacionales. “Eran los 14 puntos de W. Wilson” (Nevins, *et al.*, 1994).

En suma, la *filosofía política del nuevo imperio* —en su rol de salvador providencial— *se imponía a la del viejo imperio colonialista*, convencido como éste estaba, en la mente de su líder W. Churchill, acerca de la fatalidad de este histórico cambio de estafeta.

Empezaba a cumplirse, 140 años después, la lúcida premonición de Napoleón Bonaparte en ocasión de la venta de la Louisiana a EUA.

Mientras tanto, en el extremo Oriente, Japón, instalado en la tesitura de imperio tradicional, colonialista, en manos de la aristocracia militarista que se había posesionado de todo el poder, se lanzaba a la conquista de territorios: con Manchuria, Corea y eventualmente el resto de China en sus manos, se preparaba para adueñarse del océano Pacífico. Así, el 7 de diciembre del año 1941 le brindaron a Roosevelt el *casus belli* que ansiosamente esperaba, con el tácticamente brillante y estratégicamente estúpido —según la visión del almirante Yamamoto— salvaje ataque a Pearl Harbor, más Guam, Midway Wake y Filipinas, todos ellos, puestos avanzados de EUA. Para lamentación de los imperios tradicionales británicos y franceses, los japoneses se apoderarían también de Indochina y de la supuestamente inexpugnable fortaleza marítima de Singapur de la que dependía el control del estrecho de Malaca, de valor estratégico para el comercio internacional: la tomaron casi sin disparar un tiro, por la retaguardia.

Con ello se iniciaría la horrenda Segunda Guerra Mundial que daría lugar a la muerte de muchas decenas de millones de seres humanos (20 de ellos en la URSS) sin

contar la catastrófica pérdida de capacidad productiva. Generaría también la aparición en escena de la más horrenda manifestación de la locura humana asociada al poder y a la lucha por el espacio económico: *las armas nucleares* para el exterminio en masa, paradójicamente subproducto abominable de la revolución científica ocurrida medio siglo antes: las teorías de la relatividad, el principio de incertidumbre y la física y mecánica cuánticas.

EUA pondría en juego la más formidable maquinaria, sistema, de guerra jamás visto por la humanidad y lo hizo como nación unificada, bajo el liderazgo de F. D. Roosevelt desde su silla de ruedas.

La guerra sería ganada en todos los frentes por las naciones aliadas en contra del Eje. Determinante crítico y fundamental sería la participación de EUA, con su inmenso poder industrial —el que dejó claro a propios y extraños, el ser el número uno del mundo— su potencia demográfica; el espíritu galante de su pueblo convertido en ejército (10 millones de participantes); la extraordinaria capacidad de organización y coordinación de su gobierno, ya reformado por Roosevelt; y alta eficiencia logística de sus fuerzas armadas y del soporte a las mismas desde el territorio propio. Pero, la misma importancia tuvieron: la galantería y capacidad de resistencia del pueblo británico y sus fuerzas armadas, así como el liderazgo iluminado de W. Churchill; la bravura en combate del ejército soviético y el inmenso sacrificio en vidas de su pueblo que desgastarían vitalmente a la formidable maquinaria bélica alemana en los frentes de Leningrado y Stalingrado; y la extraordinaria lucha librada en el claudestínaje por la resistencia francesa.

Durante cinco años, desde julio de 1940 hasta la derrota de Japón en agosto de 1945, las fábricas y astilleros de EUA produjeron alrededor de 300 mil aviones de combate, 86 mil tanques, tres millones de ametralladoras, 71 mil buques de guerra de toda clase y 55 millones de toneladas de barcos mercantes; más barriles de petróleo, metros cuadrados de madera, toneladas de acero y aluminio que nunca antes en la historia. Produjeron, además, jeeps, camiones, teléfonos de campaña, neumáticos, equipos de radar, pistas de aterrizaje de aluminio y alimentos en cantidades suficientes para abastecer sus propias necesidades y los faltantes de Gran Bretaña y, en parte de la Unión Soviética. La cuenta por concepto de préstamos y arrendamientos, al final de la guerra, mostraba que EUA había suministrado alimentos y materiales y equipos de guerra por 50 mil millones de dólares. Hacia el final de la guerra, la aeronáutica empleaba a 2.5 millones de trabajadores y era entonces la industria más grande del país.

Resultaba evidente para propios y extraños que ninguna otra nación del mundo estaba en condiciones de realizar una hazaña industrial-militar de tales dimensiones, tan sólo en materia de producción. Además, había que considerar la inmensa operación logística que implicó hacer llegar todos esos suministros a los teatros específicos de combate, junto con la transportación y emplazamiento de los millones de hombres que participaron en los combates.

Los servicios de inteligencia —interna y externa— de EUA crecieron apreciablemente y en cierta medida operaron en cooperación —bajo mutua sospecha y cautela— con los británicos y soviéticos. “La II Guerra trajo consigo un nuevo y ominoso desarrollo dentro de la vida del país: el

establecimiento en una escala más grande que nunca de un sistema gubernamental de seguridad interna, integrando expedientes de empleados de gobierno” (Schlesinger, 1973). Esto causó intensas tensiones, adicionales a las derivadas del uso de las prerrogativas de la comandancia en jefe del privilegio del Ejecutivo, entre el Congreso y el Ejecutivo. Sin embargo, las tensiones no llegaron los campos militar y diplomático, los que Roosevelt mantuvo bajo su control personal. En todo caso, el presidente se mantuvo en constante consulta con los líderes del Congreso, particularmente con el senador H. S. Truman, presidente del Comité Investigador sobre la Guerra (Schlesinger, 1973).

El presidente Roosevelt fue reelecto en el otoño del año 1944, llevando como compañero de fórmula al senador Harry S. Truman. Fue nuevamente abrumadora victoria. El presidente ganó 36 estados con 432 votos electorales y Thomas E. Dewey obtuvo 12 estados y 99 votos electorales; en el voto popular, Roosevelt logró una ventaja de 3.5 millones de votos (Schlesinger, 1973).

Para entonces se vislumbraba la posibilidad de la victoria en los dos macroteatros de la guerra y FDR trabajaba activamente en el diseño de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) retomando las ideas originales de W. Wilson. En febrero del año 1945 FDR viajó a Yalta, en Crimea, para una conferencia con W. Churchill y J. Stalin, con consejeros civiles y militares, a fin de ultimar detalles de la guerra y establecer bases para la posguerra, ya que el final de la misma se veía muy próximo en Europa.

El presidente había dicho en su cuarto discurso inaugural: “no podemos vivir solos, en paz; que nuestro propio bienestar depende del bienestar de otras naciones remotas [...] Hemos

aprendido a ser ciudadanos del mundo, miembros de la comunidad humana” (Schlesinger, 1973). Regresó de Yalta cansado y enfermo, y se retiró por prescripción médica a su refugio en Warm Springs, Georgia, a descansar y prepararse para inaugurar la primera conferencia de la ONU a celebrarse en San Francisco. No lo lograría, el 12 de abril sufrió una hemorragia cerebral y murió. No le tocaría disfrutar ni los triunfos bélicos ni lo más importante, la creación de la ONU. La rendición del ejército alemán se produjo el 7 de mayo del año 1945. La guerra en el Pacífico encontraría su trágico final el 6 y 8 de agosto en Hiroshima y Nagasaki. Por fin el género humano había empleado un producto de su ingenio que podría llevar a su propia extinción, junto con la de innumerables especies de seres vivos del planeta. Japón capituló el 14 de agosto y el 2 de septiembre firmaría su rendición incondicional a bordo del acorazado estadounidense *Missouri*.

Cuando el emperador Hirohito aceptó sin chistar ser humillado públicamente por el general Douglas McArthur —en funciones de procónsul— a fin de que todos sus súbditos aceptaran, en su corazón y mente, la rendición, resultó evidente que pudo haber una vía distinta para lograr el fin buscado que la del holocausto nuclear. No en balde el estadista que se alojaba en el interior de McArthur había retenido, durante toda la guerra y su posterioridad, como su asesora a la gran antropóloga Ruth Benedict, experta en cultura japonesa y autora de la obra maestra *El crisantemo y la espada*.

Fin de la guerra, reconstrucción, contención de la URSS y Guerra Fría

El desenlace final de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo una responsabilidad para EUA de una dimensión superior a la que ningún pueblo había experimentado: la tarea de rehabilitar un mundo asolado por la guerra, reconstruir la civilización occidental, fortalecer la democracia, apoyar a los pueblos libres en cualquier latitud y forjar una organización internacional con fuerza suficiente para garantizar la paz (Nevins, *et al.*, 1994). Correspondería al presidente sustituto Harry S. Truman conducir a su país al cumplimiento de estas responsabilidades.

Ninguna otra nación podía asumir tamaña responsabilidad más que EUA. Éste concluía la guerra como la potencia más poderosa del planeta en prácticamente todos los aspectos, especialmente en lo económico y militar. Le interesaba y deseaba vivir en paz, con todas las fronteras abiertas al comercio y las corrientes de capital y una organización multilateral que, amén de garantizar la paz, organizara la cooperación entre las naciones y apoyase a aquellas deseosas de liberarse de yugos coloniales. Esta última tarea sería la de la ONU conforme al acuerdo entre las potencias aliadas —EUA, Gran Bretaña y la Unión Soviética y después la China nacionalista— firmado en el año 1943, tomando como base el antecedente de la Liga de las Naciones y el acuerdo de la Alianza Atlántica. Había sido EUA el que había frenado la vigencia de la Liga. Al parecer había aprendido la lección del error cometido.

Durante los cinco años posteriores a la guerra “cumplieron buena parte de las responsabilidades. Contribuyeron

generosamente a la reconstrucción del mundo occidental; apoyaron la democracia y la libertad aún en regiones remotas; y se pusieron a la cabeza [del establecimiento y sustento] de una Organización de las Naciones Unidas para conservar la paz” (Nevins, *et al.*, 1994).

Si bien las potencias europeas habían sido arrasadas por la guerra y debían concentrarse en su reconstrucción, EUA no estaba solo en el escenario: había otro actor relevante del proceso y final de la guerra —triumfador también en ella—cuya organización económica, social y política era antitética del credo estadounidense y de su aspiración a organizar al mundo a su propia imagen: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Ésta era heredera del gigantesco territorio del Imperio zarista (un cuadrante terrestre, con inmensas riquezas naturales, con contacto fronterizo con numerosos pueblos, naciones y culturas; con un enorme ejército, industria básica engrosada durante la guerra y agricultura potente; numerosos científicos de alto nivel y una población educada y acelerado crecimiento de su PIB. También con aspiración a difundir su credo e influencia en todo el planeta. Con peso considerable en el escenario europeo, al contar con su área de influencia constitutiva por ocho naciones europeas (“satélites”, según la calificación occidental) con las que se coaliga a través del Pacto de Varsovia, a lo que había que agregar la Federación Yugoslava, independiente pero no contrapuesta, y la existencia de poderosos partidos comunistas en varios países europeos relevantes. Para completar el escenario, en el año 1949 la revolución encabezada por el Partido Comunista Chino derrotó en forma aplastante al nacionalista Kuo Min Tang, el que habría de refugiarse en la isla de Taiwán. La

península de Corea había sido dividida, a partir del Paralelo 38, por acuerdo entre las potencias, entre el Sur capitalista y dictatorial y el Norte, comunista y dictatorial.

Una división similar del archipiélago japonés era deseada por las potencias triunfantes en la guerra, pero no se realizó gracias a la firme y eficaz oposición del procónsul general McArthur, con el argumento exitoso de que al conservar a esta nación singular, unificada bajo el símbolo de la familia imperial, se contaría con un potente miembro de la alianza occidental, con base en una nueva constitución que él mismo se encargaba de redactar: renuncia a la guerra, desarme, democracia parlamentaria, economía de mercado, disolución de las fortunas feudales, fragmentación de los monopolios y reforma agraria, libertad de expresión y prensa, entre otras.

El mundo quedaba así aglutinado en tres conjuntos: los países capitalistas o campo capitalista; el campo socialista, y los países independientes y pobres, junto con los territorios y pueblos sujetos a dominancia colonialista en África, Asia y los numerosos archipiélagos e islas existentes en los grandes océanos. Una vía intermedia empezó a perfilarse cuando los socialdemócratas triunfaron en la elección de Berlín Occidental sometido a bloqueo soviético, ayudada por una masiva operación de alivio aerotransportado británico-americano, a partir del 1 de abril de 1948. La opción socialdemocrática se asentaría en Europa y permanece hasta ahora.

En septiembre del año 1949 haría el presidente Harry S. Truman el anuncio de un acontecimiento que determinaría las relaciones internacionales durante los siguientes 40 años, hasta la implosión de la URSS en el año 1989: “Tenemos pruebas de que —diría Truman— se ha producido una

explosión atómica en la URSS” (Nevis, *et al.*, 1994). Los rusos se habían puesto en el camino —aunque les tomaría tiempo— de alcanzar la paridad nuclear con EUA. El dramático acontecimiento había casi coincidido con el triunfo de las fuerzas comunistas en China. La India había obtenido su independencia en el año 1947, si bien permaneciendo en la Commonwealth británica.

El reparto del mundo “entre un cigarro puro y una botella de Cognac” —según la coloquial descripción de Churchill— llevaba en sí mismo la disolución del esquema rooseveltiano de los “cuatro policías” (los tres vencedores de la Segunda Guerra Mundial y China nacionalista) como “junta mundial de directores” (Kissinger, 1995) imponiendo la paz “contra cualquier potencial malhechor”, el que probablemente sería Alemania, y a partir de que Francia no era confiable (para Roosevelt). Había dicho también Roosevelt que “cuando hayamos ganado la guerra, lucharé con todas mis fuerzas por ver que EUA no sea llevado a la posición de aceptar algún plan que fomente las ambiciones imperialistas de Francia o que ayude o aliente al Imperio británico en sus ambiciones imperiales” (Sloan & Pierce, 1946). Nunca mejor expresado el antagonismo entre el concepto nuevo de imperio de EUA y el despreciable de las potencias colonialistas europeas. Roosevelt carecía del temor visceral y un poco paranoico de Churchill a la URSS, seguramente convencido de la “superioridad excepcional” de la filosofía política estadounidense. La idea de Roosevelt no resultó aplicable dado que de la Segunda Guerra Mundial no emergió un equilibrio de poder (Sloan & Pierce, 1946) debido a la profunda brecha ideológica entre los vencedores, así como la testaruda negativa de Stalin a aceptar elecciones libres y competidas en las naciones

a cuyos territorios había avanzado el ejército rojo y a las cuales contempla como “su escudo” frente a las potencias capitalistas. En realidad, la *ideación imperial de Stalin* era simplemente la heredada de la era zarista: dominación territorial como base de su seguridad.

Truman, quien “era quintaesencialmente norteamericano” (Sloan & Pierce, 1946) a partir de una profunda admiración a Roosevelt, forjó su cargo desde la perspectiva de sus propias experiencias y valores, y sobre todo tenía un compromiso mucho menor con la unidad aliada del que tenía éste; para él era una preferencia práctica y, además, siempre sintió desconfianza respecto a los soviéticos, si bien veía a británicos y franceses desde una perspectiva análoga a la de Roosevelt.

La Conferencia de *Potsdam*, convocada para la segunda mitad de julio de 1945 (duró del 17 de julio al 2 de agosto) a insistencia de los soviéticos y aceptada con gusto por los estadounidenses, marcaría un hito en las relaciones entre los aliados (Kissinger, 1995). Los actores serían W. Churchill, J. Stalin y H. S. Truman (quien llevaba escasos tres meses en la presidencia, pero asistió acompañado por Harry Hopkins y Dean Acheson). El primero llegaría con su visión de *equilibrio del poder invariable*, con su país urgentemente necesitado de reconstrucción, con la creencia de que el Imperio británico se encontraba intacto y un puñado de intereses imperiales. El segundo, “el maestro de *la Realpolitik*” (Kissinger, 1995) llegaba con su ejército ocupando buena parte del territorio de Europa Central y de los Balcanes y de Europa Oriental, y en especial de una gran proporción de Alemania y de su capital, Berlín; y además, la cuenta de varias decenas de millones de muertos y de destrucción de su territorio, más su ideación zarista del Imperio ruso. El presidente

Truman llegaba advertido de las posiciones de los otros gracias a los emisarios que previamente había enviado a Londres (el embajador J. E. Davies) y a Moscú (Harry Hopkins junto con el embajador A. Harriman); y además, con su poderosa nación intacta, convertida en la primera potencia mundial y detentadora, hasta entonces, del monopolio de las armas atómicas (aún a utilizar). Asimismo, llegaba con el compromiso público (discurso ante la conferencia de la ONU en San Francisco, el 25 de abril) por el que adoptaba la idea rooseveltiana de los Cuatro Policías como garantes de la paz, a partir del concepto de la Seguridad Colectiva Global como alternativa al caos.

La primera víctima de Potsdam sería la idea de los Cuatro Policías. Stalin exigió el pago por sus victorias y sacrificios, con un conjunto de *quid pro quo*: dominio territorial, esferas de interés, límites “comiciales” a la influencia comunista en Europa Oriental, a cambio de beneficios específicos como enorme ayuda económica. A pesar de los exhortos (de Churchill y Truman) nunca volvió a la “camaradería de tiempos de guerra”.

Para Stalin, la diplomacia no era sino un aspecto de una lucha más general por definir las relaciones de fuerza. Se negaba a comprender la insistencia norteamericana en los principios, la importancia de la moral y la vigencia del derecho. Truman nunca blandió la carta de las armas nucleares. Pero Stalin hubo de enfrentarse a la negativa de EUA de aceptar el nuevo equilibrio geopolítico establecido por la presencia del Ejército Rojo en el centro de Europa. Pero al no recibir presión suficiente, Stalin se quedó con lo que tenía. Calculó mal y de allí a la Guerra Fría sólo había

un paso. Churchill persistió en la exigencia de elecciones abiertas en Polonia.

Por otra parte, el gobierno de Truman vio con la misma desconfianza que el de Roosevelt a la *Realpolitik* británica. Además, Truman se había comprometido a iniciar rápidamente el retiro de las tropas de Europa y lo primero fue retirar (en junio) las del exceso de avance hacia el Este en que habían incurrido al final de las hostilidades, aún con la oposición de Churchill. De éste estimaban que le “interesaba más conservar la posición de Inglaterra que mantener la paz”. Para Churchill, la posición norteamericana era “ingenua”. Para junio, Stalin había fijado unilateralmente la frontera oriental y occidental de Polonia y por la fuerza había instalado autoridades afines, y se negó a aceptar las elecciones, en correspondencia a lo ocurrido en Bélgica e Italia.

La agenda de la conferencia era muy nutrida —el futuro de Alemania, los aliados de ésta como Italia, Bulgaria, Hungría y Rumania y asociados como Finlandia; el tránsito soviético por los Estrechos, una base militar soviética en el Bósforo y las colonias de Italia—, con lo que la reunión pronto se volvió un diálogo de sordos: Stalin por consolidar su esfera de influencia, y Truman, y en menor grado Churchill, exigiendo la confirmación de sus principios. Todos ejercieron vetos. Continúan haciéndolo hasta ahora.

Mientras tanto, Churchill perdería las elecciones en su país y sería reemplazado por Clement Atlee; y Stalin continuaba fortaleciendo la posición de los partidos comunistas en toda Europa Oriental.

Al final del día muy poco se lograría en *Potsdam*. Los acuerdos por los jefes de Estado fueron éstos: establecer un mecanismo de cuatro potencias para abordar las cuestiones

alemanas; Truman logró que Stalin aceptara su enfoque para las reparaciones: que cada potencia obtuviese las reparaciones de su zona de ocupación en Alemania; EUA y Gran Bretaña aceptaron la línea Oder-Neisse para la frontera occidental de Polonia, reservando una ulterior revisión; y Stalin prometió ayudar en el esfuerzo de guerra contra Japón.

El incidente más notable fue que Truman —en una conversación aparte— finalmente le informó a Stalin sobre la bomba atómica, pero éste no reaccionó ante la provocación y se limitó a expresar su deseo de que se usara contra los japoneses. Al final resultó evidente que los estadounidenses no estaban dispuestos a realizar el tipo y grado de presión o amenaza que Churchill deseaba para forzar un acuerdo general, sin darse cuenta que entre más tiempo dieran a Stalin más lo aprovecharía éste para crear estados con un solo partido en Europa Oriental. Truman sabía que para el pueblo de EUA lo más urgente era la terminación del conflicto para que sus muchachos volvieran a casa. El resultado práctico, dice Henry Kissinger, fue: "el principio del proceso que dividió a Europa en dos esferas de influencia", lo que la dirigencia norteamericana de tiempos de guerra había querido evitar (Kissinger, 1995).

En octubre de 1945 —con Japón derrotado y rendido y la bomba atómica utilizada— Truman todavía insistía en el concepto de los Cuatro Policías y hacía tersos llamados a la reconciliación con la URSS. Las conferencias de ministros de Relaciones, realizadas en Londres en octubre y diciembre de 1945, no lograrían avances, excepto por el reconocimiento a cambio de nada, de los gobiernos satélites de Bulgaria y Rumania por parte del secretario de Estado Byrnes, para furia de Truman. En 1946 habría otras dos reuniones de

ministros en París y Nueva York en las que, si bien se avanzó en tratados secundarios, las tensiones llegarían al máximo al Stalin convertir a Europa Oriental en apéndice político y económico de la URSS, acelerando el camino hacia la Guerra Fría. Para Truman, la clave era el credo democrático, la regla de oro; para Stalin el proyecto era el *Paneslavismo* con doctrina comunista. Al conocimiento de la debilidad en que se encontraba la URSS, Stalin respondió con bravura: “las bombas atómicas... no pueden decidir el resultado de una guerra [...] El sistema social soviético es una forma mejor de organización de la sociedad que ningún sistema social no soviético” (Kissinger, 1995).

Al mismo tiempo, descalificando al sistema económico capitalista, convocaba al pueblo soviético a: decuplicar la producción de hierro colado, multiplicar por 15 la de acero y cuadruplicar la producción petrolera. Todo ello en tres planes quinquenales.

Después de 18 meses de reuniones de los ministros de Relaciones Exteriores y de continuado estancamiento, en abril de 1947, Stalin invitó al secretario de Estado George C. Marshall a una reunión en la cual subrayó que “atribuía gran importancia a un acuerdo general con los EUA [...] era posible llegar a acuerdos en todas las cuestiones principales [...] era necesario tener paciencia y no volverse pesimista” (Kissinger, 1995). La astucia de Stalin esta vez había fallado. La paciencia y confianza de EUA se habían agotado. La respuesta consistió en el Plan Marshall, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la preparación militar de Occidente. El momento para un acuerdo político ya había pasado, conforme lo advirtiera W. Churchill. Hubo oposición firme a una política doble de alianza y reforzamiento

occidental y simultáneamente de negociación de un acuerdo general con la URSS.

El secretario G. C. Marshall declaró el 28 de abril del año 1947 que: “el occidente había pasado el punto desde el cual ya no hay regreso en su política para con la URSS” (Kissinger, 1995). El tiempo se había agotado. La recuperación de Europa había sido muy lenta y había fuerzas desintegradoras. La acción no podía aguardar más a un acuerdo por agotamiento. Había que actuar sin demora. *La Contención* emergió como la pieza central de la política occidental durante los siguientes 42 años. H. S. Truman había dado la primera muestra de endurecimiento al exigir la salida soviética de Azerbaiyán. La URSS cimentaría su dominio sobre Europa Oriental con el Pacto de Varsovia. Quedaba establecido el sistema de esferas de influencia que prevalecería hasta el fin de la Guerra Fría, aunque EUA lo negó o lo consideró temporal. Se enfrentó a un serio problema filosófico.

Este problema sería resuelto a partir de un planteamiento escrito por un experto en asuntos rusos adscrito a la embajada de EUA en Moscú de nombre George Kennan, conocido como el “Telegrama Largo”, el cual se convertiría en el marco conceptual y filosófico para la interpretación de la política exterior de Stalin. Kennan le decía a la dirigencia de EUA que debían de dejar de culparse por la intransigencia soviética, dado que las fuentes de la política exterior soviética se hallaban en lo profundo del propio sistema soviético. Tal política era el producto de “una amalgama de lo ideológico comunista y del antiguo expansionismo zarista” (Kissinger, 1995). Según el telegrama, Stalin consideraba a las potencias capitalistas irrevocablemente hostiles. La fricción no era producto de equívocos ni de mala comunicación, sino algo

inherente a la percepción soviética del mundo inmemorial externo. Desde tiempos inmemoriales —decía Kannan—, los zares habían intentado extender su territorio: Bulgaria, puerto en aguas del Mediterráneo, dominio sobre los estrechos del Mar Negro, entre otros. En el fondo se encuentra el viejo sentimiento ruso de inseguridad. Éste se agudizó a partir del contacto con Occidente, respecto al cual siempre se sintieron rezagados. Nunca acudieron a pactos o compromisos sino a la destrucción del rival.

En suma, como dijimos antes, *la organización socioeconómica política del espacio y las ideaciones imperiales de EUA y la URSS fueron siempre antitéticas.*

El Telegrama Largo de Kennan sería objeto de inmediatas y diversas reseñas analíticas en el más alto nivel de secrecía. La primera fue el intento de conversión del ensayo de G. Kennan en una política exterior activa, por parte de H. Freeman Mathews. Las disputas con la URSS se veían, correctamente, como *rasgo endémico* del sistema soviético. De ahí que era necesario “convencer a los soviéticos que el actual curso de su política exterior sólo puede [...] llevar al desastre” (Kissinger, 1995). De ahí se sigue la necesidad de defender cada zona amenazada en el inmenso perímetro soviético; pero con dos condicionantes: la primera, EUA dominaba mar y aire; la URSS “reinaba suprema en tierra”; por ende, limitar el uso de la fuerza a los teatros en los que la supremacía terrestre de la URSS puede ser contrarrestada por poderío naval, anfíbio y aéreo. Segunda condicionante: advertencia *contra toda acción unilateral*: la Carta de la ONU ofrece medios mejores e inatacables. Los países y territorios en peligro serían: Finlandia, Escandinavia, Europa oriental, central y sudoriental; Irán, Iraq, Turquía, Afganistán, Sinkang

y Manchuria. Todos ellos fuera del alcance del poderío de EUA, por lo que —en plena sobreestimación de la potencia británica— se le asignaba a Gran Bretaña la tarea de defender todos esos casos. De ahí que “el Reino Unido *deberá seguir existiendo (sic)* como principal potencia económica y militar de la Europa occidental” (Kissinger, 1995). La segunda condicionante quedaba peor parada que la primera: el país señalado como principal amenaza era miembro de la ONU y tenía poder de veto.

El destacado asesor presidencial Clark Clifford suprimió las ambigüedades y limitaciones de Mathews. En un documento “archisecreto” (24 de septiembre del año 1946), Clifford convino con que “la única manera de que el Kremlin invirtiera sus políticas sería contrapesar el poderío soviético [...] El único disuasivo a un ataque soviético [...] será el poderío de seguridad para EUA, que abarcara todos los países democráticos que de *alguna manera se vean amenazados* o puestos en peligro por la URSS”. Acota Kissinger que “no quedaba claro lo que aquí significaba *democrático*” (Kissinger, 1995). Prevalció la idea de que aludía a “que los EUA defendieran simultáneamente las selvas del sudeste de Asia, los desiertos de Medio Oriente y la densamente poblada Europa central”. El objetivo de la política estadounidense —según Clifford— no sería tanto restaurar el equilibrio del poder sino *transformar la sociedad soviética*. Clifford atribuyó el origen de las tensiones soviético-estadunidenses —en forma análoga a como lo había hecho W. Wilson respecto al káiser— “a una camarilla gobernante y no al pueblo ruso [...] un acuerdo equitativo, al darse cuenta de que somos demasiado fuertes para que se nos

venza, y demasiado decididos para dejarnos atemorizar” (Kissinger, 1995).

Con base en este marco conceptual operaría la política exterior de EUA hasta la implosión de la URSS en 1989. La nueva visión para la política exterior de EUA (PE /EUA) tendría que iniciar su implementación casi de inmediato cuando en 1947 Gran Bretaña se declarara incapaz de continuar apoyando a Grecia y Turquía (“sacarle las castañas del fuego a Inglaterra”, diría el senador A. Vandenberg al oponerse). Con argumentación convincente de Dean Acheson, el programa de ayuda a Grecia y Turquía se presentó al Senado como “parte de la lucha global entre la democracia y la dictadura”. A partir de entonces, diversos países europeos —con la notable excepción de la Francia de De Gaulle— jugaron con frecuencia el papel de rémoras (*free-riders*) sobre la espalda de EUA. La base conceptual de Clifford sería bautizada después como Doctrina Truman (DT). Aparentemente, los soviéticos —dice Kissinger— no advirtieron el carácter ominoso de la DT. Constituyó un rompimiento en tanto EUA arrojó el *guante moral*, con lo que la *Realpolitik* preferida por Stalin “llegaría a su fin”, sin que hubiera ya espacio para las “concesiones recíprocas”. H. S. Truman diría: “la política de los EUA para apoyar a los pueblos libres que están resistiendo al intento de subyugación por minorías armadas o presiones exteriores” (Kissinger, 1995). La DT recibiría críticas de todo el espectro ideológico: algunos dijeron que “EUA estaban defendiendo a países que moralmente eran indignos” o bien no eran vitales para la seguridad de EUA. En relación con el primer tipo de situaciones, abundan los ejemplos en América Latina, en el Caribe, en África y Asia; con frecuencia se trató de países en el borde de experimentar una revolución social o en donde los

partidos socialistas habían obtenido triunfos democráticos, con lo cual EUA se asoció a las más horrendas dictaduras y/o terminaron representando los intereses particulares de las más inmorales entre sus empresas transnacionales.

El 5 de junio del año 1947, menos de tres meses después del anuncio de la Doctrina Truman, el secretario G. Marshall anunciaría en Harvard la doctrina con su nombre: “comprometer a los EUA con la tarea de erradicar todas las condiciones sociales que pudieran ser una tentación para los agresores” (Kissinger, 1995). Ayudarían a la reconstrucción europea para “evitar disturbios políticos” y “desesperación”, para restaurar la economía mundial y robustecer las instituciones libres. “*Cualquier gobierno*” dispuesto a ayudar en la tarea de la recuperación encontrará plena cooperación en el gobierno de EUA”; o sea el Plan Marshall estaba abierto para países de la órbita soviética. Esto causó la ira de Stalin y le dio impulso al Pacto de Varsovia. Los elevados objetivos sociales y aún morales —cruzada contra el hambre— le darían gran popularidad en EUA y aún en Europa —independientemente de los *designios imperiales*, del imperio moderno, novedoso, que subyacían en el Plan Marshall. En todo caso, para la mayoría fue evidente la generosidad de EUA en situaciones extremas como ésta.

Podría decirse que el Plan Marshall era una herencia directa del *New Deal*: “las amenazas a la estabilidad política surgen básicamente de las brechas [...] entre las expectativas económicas y sociales y la realidad”; y la OTAN de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial: “la mejor protección contra la agresión era *tener un poder abrumador* y la disposición de emplearlo” (Kissinger, 1995).

El primer caso en que hubo de empeñarse aquélla fue el brutal golpe de Estado en Praga que incorporaría Checoslovaquia a la esfera soviética, que daría lugar primero al Pacto de Bruselas y acto seguido a la propia OTAN, la cual implicaría una desviación fundamental y definitiva de la PE/EUA que sería aprobada por el Senado: había desaparecido el “viejo equilibrio del poder” (Kissinger, 1995). En EUA hubo un nutrido y, en ocasiones acalorado debate acerca del verdadero carácter de la OTAN: era una forma de ocultar una tradicional “alianza militar” entre poderes beligerantes o era algo distinto consistente con la Carta de la Naciones Unidas. Un documento del Consejo Nacional de Seguridad (Nse-68), *definió el interés nacional en función de un principio moral*: los reveses morales eran más peligrosos que los materiales, en 1950

una derrota de las instituciones libres en cualquier lugar es una derrota por doquier [...] al ser destruida la integridad de las instituciones checoslovacas fue en la intangible escala de los valores donde registramos una pérdida mayor que el daño material [...] Fortalecernos, tanto en el modo que afirmamos nuestros valores en la conducta de nuestra vida nacional como en el desarrollo de nuestra fuerza política y económica (Kissinger, 1995).

Reaparece así la *continuidad conceptual entre la promoción y/o imposición del libre comercio y al autoimpuesto rol como faro y custodio de la democracia y la libertad en todo el planeta*, planteada antes en la sección THEODORE ROOSEVELT...”

El propósito de la *Guerra Fría* era la conversión del adversario: “fomentar un cambio fundamental en la naturaleza

del sistema soviético... los pueblos de Rusia tengan una nueva oportunidad de forjar su propio destino” (Kissinger, 1995). Tomaría 40 años para que el cambio deseado se produjera: primero, a la estadounidense, y después a la rusa.

Quedaría así establecida la esencia de la nueva PE/EUA: la política de contención —de la Unión Soviética— “la detente”, base conceptual de la Guerra Fría: un estado permanente de beligerancia latente entre el campo capitalista —“mundo libre”, bloque occidental— y el mundo socialista o comunista.

Esta definición de la PE/EUA encontraría agudos críticos —Walter Lipman y Harry Wallas los más notables en EUA— pero sería recibida con beneplácito por el sistema corporativo del país, por aquello que el presidente Dwight D. Eisenhower denominaría el *complejo militar industrial* de EUA, como producto no deseado y peligroso de la Segunda Guerra Mundial, peligroso para la libertad y la democracia. La política de contención imprimió en la PE/EUA un elemento de pasividad que fue severamente criticado por las corrientes conservadoras: en tanto implicaba esperar; por un lado esperar a que la URSS realizara acciones abiertas o encubiertas de expansión de su área de influencia o acontecimientos “atribuibles” a ella; y segundo, esperar pacientemente a que las “fuerzas de la historia” combinadas con los defectos estructurales del paradigma soviético determinaran el derrumbe de su imperio. Esto último finalmente ocurrió en 1989.

La guerra en Corea y la bomba de hidrógeno

La nación salía de la guerra en el año 1945 con una deuda pública gigantesca —del orden de 2.5 veces el PIB—, razón

por la cual H. S. Truman volvió a concentrar su atención en los asuntos internos. Había solución puesto que la capacidad productiva del país había crecido considerablemente. El “fordismo” más los descubrimientos científicos y tecnológicos daban nuevos impulsos a la economía. Para 1945 se habían roto todos los récords de producción industrial y agrícola y de servicios de transporte. Se estimaba que la producción global era 2.5 veces mayor que la de 1929. La Gran Depresión había quedado atrás, y el mundo de los aliados y otros países esperaba alivio a sus agudas escaseces (Nevins, *et al.*, 1994).

La economía se expandió aceleradamente con su conversión a la paz durante los cinco años posteriores al fin de la guerra (después recibiría un impulso adicional con el rearmamento tanto en EUA como de sus aliados europeos), con excepción de una recesión moderada y breve entre fines del año 1947 y principios del año 1948. Para el año 1950 el ingreso nacional fue de 275 mil millones de dólares frente a 40 mil millones de dólares en el fondo de la Gran Depresión. De hecho continuaría creciendo con moderadas recesiones hasta la primera mitad de la década de los setenta, marcando uno de los dos periodos más largos de expansión continua de su historia. No había en aquel tiempo ninguna economía nacional que tuviera posibilidad de compararsele. La URSS soñó con la idea y sucumbió en el intento con todo y su inmensa masa continental, pero sin libertad y creatividad empresarial. Sólo la aglomeración/integración de todas las economías nacionales de Europa Occidental crearía una economía combinada del mismo tamaño, sin la ventaja de una comunidad fiscal: una comunidad de exacciones y transferencias con moneda común. China se aproxima ahora, pero está muy lejos en términos per cápita.

Pero H. S. Truman era discípulo de F. D. Roosevelt —una criatura del *New Deal*— al punto de que en el otoño del año 1945 planteó al Congreso un programa social al que denominó “Trato Justo” (*Fair Deal* en lugar de *New Deal*): garantizar el pleno empleo, elevación de los salarios mínimos, ampliación de la seguridad social, gasto federal para sanear barrios miserables y proporcionar mejor alojamiento, precios de soporte más altos para cosechas y réplicas del TVA sobre los ríos Missouri, Columbia y otros. El objetivo era dotar al país de democracia económica y dinámica social, al tiempo que solidificaba la alianza con trabajadores y agricultores.

Se enfrentó a dura y amplia oposición proveniente de los republicanos conservadores y los demócratas sureños. Su principal logro inmediato fue que no hubiera retrocesos respecto al *New Deal* de Roosevelt, si bien todas sus propuestas fueron adoptadas a la larga (Nevins, *et al.*, 1994). La suya fue así la primera posguerra en la que no se registrara un retroceso social (a diferencia de la Guerra Civil y la Primera Guerra Mundial).

Durante esos cinco años siguientes al término de la Segunda Guerra Mundial, el frente externo daría mucho que hacer en materia de contención a la URSS y EUA respondió a todos los retos que se presentaron: Grecia y Turquía; Italia, Francia y Alemania y Austria; la creación del Estado de Israel, y el problema general de reconstrucción física y dinamización económica. De ahí el Plan Marshall.

Sin embargo, la prueba más difícil para la política de contención sería que a tres años de la consumación de la independencia de la India, a 12 meses del colapso de la China nacionalista y a sólo nueve meses del anuncio por el propio presidente Truman de la primera explosión atómica

soviética (septiembre del año 1949), el 26 de junio del año 1950 las fuerzas de Corea del Norte invadieron Corea del Sur, con apoyo material de China y la URSS, al tiempo que el Vietminh amenazaba el dominio francés en la Indochina francesa (también partida en dos arbitrariamente como lo había sido Corea) con apoyo de China; la guerra de guerrillas en Malasia británica se intensificaba, y similarmente en Filipinas, protegida por EUA.

Gracias a la ausencia de la URSS, el Consejo de Seguridad de la ONU resolvió rápidamente solicitar a las naciones miembros el enviar tropas a Corea para rechazar la agresión. Truman ya había solicitado autorización al Congreso en las primeras 24 horas y la obtuvo a pesar de que Corea no se encontraba en el *perímetro de seguridad estratégica para EUA* que había sido establecido al final de la Segunda Guerra Mundial. Todos los países que participaron reaccionaron con gran rapidez, pero más aún los norteamericanos gracias a las tropas y equipos que tenían estacionados en Japón. Fue una guerra crudelísima en la que las fuerzas de la ONU resultaron victoriosas en tanto lograron —después de diversos retrocesos y avances— rechazar la invasión y lograr un *statu quo* que permanece hasta ahora. Las pérdidas fueron muy cuantiosas: en las fuerzas de la ONU 400 mil hombres muertos, heridos y desaparecidos (260 mil sudcoreanos, 135 mil estadounidenses, y 12 mil de otras nacionalidades) y las pérdidas de los ejércitos del norte se estiman en por lo menos 1.5 millones.

Los principales resultados fueron: el establecimiento de una nueva frontera que ha permanecido invariable por más de medio siglo; la ONU probó ser un escudo efectivo para naciones pequeñas sujetas a agresión externa; las fuerzas

aliadas probaron capacidad y enfoque de coordinación; el presidente Truman afirmó la supremacía del poder civil sobre el militar cuando destituyó al general Douglas McArthur (Nevins, *et al.*, 1994).

Sin embargo, la guerra en Corea no se daría finalmente por terminada hasta 1953 —en términos de suspensión de hostilidades reales, pero sin tratado de paz— gracias a varios factores: el compromiso del presidente Dwight D. Eisenhower de lograrlo; el fallecimiento de Stalin; y la fatiga de los chinos por los cruentos combates y el apoyo humano y material. Pudo haber contado también un mensaje enviado por el presidente D. D. Eisenhower a los dirigentes chinos a través del primer ministro de India J. Nehru: su determinación a emplear armas nucleares tácticas sobre las líneas de abastecimiento en territorio chino. El 1 de noviembre de 1952, EUA realizó la prueba de una bomba de hidrógeno en el atolón de Eniwetok, la primera en la historia con una fuerza de 20 millones de toneladas de TNT, con la que se podrían aniquilar casi por completo megalópolis como Londres, Moscú y Nueva York. Una guerra con tales dispositivos podría con certeza aniquilar a toda la especie humana y una gran proporción de la vida existente en el planeta.

H. Kissinger, al citar a Dean Acheson (Nevins, *et al.*, 1994), afirma que el éxito más importante de la experiencia en Corea no fue tanto el resultado en el campo de batalla, como haber establecido el concepto de *seguridad colectiva*.

Establecer el principio de la *acción colectiva* era más importante que cualquier resultado específico, mientras se evitara la derrota le tocó al presidente Eisenhower gestionar el cese de hostilidades y definir el curso a seguir en materia de

contención de la URSS, con o sin W. Churchill y su secretario de Estado, John Foster Dulles.

La década de los cincuenta estaría llena de incidentes que presentaron diversos grados de peligro: primero, la debacle en mayo de 1954 del imperio colonial francés en Dien Bien Phu, ante la superior estrategia militar del general Vo Nguyen Giap, el apoyo de China y la URSS al gobierno de Ho Chi Minh en Vietnam del Norte, y la decisión de EUA de no involucrarse en dicha batalla; segundo, la toma del Canal de Suez por G. A. Nasser en octubre del año 1955 y las reacciones belicosas de Gran Bretaña y Francia; tercero, la brutal represión soviética a la rebelión democrática en Hungría, dejando claro que no permitiría disidencias en su área de influencia a cualquier costo; cuarto, en octubre del año 1957 la URSS asombraría al mundo con el lanzamiento y estabilización de su satélite espacial *Sputnik*, lo que para Jruchov era la ingenua constatación de que la URSS —el socialismo con su economía centralmente planificada— había logrado rebasar científica, tecnológica y militarmente a EUA, al capitalismo; quinto, al año siguiente Jruschov emitiría su famoso desafío a Occidente, entre noviembre del año 1958 y enero del año 1959, con el que modificaba la situación de Alemania y en particular de la ciudad de Berlín. En esta última fecha, la revolución encabezada por Fidel Castro en Cuba derrocaría al régimen del dictador Batista, quien era apoyado por EUA (Kissinger, 1995; Nevins, *et al.*, 1994).

El involucramiento progresivo, hasta el desastre, de EUA en Vietnam, habría de ocupar a cinco presidentes de EUA —de Truman hasta Nixon— y una generación completa de norteamericanos y, en especial, la totalidad de las presidencias de D. D. Eisenhower, J. Kennedy y L. Johnson, durante los años

dorados de la primatura de EUA en el escenario del poder mundial. El hecho de hacerlo y la forma de involucrarse en Vietnam se convertiría en el más grande error de política exterior cometido por EUA, como imperio —aun cuando moderno— en toda su historia. Todo ello a resultas de errores conceptuales garrafales. Instalado en la *perspectiva de la contención al “expansionismo” soviético*, desde el inicio interpretó el conflicto Norte/Sur como una expresión de aquél, más un ingrediente de expansionismo chino-comunista, en lugar de verlo como una *guerra de liberación nacional*, independientemente de que su dirigencia estuviera adscrita a convicciones comunistas. En congruencia con la “misión providencial” de excepcionalismo americano, lo acertado hubiese sido apoyar con la ONU involucrada.

A partir de esta percepción equivocada incurriría en crecientes y flagrantes contradicciones con su propia filosofía internacional, convirtiéndose en agresor y casándose con el régimen despótico de Ngo Dinh Diem. Adoptaría la estúpida *teoría del dominó* según la cual si caía Vietnam caería toda Indochina y otros de la región, incluido Japón. Soviéticos y chinos colaboraron, pero no tenían la menor intención de entrar en una confrontación directa con EUA ni los vietnamitas contemplaban convertirse en súbditos de aquellos, como claramente lo manifestarían una vez obtenida su independencia.

Con ello, el nuevo imperio se había convertido en una entidad paranoica, junto con las inclinaciones “pigmaliónicas” hacia otras naciones que ya habían manifestado desde el término de la Segunda Guerra Mundial la imposición de la organización de su propia economía política.

Asimismo, se embarcó en una “*guerra prolongada*”, casi perpetua, concepto tan contrario al sentir del pueblo estadounidense. Era una guerra que no se podía ganar: la más poderosa maquinaria de guerra regular del planeta frente a un pueblo entero convertido en ejército guerrillero. No era, pues, gratuito que el presidente militar D. D. Eisenhower se resistiese continuamente a entrar al combate directo; sin embargo, cometió el error de asumir la responsabilidad — imperial— del desenlace del conflicto: quiso resolverlo con negociaciones pero los ejércitos guerrilleros no negocian, sólo contemplan dos resultados: derrota o victoria total. En tales condiciones, EUA viviría compelido por la lógica del enfoque adoptado, la escalación desde las decenas y pocas centenas de “asesores militares” en los años cincuenta a los 8 mil hombres de la llamada “fuerza logística” a principios de los años sesenta (Kissinger, 1995) hasta llegar a 543 mil hombres a principios del año 1969 (Kissinger, 1995), los bombardeos de saturación sobre Hanoi, el puerto de Tonkín y la ruta Ho Chi Minh, y a las masacres de campesinos pobres, mujeres y niños en Camboya y Laos. El nuevo imperio había caído en el desvarío y el desatino moral, con lo cual concitó la reprobación mundial y perdió el apoyo de su propio pueblo.

Pero, además, había llegado a toparse con el límite más estricto del poder imperial; según Paul Kennedy (Kennedy, 2008), perdió la estabilidad de su economía por la sobreextensión de los compromisos gubernamentales. El presidente Johnson —hijo legítimo del *New Deal*, un auténtico rooseveltiano en tal sentido—, además de proponerse ganar la guerra en Vietnam con el equipo de su ilustre antecesor, se lanzó a llevar el programa demócrata de derechos civiles y sociales hasta sus últimas consecuencias y esto sí lo logró,

aunque implicase la derrota del Partido Demócrata en los estados del Sur, lo que ocurrió en el año 1968 con el triunfo de Richard Nixon.

Richard Nixon, a partir de sus ofrecimientos de campaña y bajo el acoso intenso y masivo del Movimiento por la Paz en Vietnam (MPVN), se lanzó a la busca de un arreglo para lograr “una salida honorable” para EUA que preservase, en lo posible su liderazgo del mundo occidental, la cual rechazaba de plano el MPVN, el que prefería una catarsis/acto de contrición. La jefatura en Hanoi le respondió al enviado H. Kissinger: “retirada incondicional de los EUA junto con el derrocamiento del gobierno de Nguyen Van Thieu” (Kissinger, 1995). *La nación estaba dividida*. El gobierno de Ho Chi Mihn se mantuvo inflexible en sus condiciones: la victoria era suya. No sobra señalar, que la dirigencia norteamericana nunca hizo el menor esfuerzo por entender verdaderamente a su enemigo a lo largo de cinco administraciones: ¡eran simplemente pobres y sobre todo comunistas!

La decisión de alcanzar una retirada honorable *prolongaría la guerra cuatro años más*, hasta el año 1972, a resultas de haberse optado, entre las posibles vías, la de “vietnamización del conflicto con retirada gradual de los EUA”. La paz se firmaría finalmente el 27 de enero del año 1973, cuatro meses después de que el negociador vietnamita, Le Duc Tho, en París, aceptara, el 8 de octubre del año 1972, las condiciones planteadas por el presidente Richard Nixon en enero y mayo del mismo año. Para entonces los efectivos estadounidenses en Vietnam se habían reducido a poco menos de 50 mil hombres, frente a los más de 550 mil que habían alcanzado en el año 1969; la retirada unilateral se había logrado en orden y dignidad a lo largo de casi cuatro años.

Nixon había logrado la terminación con honor de una guerra que nunca debió ocurrir y en la cual EUA había sido derrotado, después de haber hecho a un lado los principios que a sí mismo se había impuesto: 50 mil ciudadanos habían perdido la vida; una generación completa de jóvenes combatientes retornaba en estado de shock postraumático; con adicciones psicotrópicas y/o decepcionados de los valores que habían generado el orgullo y la unidad nacional, y ésta se había perdido. Además, la nación vio interrumpido el prolongado periodo de progreso acelerado —con continua mejora de la distribución del ingreso y el bienestar, objetivos del *New Deal* y el *Fair Deal*— que se iniciara con el término de la Segunda Guerra Mundial. “El idealismo norteamericano —dice H. Kissinger (1995)— inspiración de gran parte del orden mundial, se había derrotado a sí mismo con sus propias armas”. En el año 1975 Camboya y Vietnam del Sur fueron invadidos por los comunistas. EUA ya no estaba en condiciones de reaccionar al respecto.

Los soviéticos se habían colocado también en una *tesitura conceptual* errónea (los errores conceptuales, a diferencia de los de actuación que son puntuales, conducen siempre a una concatenación de actuaciones fatales) al pretender la extensión territorial del imperio gigantesco heredado de los zares, en espacios que ninguna relación guardaban con los resultados de la Segunda Guerra Mundial y que diferían por completo de “escudo territorial” de los que habían dotado en Europa del Este sus éxitos militares al final de dicha guerra. Con la bandera de apoyar —o incluso forzar— la descolonización de los pueblos de Asia y África se embarcaron sin presencia militar directa, sino sólo a través de armamento y dinero en Vietnam, como lo harían

en Yemen, Angola, Etiopía y hasta en Afganistán. En el caso de Vietnam, al igual que EUA, no valoraron la motivación profunda y determinante de los vietnamitas —con o sin partido comunista en el liderazgo— que era la liberación y la unidad nacional y que deseaban tanto liberarse del yugo francés como de cualquiera otro que pretendiera remplazar a aquél, ya fuese japonés, estadounidense, soviético o chino. La identidad nacional vietnamita era muy vigorosa, como también lo fueron las de los otros pueblos de Indochina. La URSS empeñó cuantiosísimos recursos en ésta y otras aventuras, en una *sobreextensión* tanto o más insostenible cuanto que su economía carecía del tamaño y del dinamismo que la hicieran siquiera comparable con la de EUA, y mucho menos con la del campo capitalista considerado en su conjunto. La aventura en Afganistán sería para la URSS mucho más costosa en términos relativos que lo que fue Vietnam para EUA.

Los servicios de “inteligencia” de EUA nunca detectaron a tiempo la *debilidad intrínseca de la economía de la URSS*. Fueron despistados por los grandes números de la propaganda soviética. Sería sólo la intuición de Ronald Regan —y tal vez algún asesor distinto de la CIA— la que se percataría de que no podrían soportar una presión adicional de la “carrera armamentista” de la era espacial; y esto sí lo sabían los especialistas de la KGB y disidentes ilustrados como Andréi Sájarov.

De la unipolaridad económica y bipolaridad militar en beligerancia latente perpetua a la unipolaridad económica y militar

Al término de la Segunda Guerra Mundial EUA emergió ante el mundo como la potencia preponderante en lo económico y como parte de un binomio militar bipolar con la URSS. *La unipolaridad económica* era la resultante inevitable de la propia Segunda Guerra Mundial. Si bien EUA había volcado su gran economía hacia la producción bélica, la economía de guerra llegó a representar un máximo de 50% del PIB. Dada la celeridad con la que las fuerzas desplegadas en los teatros de combate retornaron a casa bajo la exigencia del pueblo y el Congreso del país, el proceso de reconversión hacia la economía de paz pudo ser bastante acelerado (esto, a propósito, tuvo consecuencias negativas para México, en tanto este país se había beneficiado de la transferencia de instalaciones industriales básicas hacia su territorio durante el periodo bélico, así como de cuantiosas inversiones directas, todas las cuales retornaron nuevamente a su país para la reconversión hacia la paz). Con ello se iniciaría el prolongado periodo de prosperidad acelerada, con breves y moderadas interrupciones cíclicas, que duraría hasta los años setenta.

Todas las demás economías habían sido arrasadas por la guerra, con la sola excepción de la británica cuya industria había sido afectada mínimamente por los bombardeos alemanes —dirigidos éstos principalmente hacia la población civil— pero que inevitablemente había entrado en rezago tecnológico frente a la de EUA. La industria francesa,

sobretudo la pesada, había sido usada por los alemanes y estaba relativamente intacta, pero también en atraso tecnológico y descapitalizada. Las dos principales ciudades industriales de Japón (Hiroshima y Nagasaki) que habían sido convertidas a la guerra, fueron destruidas por las bombas atómicas y la de Tokio por los incendios. La URSS contaba con una economía emergente de alto ritmo de crecimiento antes de la guerra, pero fue víctima de la destrucción deliberada por los ejércitos ruso y alemán, en sus respectivas retiradas: hacia adentro en el caso ruso y hacia afuera en el caso alemán. O sea, la gigantesca economía de EUA se topó en la posguerra con un enorme mercado potencial a su disposición, el cual se hizo efectivo en gran escala con el Plan Marshall de reconstrucción.

Para hacer efectivo lo anterior hasta sus últimas consecuencias, se requería abrir los mercados que se habían cerrado durante el periodo de entre guerras y por la guerra misma con base en barreras arancelarias y no arancelarias y regímenes de control de cambio; de todo género. La tarea inmediata a realizar era poner en marcha la demolición de todas esas barreras (“Puertas Abiertas”, hubiese dicho Teddy Roosevelt) para lo cual se activó el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (el GATT, según sus siglas en inglés) y posteriormente el Fondo Monetario Internacional (FMI). Los acuerdos de Bretton Woods crearían las instituciones que se encargarían de financiar la reconstrucción y reactivación de la economía internacional, la ordenación y regulación de los regímenes monetarios y de cambios y la eliminación de las barreras al comercio, todo ello bajo el liderazgo de EUA. Se abriría así una nueva era de crecimiento económico para todos los países que desearan participar de conformidad

con las reglas acordadas. La economía de EUA era la líder indiscutida, representando cerca del 50% del PIB mundial a principios de los años cincuenta. El dólar (moneda fiduciaria de cambio oro) se convertiría en el referente de reserva de todo el sistema monetario y fiduciario internacional, confiriéndosele a EUA la excepcional ventaja del *señoraje*. Se estableció así una situación de unipolaridad económica a escala mundial.

En el ámbito militar, los respectivos ejércitos y estructuras militares de EUA y la URSS habían quedado intactos al término de la guerra, a diferencia de los correspondientes a todas las demás naciones que participaron en la misma. A partir de la detonación de las bombas nucleares en Hiroshima y Nagasaki, ante el espanto y asombro de toda la humanidad, EUA adquiriría una primacía en esta materia fundamental. Sin embargo, la URSS emergía como la primera potencia terrestre, con mayores efectivos de superficie, tanto en términos de tropas como de equipos de combate. EUA, por su parte, emergía como la primera potencia en el aire y en el mar y como la única en armas atómicas.

Cada una de las dos potencias se pertrecharon con sus respectivas alianzas militares multinacionales: la OTAN (seguida por la Organización del Tratado del Sureste Asiático (SEATO)) y el Pacto de Varsovia. Dos pactos militares territoriales e ideológicos, que representaban concepciones doctrinarias mutuamente reconocidas como antitéticas: capitalismo frente a socialismo. Se creaba de esa manera —habida cuenta de los respectivos posicionamientos como promotores de la paz— *una estructura mundial militar bipolar en estado latente de beligerancia perpetua* que permanecería

como tal hasta el año 1989 con la implosión de la URSS: la Guerra Fría, la Contención y la Détente.

Las armas nucleares introducirían un elemento diferenciador del diseño original anterior a partir de que la URSS realizó su primera prueba nuclear en 1949; de las primeras pruebas de bombas de hidrogeno realizadas por EUA en el océano Pacífico, y de la certeza generalizada de que pronto la URSS desarrollaría lo propio, las dos potencias preponderantes tendrían que desarrollar formas de relación que crearan seguridades básicas de que no habría una guerra nuclear ni por accidente ni por diseño deliberado. Esto como un imperativo categórico, exigido y demandado por todos los individuos y organizaciones conscientes de la humanidad, de que las armas en cuestión creaban la posibilidad de aniquilación del género humano.

La ONU a cuya creación tanto empeño habían dedicado los dos grandes dirigentes americanos del siglo xx (W. Wilson y F. D. Roosevelt) así como muchos de los más ilustres líderes mundiales, y la propia URSS, a pesar de su amplio diseño para la atención de los temas fundamentales comunes a la humanidad, tendría que dedicar una alta proporción de sus energías durante gran parte de sus primeros años de existencia a las tareas de evitar la guerra y a la preservación de la paz (preeminentes en su mandato de creación) sobre todo en presencia de las armas de exterminio en masa que la ciencia moderna había hecho posibles. Afortunadamente, debido a estos empeños de la ONU y la adquisición de conciencia por parte de los pueblos del mundo y aún por los dirigentes de las dos potencias de la bipolaridad, se logró la firma, entre muchos otros de tres tratados fundamentales: el Tratado de no Proliferación de las Armas Atómicas, el

Tratado de Reducción Concertada de los Arsenales Nucleares y el Tratado de Reducción Concertada de proyectiles Defensivos, ante ataques nucleares (START) para crear la situación horriblemente denominada como MAD: *Mutually Assured Destruction*.

Desde una perspectiva irónico-dramática (con probabilidades de trágica) esta era de la bipolaridad atómico-militar, que abarcó a dos generaciones de la humanidad, puede ser calificada como una época relativamente estable, con niveles de incertidumbre acotados, en tanto los peligros que corrió la humanidad llegaron a ser conocidos y reconocidos por todos, y las posiciones, propósitos y aspiraciones de las potencias en estado latente de beligerancia estuvieron también claramente determinados. Con ello, sus esferas de influencia quedaron congeladas y de una manera perversa determinaron y deformaron las posibilidades de actuación de muchas naciones, que vieron de esa manera angostados rigurosamente sus márgenes de libertad y sus opciones de desarrollo.

Un hecho de importancia dramática durante este periodo fue la aventura soviética de emplazamiento de proyectiles nucleares de medio alcance en territorio cubano, en el período de 1961-1962, durante la administración del presidente J. Kennedy, que colocaría a la humanidad en el punto más cercano a un enfrentamiento nuclear entre las dos potencias, respecto del cual las incidencias ocurridas a lo largo de su desarrollo son ya en extremo conocidas. El emplazamiento mismo tenía en primer término dos significados de extrema importancia desde la perspectiva estadounidense: la constatación de un posicionamiento soviético amenazante directo contra el territorio y la población de EUA, considerados

hasta entonces sacrosantos e inexpugnables por parte de la URSS; aunque desde la perspectiva soviética no fuera más que una compensación a los emplazamientos norteamericanos en Turquía y un apoyo a su minúsculo y débil protegido que era Cuba; y segundo, la incorporación definitiva de Cuba a la esfera soviética dentro del perímetro primario de seguridad de EUA. La actitud adoptada finalmente por el presidente Kennedy habría de jugar un papel fundamental en todo lo que siguió en materia de acuerdos soviético-estadunidenses en materia nuclear, en tanto resultó clara la determinación de los estadunidenses de llegar a la confrontación nuclear en caso de ser necesario. Desde el punto de vista cubano se tradujo en una garantía de no ser invadidos, como ya se había anunciado en el ridículo incidente de Bahía de Cochinos, por EUA.

Otro acontecimiento de primera importancia durante este tiempo estuvo compuesto por dos eventos en inmediata sucesión: primero, la admisión de la República Popular China como miembro de la ONU por su Asamblea General, en diciembre del año 1971 por una amplia mayoría, con la oposición de EUA y el apoyo de numerosos países en desarrollo, de manera destacada el de México que fue el definitorio. Segundo, la visita del presidente Nixon a China en febrero del año 1972, después de un proceso preparatorio de varios meses ampliamente descrito por Henry Kissinger (1995); de esta suerte, la dirigencia de EUA aceptaba y ponía en práctica la Teoría de la Convergencia postulada y promovida por intelectuales progresistas como Norman Mailer y John Kenneth Galbraith; abría la posibilidad de diversificar la mesa de las potencias de primer orden, y al mismo tiempo

abría también un enorme espacio de potencialidades de mercado para la industria y el capital de EUA.

Con la incorporación de la República Popular China (RPCH) a la comunidad mundial de naciones, como potencia atómica que ya era para entonces, en tanto nación socialista y también en calidad de la nación más populosa del planeta, con su propia agenda de desarrollo económico y social y de política exterior, se modificó automáticamente el balance de poder global. La RPCH pasaría a formar parte del Consejo de Seguridad de la ONU, cuya membresía llegaba así a cinco potencias nucleares con derecho de veto respecto a propuestas y resoluciones de la Asamblea General y en el propio Consejo de Seguridad que tengan implicaciones para la seguridad global y los intereses estratégicos de cada uno de los cinco miembros. La modificación del balance sería aun mayor cuando a partir del año 1979 —ya fallecido el presidente Mao (1976) y reincorporado al mando Deng Xiao Ping— la RPCH se integra a los mercados internacionales de bienes, servicios y capitales y decide así modificar su modelo de economía política hacia uno de economía socialista de mercado, con régimen político monopartidista. De esta suerte, se pone en marcha un acelerado proceso de cambio de las estructuras y flujos de los mercados mundiales que continua hasta la fecha. La nación china había vivido 3 mil años de autonomía ininterrumpida que encontró una solución de continuidad con el desplome de la dinastía Manchú y la consiguiente intervención de las potencias colonialistas tradicionales, acompañadas por EUA, éste en flagrante contradicción con sus principios fundacionales y su carácter de imperio nuevo y moderno. El Partido Comunista Chino, y en particular el presidente Mao, y obviamente sus sucesores,

se consideraban a sí mismos, y así se manifestaban, como herederos de aquella tradición milenaria de autonomía.

La incorporación de la RPCH al concierto mundial se manifestó como una extraordinaria innovación en la estructura y dinámica del mismo: las dos tradicionales potencias colonialistas europeas, dotadas de armamento atómico por decisión y gracia de EUA en tanto actores de contención ante la URSS en el teatro europeo; la URSS como potencia socialista con régimen económico y político centralista y potencia atómica equivalente a la de EUA; éste con su economía abierta y preponderante a escala planetaria y poseedor de la tecnología militar más avanzada y dinámica del mundo; y la RPCH, con su gigantesco territorio y su enorme población relativamente estacionaria, su régimen económico socialista de mercado (de capitalismo de Estado según la preferencia de algunos autores; véase al respecto *The Economist*, suplemento...) su régimen político monopartidista y su condición de potencia atómica y militar en acelerado proceso de crecimiento.

Por otra parte, la era de la *Guerra Fría* y la *Détente* había vivido una fundamental modificación de la estructura del poder económico internacional con el desarrollo acelerado que experimentaron las naciones de Europa Occidental y Japón, como consecuencia de la reconstrucción de posguerra y el Plan Marshall puestos en juego por EUA. En Europa, la creación y desarrollo de sus arreglos comunitarios —la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, el Mercado Común Europeo, la Comunidad Económica Europea y finalmente la Unión Europea— habrían de establecer al espacio de Europa como una potencia económica equivalente a la de EUA, con Alemania como país líder. Asimismo, Japón, por

sí solo, se posicionó como la segunda economía nacional del mundo, con una potencia industrial sólo superada por la estadounidense.

Durante los años setenta dos acontecimientos habrían de ejercer una influencia determinante en el panorama estratégico internacional y, en particular en las percepciones acerca del mismo por parte del imperio norteamericano: el embargo petrolero impuesto por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y la llegada al poder en EUA de una corriente doctrinaria opuesta al consenso nacional que había dominado desde la primera presidencia de F. D. Roosevelt. En el primer caso, el embargo petrolero en el año 1973 pondría en evidencia una fragilidad estratégica de EUA y de todo el bloque occidental en cuanto a sus suministros de energía en el horizonte de mediano y largo plazo, tanto por la declinación de las reservas disponibles en EUA como por el alto peso específico que tenían en la oferta mundial la URSS y las naciones islámicas del Medio Oriente (a las cuales se sumaría Irán a partir del derrocamiento del Sha Reza Pahlevi en el año 1979). Esto demandaba el urgente diseño de una política energética conjunta y una nueva concepción del conflicto geopolítico y estratégico en el Medio Oriente; en este caso el presidente Carter se anotaría un triunfo con la firma del acuerdo de paz entre Egipto e Israel en el año 1979; en este año también acordaría con Panamá la entrega de la soberanía sobre el canal y además triunfaría la Revolución Sandinista en Nicaragua.

En el segundo caso, en el periodo 1979-1982 ocurrió un cambio político fundamental en EUA: primero, la llegada a la presidencia del Sistema de la Reserva Federal (SRF) del conservador Paul Volker, para hacerse cargo del ya prolongado

problema de “estanflación” que padecían EUA y toda la economía internacional; y segundo, el amplísimo triunfo electoral de Ronald Reagan al frente de una nueva coalición conservadora radicalmente opuesta al consenso del New Deal. El gobierno no es la solución —diría R. Reagan— “es el problema”. Reagan no era contrario a la política social y de derechos civiles pero sí a la intervención del Estado en la economía. Atacó con eficacia el crecimiento del gasto y el déficit público, los cuales aumentó severamente, *sin incurrir en contradicción* en tanto estableció la “doctrina” de que la defensa no constituía gasto público, la cual más tarde aprovecharía J. W. Bush para Afganistán e Iraq (“defence is not a budget ítem”). P. Volker provocó una severa recesión al elevar drásticamente las tasas de interés y restringir el crédito para estabilizar la economía e inició, junto con el Tesoro la desregulación del sistema financiero, la que después A. Greenspan llevaría a sus últimas y desastrosas consecuencias. R. Reagan aumentó los impuestos ante el crecimiento del déficit que la recesión y él mismo provocaron. Abrazó en forma acrítica la supuesta *doctrina económica de la oferta*, para la que consiguió numerosos y conspicuos adeptos en el ámbito internacional.

En cuanto a la *gestión del imperio*, acuerpado por una amplísima e intensa campaña propagandística de la derecha republicana y el complejo militar-industrial, empeñada en crear la idea de una “real y amplia superioridad militar de la URSS”, Reagan se lanzó desde el inicio a una acelerada expansión del gasto militar —adicional a la carrera armamentista que se puso en marcha desde la administración Eisenhower en todas las potencias miembros de la OTAN, incluida Alemania, al término de la guerra en Corea— la que

llegaría a su máxima expresión con la Iniciativa de Defensa Estratégica, popularmente denominada *Star Wars*: “la fuerza está con nosotros”, diría jocosamente en una ocasión. A resultas de ello, el déficit fiscal anual promedio de sus ocho años en la Presidencia sería de 211 mil millones de dólares (frente a un promedio de 54 500 millones de dólares durante el gobierno de J. Carter) y el gasto federal total se duplicaría a 1.14 billones para 1989 (Kennedy, 2008). Los soviéticos de inmediato manifestaron su alarma ante una estrategia que “era contraria a los acuerdos existentes”. Más alarmante aún porque ellos ya se habían embarcado, en diciembre del año 1979, en la ruinosa y al final fracasada aventura de tomar Afganistán, como reacción precipitada a la revolución iraní.

La enorme y creciente presión de gasto que implicó la ocupación de Afganistán y la también enorme y creciente carga de sostener el mismo paso de gasto militar de EUA se agregaron a *las muy graves y profundas deficiencias de la economía política soviética*: absoluta centralización de las decisiones económicas básicas, bajo un sistema de planificación burocrático, detallista y corrupto, basado en alta proporción en volúmenes físicos en lugar de valores económicos; agricultura colectivizada sin incentivos económicos autónomos; industria con tendencia al gigantismo y refractaria al cambio tecnológico por falta de incentivos apropiados y aún de posibilidades físicas y prácticas de adopción; sector de servicios burocratizado y altamente ineficiente; falta absoluta de valoración del capital natural gigantesco de su territorio y, por ende, sometido a tasas muy altas de depredación; ausencia de interrelación entre el formidable sistema científico del país y sus sistemas productivos (con excepción del área militar, en todo caso

sometida a niveles y formas paranoicas de secrecía); niveles insostenibles de subsidiación de los servicios básicos, difíciles de modificarse dada la pobreza general de la población; niveles insostenibles de subsidiación a los países satélites de Europa Oriental, entre muchas otras. La URSS había asombrado al mundo durante las primeras décadas formativas por su altísimo crecimiento y había incluso alarmado a las potencias occidentales, incluidos sus sistemas de “inteligencia”. Los brillantes éxitos soviéticos en la “carrera espacial” eran producto de un sistema aislado de la economía general y sujeto a secrecía extrema (un mal similar aquejaba al programa de EUA hasta que Ronald Reagan lo ventiló). El éxito asociado al *Sputnik* y su secuela —con sus muy importantes implicaciones en materia de cohetería militar de alcance global— le nublaron la mente a Nikita Jrushchev, al punto de presumir una ilusoria superioridad científica, militar e industrial sobre EUA.

La implosión de la URSS nada tuvo de sorprendente a la vista de la disfuncionalidad de su sistema económico, producto de un sistema político asfixiante en todos sentidos y como consecuencia su presencia imperial en Europa Oriental, el Cáucaso y Asia Central tenía inevitablemente que colapsarse. De hecho era tal la única posibilidad de sobrevivencia de la nación imperial rusa de la época zarista. En tales circunstancias, y previo cambio generacional en la dirigencia soviética con M. Gorbachov a la cabeza, en 1989 sería derruido el emblemático muro de Berlín, ante la complacencia de las autoridades soviéticas y aun de las de la República Democrática Alemana (con gruñidos muy sonoros). A final de cuentas la URSS habría de reducirse el todavía inmenso territorio con la denominación de Federación Rusa,

con lo cual también saldrían de su égida territorios europeos que habían permanecido dentro del Imperio zarista como fueron Ucrania, Bielorrusia y las repúblicas bálticas, y algunas caucásicas como fueron los casos de Georgia y Armenia. Además, se disolvió con relativa rapidez y en etapas sucesivas la República Federal Yugoslava, la que había sido durante los años de la *Guerra Fría* fundamentalmente autónoma de la URSS y hasta entonces un ejemplo de convivencia de pueblos con identidades diversas y aun con convicciones religiosas distintas.

Con lo anterior concluye la vida de la URSS y con ello la época de la *Guerra Fría* y de la Détante y termina el mundo bipolar de la posteridad de la Segunda Guerra Mundial, para pasar a una nueva época de predominancia absoluta de EUA como potencia militar y como imperio moderno, capitalista y democrático en su vida interna.

La unipolaridad militar y la proveeduría de seguridad internacional

Al iniciarse la década de los noventa EUA emergió como la potencia militar dominante a escala global, no solamente por el volumen y avance tecnológico de sus fuerzas armadas y equipos de combate sino como la única capaz de transportar efectivos de guerra hasta los últimos confines del planeta y hacerlo con gran celeridad. Por ello, de inmediato se habló de la transformación de la escena internacional global *en un mundo unipolar* con EUA como eje único del mismo, si bien esta denominación valía exclusivamente en el orden militar estratégico. EUA asumía en estas condiciones, de manera definitiva, el papel de *proveedor de seguridad a escala*

regional y global, en principio con apelación al enfoque de coaliciones de fuerzas de diversos países, bajo la cobertura de la Carta de la ONU y por acuerdo del Consejo de Seguridad de la misma, y declaradamente *nunca* —tal como lo habían establecido reiteradamente los presidentes W. Wilson y R. Reagan— y mucho menos en términos de *unilateralidad preventiva*. Como es de suponerse, en este tipo de casos el primer asunto a resolver es el de la integración de las diversas fuerzas participantes, para lo cual, al menos en el caso de la OTAN existen ya procedimientos establecidos.

EUA y la comunidad internacional se toparían de inmediato de bruces con el primer caso de una agresión flagrante que debería resolverse. Tal sería el caso de la invasión que realizó el régimen de Saddam Hussein en Iraq sobre el territorio de Kuwait. Le tocaría al presidente G. W. H. Bush encabezar las tareas políticas y militares para confrontar y resolver la agresión, prohibida expresamente por la Carta de la ONU y diversos tratados internacionales. Los mecanismos internacionales previstos por la Carta de la ONU se pusieron de inmediato en acción y en el año 1991 se declararían la guerra del Golfo por parte de la coalición formada por la comunidad internacional y encabezada por EUA. El presidente G. W. H. Bush era un profundo conocedor de las normas internacionales involucradas en la responsabilidad que le había tocado asumir, como miembro destacado de la Comisión Trilateral, director general de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y vicepresidente de EUA durante los ocho años de Reagan, gracias a lo cual tuvo sumo cuidado de que todo se manejase de conformidad con tales normas, empezando por la definición del *casus belli* —que no ofrecía ninguna dificultad— la aprobación de la acción colectiva por

parte de la ONU, la formación de la coalición, la puesta punto de los efectivos militares de EUA y la emisión del ultimátum de rigor al régimen de Saddam Hussein para que se retirase de inmediato del territorio kuwaití. La guerra fue rápida, eficiente, cruenta como todas y concluyó con pulcritud cuando todas las fuerzas iraquíes habían sido expulsadas bien adentro de su territorio. Cumplido el propósito, los ejércitos de la coalición se retiraron del territorio de Iraq con prontitud, dejando en Kuwait los efectivos necesarios para evitar una repetición. Con esta historia se establecería un precedente de cómo deben realizarse estas acciones colectivas en beneficio de la paz y la soberanía de las naciones.

Durante los años noventa le tocaría al presidente William Clinton armar coaliciones bajo la égida de la ONU para auxiliar en la solución de problemas en África y muy especialmente en el horrendo conflicto de los Balcanes.

Durante la década de los noventa, después de superada una recesión económica moderada, heredada de la administración Bush, la economía norteamericana experimentaría un largo periodo de crecimiento económico acelerado a tasas que no se habían visto durante todo el periodo de la posguerra. Fueron evidentes los esfuerzos de la administración Clinton por jugar el papel de la unipolaridad con apego a los principios establecidos originalmente por el presidente W. Wilson y plasmados en la Carta de la ONU. Al mismo tiempo, después de realizada una importante reforma fiscal, basada en mayor tributación para el 10% más rico de EUA, pondría en juego una política social tendiente a revertir el deterioro de la distribución del bienestar ocurrido durante la década anterior, aunque sin haber logrado una reforma a fondo del régimen de seguridad social y de salud del país. Gracias a

las elevadas tasas de crecimiento económico, la creación de empleos llegó a niveles nunca vistos en los 40 a 50 años anteriores, con lo cual el nivel de bienestar promedio de la población aumentó apreciablemente. No obstante, y dado el enfoque ecléctico de Clinton hacia el conservadurismo económico, y puesta la gestión de la economía en manos de representantes de la banca, la desregulación de la misma fue llevada a sus últimas consecuencias por el SRF en manos de A. Greenspan y por el Departamento del Tesoro en manos R. Rubin; se generaría una primera burbuja especulativa basada en la difusión de las tecnologías de la información, que estallaría a finales de la administración e inicios de la siguiente y, al mismo tiempo se sembraría la semilla de la siguiente burbuja especulativa basada en las hipotecas y la difusión de los derivados financieros, la que estallaría entre los años 2007 y 2008, con atroces consecuencias para más de la mitad de la población.

De la unipolaridad a la multipolaridad económica y política, con unipolaridad estratégica

Como consecuencia de los acontecimientos de las últimas décadas del siglo XX, el panorama estratégico internacional adquirió una fisonomía distinta de la que se conformó durante el periodo de entreguerras mundiales, en buena parte como consecuencia de las decisiones y acciones del Imperio Nuevo y Moderno representado por EUA; entre sus principales características destacan la primacía absoluta de EUA en el plano militar estratégico global, una multipolaridad en el orden económico en la que EUA es “*primus inter paris*” junto con la Unión Europea, China, Japón, ASEAN y un conjunto laxo,

sin vínculos formales significativos, constituido por varias naciones “emergentes”: Rusia, India, Brasil, Corea, Sudáfrica y México, más un conjunto de importantes proveedores de materias primas minerales, alimenticias y energéticas: Canadá, Australia, Chile, Perú, Venezuela, Colombia, Arabia Saudita, Irán, Iraq y Argentina.

En el orden de la seguridad se supone que el riesgo de una confrontación nuclear es nula y que la probabilidad de una nueva guerra mundial es poco menos que baja. Los riesgos de confrontaciones regionales son, en cambio, elevados. Existen algunas beligerancias latentes de vieja data como son los casos del Medio Oriente, India-Paquistán, Asia Central y los mares de Japón y China, sin descontar los numerosos casos de Africa y la región caucásica (Barnett, 2004). En esas condiciones, EUA ha asumido el papel imperial de *policía global*, en lugar de los “Cuatro Policías” que planteaba F. D. Roosevelt al final de la Segunda Guerra Mundial en el teatro europeo. En ausencia de las definiciones estáticas de la Guerra Fría, la identificación del interés nacional (imperial) de EUA resulta mucho más fluida. En una era de globalización (aún inconclusa, si es que algún día pueda llegar a serlo) el interés nacional de EUA “radica primariamente en la extensión de la *conectividad económica global*. [Ésta] beneficia económicamente a América al incrementar su acceso a los bienes y servicios del mundo al tiempo que promueve su exportación de los mismos” (Barnett, 2004). Esta nítida definición coincide plenamente con nuestra caracterización previa del Imperio Nuevo, sólo que el autor en comento pasa por alto la capacidad de esta economía de dimensión continental de especializarse en prácticamente todo vía la especialización de sus numerosas regiones y ciudades con

amplia generación de economías de aglomeración y externas de localización, conforme a los paradigmas de la Nueva Economía Espacial (Fujita, *et al.*, 2000). En esta misma tesitura se encontrará ubicada China dentro de no más de 20 años: con su economía de dimensión continental, con múltiples especializaciones regionales y una apremiante necesidad de mercados abiertos a escala global y/o un *hinterland* regional, con líneas de navegación y comunicación abiertas y seguras, y ello inevitablemente planteará necesidades de sistemas de seguridad de alcance regional y global.

En un escenario de conectividad económica global se torna más ingente la necesidad de un sistema de reglas de seguridad equitativas y de instituciones globales encargadas de implementarlas con equidad. Entre las aproximadamente 200 naciones existentes en la actualidad se presenta un amplísimo abanico de capacidades para funcionar con economías abiertas, por lo que las reglas tienen que diseñarse y aplicarse a partir de dicha realidad.

A partir de finales de la década de los ochenta del siglo pasado, EUA, instalado en una tesitura imperial a la antigua, se embarcó en la implantación forzada de un conjunto de reglas de gobernanza económica que fue conocida como el Consenso de Washington. Forzada a través de instituciones multilaterales como el Banco Mundial (BM), el FMI y la banca comercial, y de inversión internacional sobre países que carecían de la madurez económica y política para adoptar tales reglas en su totalidad, y mucho menos en forma súbita, dando lugar a dañinas crisis económicas en América Latina (México, Brasil y Argentina, entre otros) y en Asia (Malasia, Tailandia Corea, entre otros) y terminarían provocando la Gran Recesión en EUA y después en toda la

economía mundial. Esto ha puesto en evidencia la necesidad ingente de una *gobernanza multilateral neutral y equitativa* en correspondencia a la diversidad que caracteriza a la comunidad internacional.

Durante los últimos tres lustros ha habido una intensa discusión en los medios de seguridad de EUA acerca del tipo de fuerzas armadas y equipamiento que debe mantener el país, habida cuenta de sus responsabilidades y riesgos nacionales y globales, así como de sus capacidades económicas en perspectiva de mediano plazo y de las posibilidades de construir un verdadero sistema cooperativo global que vele por la seguridad de todos. El debate se nubló a partir de la tragedia del 11 de septiembre del año 2001 y sobre todo a partir de la decisión de la administración del presidente J.W. Bush de lanzarse unilateralmente a una “guerra preventiva” cuyo *casus belli* era punto menos que inexistente, enormemente costosa en vidas —propias y ajenas— y tesoro, que volvería a dividir a la nación y le causaría grande daño a su prestigio internacional como líder de la Alianza Occidental y proveedor de seguridad global².

² A propósito del debate interno véase Barnett, 2004, Kennedy, 2008, Mahbubami, 29 mayo de 2013, y Moisi, 27 mayo de 2013.

Disfuncionalidad de las instituciones de Bretton Woods

Como quedó dicho antes, apenas concluida la Segunda Guerra Mundial en el teatro europeo y bajo el liderazgo de EUA y de notables economistas británicos —notablemente John Maynard Keynes— como resultado de las conferencias realizadas en Bretton Woods, la comunidad internacional creó dos instituciones que jugaron un papel protagónico en la conducción de la economía internacional: el FMI y BM. La primera de ellas con la misión de proveer financiamiento suplementario a los gobiernos nacionales de los países miembros y crédito de última instancia a los bancos centrales de los mismos, con el propósito de estabilizar sus balanzas de pagos y sus monedas nacionales. La segunda institución, el BM, tendría la misión fundamental de contribuir en una fase inicial a la reconstrucción de las economías destrozadas por la Segunda Guerra Mundial y, a largo plazo al desarrollo económico de los países que se encontraban en condiciones de atraso, en referencia a los países industrializados, con énfasis especial en las naciones que paulatinamente fueran liberándose de la dominación colonial. Además de estas dos instituciones se creó el GATT con la misión fundamental de contribuir, mediante procedimientos consensuales y parlamentarios, a la demolición de las barreras artificiales y excesivas, arancelarias y no arancelarias al comercio internacional que se habían erigido en el periodo de entreguerras mundiales y durante la Segunda Guerra Mundial; y durante el periodo de entreguerras se había creado la Organización Internacional del Trabajo (OIT) bajo la tutela

de la Liga de las Naciones, con la mira de contribuir al establecimiento de principios de equidad en los mercados laborales nacionales y en los movimientos internacionales de trabajadores.

El capital de las dos instituciones económicas (el FMI y el BM) se constituyó con base en las proporciones relativas del PIB de los países miembros. De esta suerte, los países industrializados tuvieron hasta hoy el mayor poder de voto. Incluso dentro del marco de la Alianza Atlántica se estableció un “acuerdo de caballeros” entre EUA y los países europeos para que el presidente del BM fuese estadounidense y el del FMI europeo. En parte como resultado de la actuación de estas dos instituciones, la economía internacional vivió una era de alta prosperidad y relativa estabilidad durante las casi tres décadas transcurridas hasta los años setenta del siglo pasado. Sin embargo, las crisis de balanzas de pagos y cambiarias —responsabilidad del FMI— sufridas por los países atrasados y en desarrollo fueron muy frecuentes. Las políticas de ajuste y reestructuración que siguió el FMI durante toda esta época dejaron mucho que desear en tanto que casi nunca aportaron fondos suficientes para sufragar los ajustes e impusieron normas que casi nunca se compadecieron de las circunstancias específicas y estructurales de cada caso; con ello impusieron tensiones y sacrificios exageradamente costosos para los países involucrados. En términos generales puede decirse que el FMI careció de la necesaria autonomía intelectual respecto a sus socios principales, al parecer más interesados en disipar las turbulencias que en analizar con cuidado y equidad la problemática real de los países en crisis.

Por su parte, en términos generales, el BM hizo contribuciones muy importantes a la construcción de

infraestructura económica básica en los países atrasados y en desarrollo mediante financiamientos a largo plazo, con tasas de interés razonables y aun con periodos de gracia generosos. Se dio el caso, sin embargo observado críticamente a partir de los años setenta, de muchos países para los que la transferencia neta de recursos por parte del BM se volvió negativa. Esto en buena parte a resultas de la poca consideración otorgada a las prioridades nacionales de los países más débiles y a la necesidad de atender primero la creación de bases materiales e institucionales generadoras de desarrollo a largo plazo. Durante muchos años el BM tuvo un grado apreciable de autonomía intelectual que empezó a perder a partir de los años setenta, hasta carecer de ella por completo con la imposición de parte de EUA y algunos países europeos del tristemente afamado Consenso de Washington (para una crítica de las políticas de financiamiento del BM véase Easterly, 2002).

En años recientes se ha puesto de manifiesto, cada vez con mayor claridad y a pesar de las promesas en sentido contrario, la disfuncionalidad de la estructura de poder para la determinación de políticas y la toma de decisiones tanto en el FMI como en el BM, respecto a la verdadera estructura de participación en el PIB mundial, ya sea entre países desarrollados como entre éstos y los países emergentes y en desarrollo. Este fenómeno se manifestó de manera creciente a paso y medida en que la Comunidad Económica Europea y Japón aumentaban su peso económico internacional y, posteriormente, conforme los hoy llamados países emergentes hacían lo propio. Este fenómeno se agudizó en años recientes con la aceleración del crecimiento económico de China, la India y los países exportadores de materias

primas minerales y energéticas. Como consecuencia, hoy el PIB de EUA escasamente representa 20% del mundial.

Por lo que respecta al FMI, la emergencia de la Gran Recesión iniciada en EUA entre los años 2007-2008, que ya ha afectado a todo el planeta, puso en evidencia la insuficiente capitalización del organismo, con mayor agudeza en tanto que por primera vez en la historia, han coincidido crisis bancarias y de balanza de pagos de países desarrollados y países en desarrollo. Es justo reconocer que ha habido importantes cambios en la filosofía económica del FMI en años recientes y que se han hecho esfuerzos de recapitalización que, desafortunadamente resultaron insuficientes. No obstante, en tales condiciones el FMI no puede cumplir su papel como institución neutral generadora de liquidez no comercial internacional.

Lo más trascendente es que no se le haya permitido al FMI —incluso con los cambios necesarios en su carta constitutiva— jugar el papel que le corresponde para iniciar un proceso de definición e implantación de un nuevo sistema de gobernanza económica internacional. Esto ha sido en buena medida resultado de la decisión de EUA para continuar llevando la batuta en esta materia y, en última instancia, mantener su privilegio del señoreaje con el dólar como moneda de reserva mundial, cuando el tamaño de la economía norteamericana ya no lo justifica. Hasta ahora se ha acudido a subterfugios como el G7, el G8, G10 y el G20; agrupamientos que hasta ahora carecen de la suficiente base de representatividad de la comunidad internacional, cuyos acuerdos no son vinculantes y, en el mejor de los casos pueden producir una mezcla promediada de los intereses

de los agrupados y no necesariamente la solución de fondo y de largo plazo que la economía mundial requiere.

En cuanto a la liberación del comercio internacional, bajo la égida del GATT y siempre el liderazgo de EUA (“Puertas abiertas”, decía T. Roosevelt), mediante una sucesión de rondas de negociación orientadas al abatimiento de las barreras arancelarias y no arancelarias para el comercio de bienes se logró un avance bastante significativo en dicha materia, quedando pendiente todavía la liberación de los productos agropecuarios y de una proporción muy significativa de los servicios. El GATT sería finalmente remplazado por la Organización Mundial de Comercio (OMC), la cual ha sufrido el mismo destino de otros organismos multilaterales al ser circunvalada, principalmente por EUA, a partir del fracaso del proceso de Doha, con base en acuerdos y tratados bilaterales y/o regionales, como son los acuerdos bilaterales de EUA con países latinoamericanos, asiáticos y africanos y de las iniciativas de tratados transatlántico y transpacífico, con EUA como líder de las mismas. De esta suerte, la OMC tiende a ser reducida al papel de foro para dirimir querellas legales entre los miembros.

Influencia declinante del sistema de la ONU

Uno de los éxitos más notables de la comunidad internacional durante el siglo XX fue la creación, primero de la Liga de las Naciones y después de la ONU, bajo el liderazgo de EUA representado por los presidentes W. Wilson y F. D. Roosevelt, quienes pusieron en juego en forma iluminada el poder imperial desarrollado por EUA, para organizar a la comunidad de las naciones, con los propósitos de: preservación de

la paz entre ellas; difusión de la vigencia de los derechos humanos fundamentales; impedir el uso de la fuerza y la agresión para dirimir asuntos entre las naciones; preservar la soberanía de los pueblos y los valores de sus culturas; propiciar el desarrollo económico y social de las naciones en condiciones de equidad; preservación del capital natural de la humanidad y del medio ambiente en el planeta, entre otros.

Llama la atención que siendo el *excepcionalismo americano* el timbre de orgullo fundamental de EUA y el elemento definitorio del carácter novedoso e históricamente innovador de su condición imperial y siendo la ONU una de sus criaturas fundamentales, la política exterior de esta nación haya tendido a menospreciar a dicha gran organización con el subterfugio contradictorio y paradójico de que en la ONU prevalece la *dictadura de las mayorías*. Para lamentación de la comunidad internacional, la Liga de las Naciones se crearía en el ambiente beligerante de principios del siglo XX, aunque ese mismo ambiente hizo ver la necesidad de una institución de esta naturaleza y produjo la aceptación a la propuesta iluminada del presidente Wilson. En el diseño original de éste se contemplaba ya la figura del Consejo de Seguridad como mecanismo práctico para la toma de decisiones en esa materia. La otra circunstancia desafortunada fue que la ciencia moderna pariera las armas nucleares, cuya existencia convertiría al Consejo de Seguridad en un club exclusivo de potencias nucleares sin representación de la humanidad (los Cuatro Policías de F. D. Roosevelt) y con derecho de veto. Se ha procurado ampliar la membresía del Consejo de Seguridad con miras a enriquecer su representatividad, sin que hasta ahora ésta sea suficiente ni haya eliminado el ejercicio del veto de las potencias nucleares (las que, por cierto no son

todas las que están ni están todas las que son). El ingreso de China al Consejo mejoró un poco la situación no tanto por su poder nuclear como por la inmensa humanidad a la que representa; pero en todo caso el Consejo no representa las realidades geopolíticas del planeta.

Como lo secundario corre necesariamente la suerte de lo principal, todos los principales organismos constitutivos del sistema de la ONU se ven afectados por lo dicho antes.

El retorno de los brujos conservadores

EUA, como se dijo antes, vivió durante los primeros 30 años de la posguerra un gran auge económico estable —sujeto a ciclos normales— junto con un proceso de redistribución del ingreso, la riqueza y el bienestar, con base en el paradigma socioeconómico nacional adoptado a partir de la Gran Depresión. A partir de los años setenta se perdió la estabilidad bajo la forma de “estanflación”, a resultas de la presencia simultánea de dos grandes presiones sobre las finanzas públicas del país: la guerra en Vietnam y la adopción del programa de la Gran Sociedad del presidente Johnson, que era en realidad la sublimación del *New Deal* de Roosevelt y el *Fair Deal* de Truman. Además de ello la economía se vería impactada por el aumento súbito de los costos de la energía resultante del embargo petrolero y de la plena asunción por parte de la OPEP de su fuerza semimonopólica en el mercado.

Como consecuencia se produjo una nueva alianza conservadora enderezada al rompimiento de la amplia coalición bipartisana emergida del *New Deal*. El rompimiento tomó la forma de una dogmatización de la política económica, especialmente en lo relativo al binomio Estado/mercado (“el Estado no es la solución, es el problema”, diría Ronald Reagan) a partir de la llegada al poder de P. Volker en el SRF en el año 1979 y de Reagan en el año 1982 con una victoria electoral apabullante. Se otorga centralidad al dogma del mercado: desregulación acelerada del sistema financiero; reducción drástica del gasto público en todo lo no relativo al gasto militar y el avance científico y tecnológico asociado

al mismo; sometimiento de los organismos económicos multilaterales; difusión del Consenso de Washington y su imposición a los países en desarrollo; demolición a las barreras al comercio de bienes —excepto los agropecuarios y muchos servicios— y a los flujos financieros y de capital. Sobrevienen la crisis mexicana (1994-1995), la crisis argentina (1996) y del Sudeste Asiático y de Corea (1997-1998). El FMI contaba ya con una sola receta para todos los padecimientos (devaluación, austeridad, reducción de salarios reales y nominales si se puede, privatización, aumento de impuestos) y además carecía de suficientes recursos para sufragar los ajustes con suficiencia y eficacia. En consecuencia: desempleo masivo, redistribución negativa de ingreso y riqueza, crisis políticas; pero esto es responsabilidad interna de los países.

Mientras esto ocurría, China irrumpió en el comercio mundial a su manera: apertura regulada a la importación de bienes, principalmente de capital y servicios tecnológicos; salarios miserables; grandes corporaciones de Estado; y confirma el principio de Arquímedes: desplaza en los mercados mundiales volúmenes iguales a su masa, con su economía social de mercado (o capitalismo de estado) y es recibida con entusiasmo por su apertura al comercio internacional y la aceptación, celosamente conducida por el Estado, a la inversión extranjera. Todos ellos pecados mortales inaceptables para otros actores. Diez años después la URSS implota y la Europa Oriental del Pacto de Varsovia adopta con pasión el “credo neoliberal” y se lanza a solicitar su ingreso al Mercado Común Europeo, con la entusiasta bienvenida de la sacerdotisa mayor, Margaret Thatcher.

Las empresas manufactureras transnacionales estaban listas para lanzarse a la globalización de mercados vía

enfoques de manufactura espacialmente distribuida y la aplicación de la telemática a la logística y al financiamiento transnacional, con apoyo en los nuevos instrumentos para la gestión de riesgo y el aprovechamiento especulativo del arbitraje de monedas, tasas de interés y residencia fiscal; y al mismo tiempo, un celoso control de la generación y propiedad de innovaciones tecnológicas. Sólo China pudo resistirse a esto último gracias a su descomunal tamaño.

La innovación tecnológica y los costos y tiempos logísticos pasan a dominar la competencia en el mercado internacional. Pero quedaba por ajustar los costos del trabajo: por ello se acelera en EUA, en escala nunca vista, el tropel hacia los estados sureños y Texas y masivamente hacia China e India. A México y otros países les tocaron porciones menores del desplazamiento, pero se consolida en México una región binacional transfronteriza entre los estados del Noreste y Texas. Se estancan los salarios nominales en los países receptores y los reales en EUA. En México se produce un éxodo de trabajadores de proporciones bíblicas durante los años ochenta y noventa y la primera mitad de la siguiente década. Durante esos 20 años se presentaron en México las condiciones perfectas para un éxodo de tales proporciones: la tasa de crecimiento de la fuerza de trabajo llegó a su máximo histórico —superior incluso al nivel biológico por la acelerada incorporación de mujeres a la PEA— al tiempo que el crecimiento del PIB registraba su mínimo y la demanda de trabajo en EUA se aceleraba (véase Rodolfo Tuirán...).

La economía de EUA conoció un periodo prolongado de extraordinario auge durante la década de los noventa, impulsada por el cambio tecnológico, la creciente oferta de mano de obra y una extraordinaria expansión del crédito

basado en la banca de inversión y la politización de la gestión del SRF bajo A. Greenspan, hasta que reventó la burbuja de las “dot.com”. Vale destacar que este auge extraordinario se produjo a pesar del aumento muy significativo de los impuestos a los ricos impulsado por el presidente W. Clinton, como una refutación en los hechos reales de la doctrina conservadora que postula una relación inversa monotónica entre la tributación y la inversión privada.

En el caso del sector financiero, su extraordinaria expansión de estos años fue liderada por la banca de inversión e “innovaciones” (fueron objeto de dos premios Nobel de economía) en instrumentos financieros para explotación especulativa de espacios de arbitraje con tasas de interés, tipos de cambio, plazos y riesgos, y la gestión heterodoxa de riesgos de portafolio. Con todo ello el sector financiero creció mucho más aceleradamente que el resto de la economía, con dos consecuencias perversas: primero, la obtención de tasas de ganancia nunca vistas en los mercados financieros por parte de la banca de inversión y sus clientes, a niveles tales que distorsionaron las decisiones de inversión en el mercado, dando lugar a un “crowding out” de recursos para la economía real; y segundo, una aguda concentración del ingreso y la riqueza, también nunca vista, en manos del 1% más rico de la población (Palma, s.f.). Como consecuencia, durante los noventa se presentó la *primera llamada de atención* para los diseñadores e implementadores de la política económica en EUA con la perspectiva de quiebra de “Global Capital”, especializada en coberturas a escala global, que sería objeto de un rescate “cooperativo” (por Wall Street) forzado por la Reserva Federal de A. Greenspan.

A resultas del notable auge macroeconómico durante la administración Clinton, se puso de manifiesto un creciente déficit en el balance energético externo del país y abundaron las prognosis, *rayanas en la paranoia*, respecto al agudo debilitamiento de la seguridad del país en el mediano y largo plazo y se agudizó el debate interno —ahora ya casi superado— sobre la necesidad de levantar las restricciones ambientales a la producción interna de hidrocarburos. En los círculos del complejo militar-industrial (en los términos del presidente Eisenhower, que incluyen a los intereses petroleros) se habló crecientemente de aumentar la presión sobre el gobierno —lo cual ocurrió dando lugar a un auge para las empresas cabilderas especializadas— para abrir la puerta a la producción doméstica y para terminar en Iraq el “trabajo inconcluso” durante la Guerra del Golfo.

EUA estaba entonces involucrado en el esfuerzo multilateral, bajo la bandera de la ONU, de apaciguar la beligerancia y genocidio en los Balcanes. Con todo y ser efectivo, este enfoque wilsoniano de Clinton no era aceptable y además se asomaba el peligro llamado Al Gore en el horizonte. Se produjo así un llamado a las armas a todas las filas neoconservadoras y neoliberales. Había que tomar el poder nuevamente: Presidencia y Congreso, a como diera lugar. El resultado es de sobra conocido: el trinomio Bush/Cheney/Rumsfeld, el complejo industrial militar y la industria petrolera en el poder, más el sistema financiero bajo la tutela de Alan Greenspan. Restauración del “reaganismo” sin Reagan; fallecido el sumo sacerdote quedaron los acólitos. Los acontecimientos del 11 de septiembre del año 2001 serían providenciales: *casus belli*, unilateralismo, Afganistán (ojo por ojo) e Iraq, terminar el trabajo inconcluso,

asegurar los suministros. Guerra simultánea en dos frentes, obviamente destinada al fracaso. Privatización de la tarea bélica (léase Hallyburton y congéneres). La más poderosa y tecnológicamente sofisticada fuerza de combate en la historia del planeta sometida a guerra irregular. Proconsulado corrupto e incompetente en Iraq. Incapacidad para reconstruir lo destruido y el petulante concepto de “Nation Building” desprestigiado. Debacle moral y política. Negación de los principios fundacionales y del excepcionalismo americano. Presión excesiva sobre el balance fiscal (nuevamente: el gasto bélico no es renglón presupuestal, diría R. Reagan) más bajas que en Vietnam y, finalmente la *casus belli* se había esfumado.

Segunda llamada de atención de la economía real

A fines de los años noventa se manifestaron numerosas voces de alarma sobre la existencia de una burbuja financiera determinada por la combinación del auge exuberante de las empresas “dot.com” en los mercados financieros, la cual estallaría en forma desordenada ante la negativa de Greenspan a intervenir a tiempo. Sobrevino así la severa recesión de los años 2001-2002, a la que siguió una canchana, prolongada *recuperación sin empleos: the jobless recovery*.

En congruencia con el “credo neoliberal” (uso este término en relación con los planteamientos doctrinarios en materia económica como un simple capítulo del edificio doctrinario neoconservador), se decretó una reducción de impuestos a los ricos y mas vías de reducción de la carga tributaria para grandes empresas, en una extra lógica insistencia en el vínculo entre régimen tributario y dinámica de la inversión;

se profundizó la desregulación financiera y se estimularon los artilugios de distribución y dispersión del riesgo por la banca de inversión con casi nula supervisión y ausencia de barreras entre aquella y la banca comercial; el SRF continuó manteniendo costos de fondeo para la banca de inversión extremadamente bajos e incluso negativos; y se difundió la financiación y la inversión financiera extra libros (tal vez siguiendo el mismo criterio de Reagan cuando decretó que el gasto en defensa no era renglón del presupuesto). Como resultado, el sector financiero continuó creciendo varias veces más rápido que el resto de la economía, hasta llegar a representar más de 12% del PIB de EUA.

La justificación que se adujo para este enfoque era que había que crecer con base en el consumo, a partir de crédito sustentado en la riqueza acumulada de las familias (o sea sus casas, en el caso de la mayor parte) más la acelerada expansión de la base de colateral para los créditos de acuerdo con hipotecas a gente con muy dudosa capacidad de pago, las cuales serían posteriormente bursatilizadas a partir de amasijos de dichas hipotecas. Con las innovaciones para distribución del riesgo y el bajo costo del fondeo, “era posible relajar los requisitos de colateral”. De ahí se siguió a una *piramidación* interminable de creación de “instrumentos estructurados” que se distribuyeron en toda la banca internacional. En suma, una macro burbuja hipotecaria tipo “ponge” dentro de la cual, al final del día nadie sabía en dónde se encontraba el papel hipotecario básico que había originado todo ese edificio virtual. Al preguntársele por qué se había dejado correr libremente el fenómeno, el entonces secretario del Tesoro, expresidente de Goldman

Sacks, Jack Polson contestó: “es que estábamos ganando un montón de lana”.

Finalmente, la nueva burbuja y mucho más grande que la anterior también reventó víctima de las fuerzas atmosféricas, sin que nadie hiciera algo para evitarlo a tiempo. El problema es que el estallido arrojó a la desposesión y aun a la indigencia a millones de familias y también millones están desempleados sin esperanza de conseguir una nueva ocupación digna y remunerativa. Las fuerzas conservadoras en el Congreso impidieron que el gobierno, ya con el presidente Obama a la cabeza, como heredero de la fiesta ayudase a reducir el número de liquidaciones de hipotecas de vivienda familiar y a paliar sus efectos cuando no hubiese alternativa. Bajo la bandera del *imperativo de la austeridad* se planteó, con cierto éxito, la limitación del periodo de cobertura por el seguro de desempleo.

Pero no fue un error o una cadena de ellos: en realidad se trató de la imposición, difusión y prevalencia de una *doctrina de economía política perversa*, de un “darwinismo” maligno: no de la sobrevivencia del más capacitado y esforzado sino del más audaz, influyente, voraz y codicioso.

El resultado ha sido una *dramática regresión social* en EUA, una ruptura de su pacto social que había permanecido por tres generaciones. Se instaló la vigencia de la “curva Gran Gatsby”. El estatus de los individuos determinado por el de sus padres para bien y para mal (Krugma, 2009). Se registró así una gigantesca redistribución de la riqueza hacia el 1% más rico del país y el proceso continúa porque lo mismo ocurre con el ingreso. Se estima que 90% del crecimiento del PIB de EUA entre el otoño de los años 2010 y 2012 fue a parar a manos del 1% más rico de la población.

Estos acontecimientos son de una extrema gravedad social y humana, y también lo son para el liderazgo mundial de EUA, enarbolando el estandarte del excepcionalismo americano como base filosófica del imperio novedoso y moderno.

La acumulación de capital es un vector dinámico esencial para el funcionamiento y progreso de la economía capitalista, es el mecanismo interconstruido fundamental para su operación y, junto con la innovación tecnológica —a la cual alimenta y motiva—, la fuerza básica para su crecimiento. Lo ocurrido en tiempos recientes a resultas de la “revolución neoliberal” (Tello, 2012) no es acumulación de capital, es avaricia y codicia desnudas: simple y llano atesoramiento.

La nueva economía de EUA

Conforme a estimaciones recientes, el valor de capitalización corporativa en el mercado de derivados financieros en EUA equivalía en el año 2007 a 2.5 veces el costo estimado de reposición de todos los activos tangibles existentes en el país. Este fenómeno no es exclusivo de EUA, pero es en este país en donde alcanza su mayor y más dramática expresión. Resulta claro que los determinantes de la inversión productiva se encuentran precisamente en las oportunidades de rentabilidad que ofrece la economía real, impulsada por la innovación tecnológica, y en ningún sentido son producto de un régimen de tributación mediana o exageradamente amable.

La primacía adquirida por la dogmática neoconservadora (y su versión económica neoliberal) dio lugar al señoreamiento de un *capitalismo rentista voraz* interconstruido en el sistema financiero mundial e interconectado con las redes

corporativas globales. Se estima que 80% de la capitalización del mercado está basado en “activos intangibles”, razón por la cual supera con creces el valor de reposición de los tangibles. A esto se alude cuando las autoridades monetarias (*cf.* B. Bernanke) hablan de la existencia de una hiperabundancia de ahorro acumulado en el mercado que torna inefectivos a los instrumentos tradicionales de política macroeconómica.

La exacerbada liberación de los mercados financieros creó numerosos y amplios espacios de arbitraje y la informatización de su operación, con base en algoritmos ciegos, potenció los rendimientos y tornó inefectiva la actuación de las autoridades, hasta donde ésta tuvo lugar. Por otra parte, la liberación o desregulación de los intercambios globales de bienes y servicios, junto con el abatimiento de los costos y tiempos logísticos potenció y aceleró la relocalización espacial de la actividad productiva de EUA —y de otros países desarrollados— a escala planetaria, a un punto tal que ahora su economía no manifiesta capacidad para absorber a toda su fuerza de trabajo activa. Al mismo tiempo, un número creciente de países —notablemente Brasil, China, Corea, India y México, entre otros— han desarrollado capacidad manufacturera propia permanente y de alta capacidad competitiva. La falta de capacidad generadora de empleos suficientes se consolida a paso y medida en que el cambio tecnológico y la innovación generan actividades con menos requerimientos de trabajo directo.

El mito de la decadencia y la reindustrialización de EUA

En tiempos recientes, aun en EUA, en donde está tan difundido el dramatismo paranoico, se ha dado en hablar,

con aparente seriedad, del inicio de la decadencia de EUA y, por consiguiente, de su imperio. Nada más alejado de la realidad. Es cierto que la importancia económica relativa de EUA ha tendido a reducirse, en buena medida como resultado de sus propias actuaciones internacionales, y del crecimiento general de la economía mundial, así como de la irrupción en el escenario de naciones emergentes con crecimiento económico acelerado. Aun cuando ya es casi una verdad de Perogrullo afirmar que la economía china será más grande que la de EUA en el horizonte de los próximos 15 años, también es cierto que la diferencia de ingreso per cápita entre las dos naciones es todavía abismal. Existe una amplia diferencia conceptual y real entre decadencia y reducción de la preponderancia, de la importancia relativa.

No hay margen de duda de que EUA cuenta con una enorme capacidad instalada y un sistema eficiente de incentivos apropiados para la innovación tecnológica, superior a la de todas las demás economías del mundo consideradas en conjunto. Están en marcha y en perspectiva grandes innovaciones en numerosos campos: biociencias, ciencias de la salud, nuevos materiales, ciencias del espacio extraterrestre, cibernética y tecnologías de la información y telecomunicación, robótica, nanociencias, entre muchas otras.

No hay duda de que EUA cuenta con la mayor capacidad en el mundo para generar nuevo conocimiento, innovaciones y cambio tecnológico en una cantidad dominante de campos y materias, y además con la capacidad para convertir todo ello en proyectos empresariales exitosos. Un problema importante radica en que todos esos cambios e innovaciones tienden a demandar menos trabajadores y que los requiere con mayores conocimientos y habilidades. Con ello permanece abierta la

interrogante de si su economía creará suficientes empleos de calidad para emplear a toda su enorme fuerza de trabajo, la que además cada año se enriquece con importantes influjos de inmigrantes.

El actual panorama de distribución del ingreso y la riqueza en EUA ofrece una muy pobre imagen de la sociedad capitalista democrática desarrollada y, al propio tiempo, una seria limitación a su futuro crecimiento económico y a su unidad política interna. Afortunadamente, dentro del espectro de la economía política, existen arreglos socioeconómicos diversos que ofrecen mejores resultados desde el punto de vista de la equidad social y de la amalgama interna de los miembros de las naciones, los que aunque no ofrezcan rendimientos astronómicos para el capital, además de democracia y libertad, son capaces de ofrecer cambio tecnológico y equidad social. Tal es el caso, por ejemplo, de los arreglos internos a que han llegado todas las naciones escandinavas.

EUA y su imperio novedoso en la comunidad internacional

El camino que aparece como más prometedor para el rol de EUA como potencia global, es asumir verdaderamente su papel como *imperio moderno* promotor de la paz, el desarrollo económico y la cooperación y concordia entre las naciones. Retomar el espíritu internacionalista universal de su gran presidente Woodrow Wilson —con los enriquecimientos y correcciones que introdujeron los presidentes F. D. Roosevelt, J. F. Kennedy y W. Clinton— y empeñar su liderazgo en la promoción del desarrollo de todas las naciones en condiciones

de atraso; en el fortalecimiento de las instituciones multilaterales responsables de la gobernanza internacional; propiciar la creación de un sistema monetario mundial no dependiente de la moneda de ninguna nación en particular; promover la abolición de las armas de exterminio en masa; brindar todo su apoyo a las instituciones internacionales dedicadas a la preservación de la paz y la soberanía de las naciones; preservar y promover su propia imagen como nación democrática, amante y respetuosa del derecho y socialmente justa y equitativa. Además, en ningún momento y bajo ninguna circunstancia, abandonar su pasión por ser el líder en el progreso científico y tecnológico.

Bibliografía

- Barnett, T. (2004). *The Pentagon's New Map. War and Peace in the Twenty-first Century*, Nueva York, G. P. Putnam's and Sons.
- Easterly, W. (2002). *The Elusive Quest for Growth*, Cambridge, Mass., The MIT Press.
- Ferguson, N. (2004). *Colossus. The Rise and Fall of the American Empire*, Gardners Book.
- Fujita, M., Krugman, P. & Venables, A. (2000). *The Spatial Economy*, Cambridge, Mass., The MIT Press, pp. 329-340
- Kaspi, A. (1988). *Franklin Roosevelt*, Fayard, pp. 338-340
- Kennedy, P. (2008). *The Rise and...*, y A. J. Bacevich, *The Limits of Power, The American Empire Project*, Nueva York, Metropolitan Books, Henry Holta and Co.
- Keynes, J. (1987). *Las consecuencias económicas de la paz*, Ed. Crítica, Barcelona España.
- Kissinger, H. (1995). *La diplomacia*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 24-26
- Krugman, P. (2009). *The Return of Depression Economics*, y *The Crisis of 2008*, Nueva York, W. W. Norton and Co., pp. 8-29 y 181-191

- Mahbubami, K. (29 de mayo de 2013). Las anteojeras de Estados Unidos, Project Syndicate, *Reforma*, Negocios, p.4.
- Moisi, D. (27 de mayo de 2013). ¿Estados Unidos por contrato?, Project Syndicate, *Reforma*, p. 19
- Nevins, A., Commager, H. & Morris, J. (1994). *Breve historia de los Estados Unidos*. FCE, México. pp. 188-190
- Palma, J. (s.f.). *The Revenge of the Market on the Rentiers*, Cambridge Working Papers in Economics, CWPE, 0927.
- Schlesinger, A. (1971). *The Age of Roosevelt*, vol. II, *The Coming of the New Deal*, Boston, Houghton Mifflin Co.
- Schlesinger, A. (1973). *U. S. Foreign Policy: Shield of the Republic*, Boston.
- Schlesinger, A. (1988). *The Imperial Presidency*, Boston, Houghton Mifflin Co., Mariner Edition, pp. 35-126
- Sloan, D. & Pierce. (1946). *As He Saw It*, Nueva York, Duel, Sloan and Pierce, 1946
- Tello, C. (2012). *La revolución de los ricos*, México, UNAM.

La mutación del gigante y de su hábitat,
de la colección Cuadernos de Investigación
en Desarrollo, por el Programa Universitario de
Estudios del Desarrollo publicado en medio
electrónico internet, formato pdf el 30 de julio
de 2018, tamaño del archivo 4.5 Mb.

El diseño de portada y la formación estuvo a
cargo de Nayatzin Garrido Franco. La edición
estuvo al cuidado de Vanessa Jannett Granados
Casas

Poco después de su instauración como Estado-nación, Estados Unidos de América (EUA) empezó a dar muestras de su vocación expansiva como potencia en ciernes. En tiempos recientes, aun en ese país se ha dado en hablar del inicio de su decadencia y por ende de su imperio. Nada más alejado de la realidad. Es innegable que la importancia económica de EUA ha tendido a reducirse como resultado del crecimiento general de la economía mundial y de la irrupción de naciones emergentes con crecimiento económico acelerado, pero lo cierto es que EUA sigue contando con una gran capacidad instalada y un sistema eficiente de incentivos para la innovación tecnológica que superan a los de todas las economías del mundo consideradas en conjunto.

El camino más prometedor para EUA como potencia global es asumir su papel como imperio moderno, promotor de la paz, el desarrollo económico y la cooperación y concordia entre las naciones; retomar el espíritu internacionalista universal de su gran presidente Woodrow Wilson y empeñar su liderazgo en la promoción del desarrollo de las naciones rezagadas.

Francisco Javier Alejo es licenciado en economía por la UNAM, posgraduado en planificación económica y social en el ILPES de la ONU y cuenta con estudios de doctorado en economía en la Universidad de Oxford. Entre los cargos que ha desempeñado destacan: director general del FCE, subsecretario de ingresos de la SHCP y de promoción y fomento de la Secretaría de Turismo, secretario del Patrimonio Nacional y embajador de México ante Japón, la República de Corea e Italia.



ISBN 978-607-30-0609-5

